

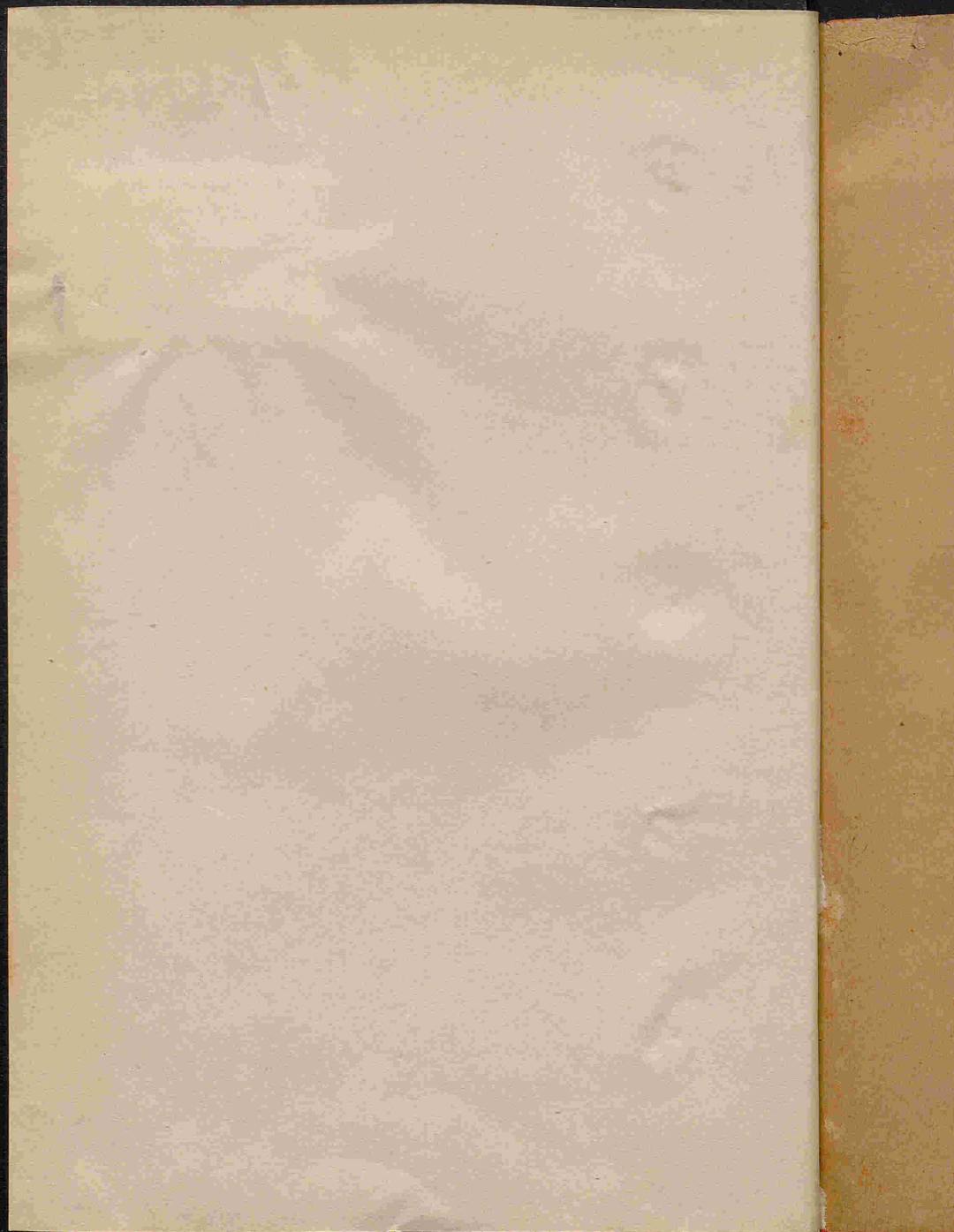






R/ 12901







DR. MIGUEL GALINDO.

APUNTES PARA LA

# HISTORIA DE COLIMA.

VOLUMEN 2º

La Independencia.



ESCUELA DE ESTUDIOS DE  
HISPANO-AMÉRICA

Colima, Col.

BIBLIOTECA

—1924—

Imprenta "El Dragón"

DEPARTMENT OF THE INTERIOR

# HISTORIA DE

COLIMA

Colima, Col.

Copyright 1915 by the author

H



DR. MIGUEL GALINDO.

APUNTES PARA LA

# HISTORIA DE COLIMA.

VOLUMEN 2º

*La Independencia.*



Colima, Col.

—1924—

Imprenta "El Dragón"

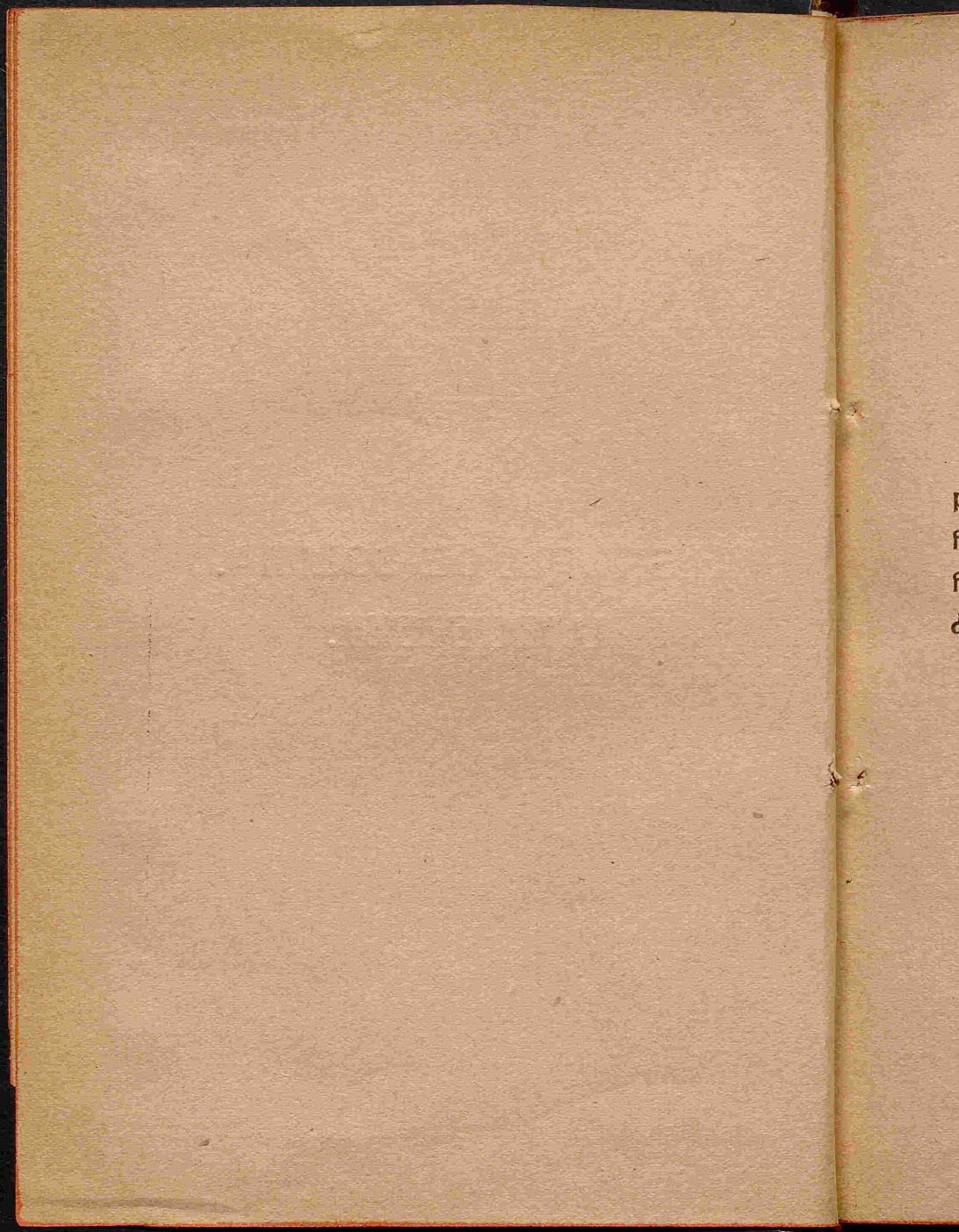
UNIVERSIDAD DE SEVILLA  
CENTRO DE ESTUDIOS  
DE  
HISTORIA DE AMERICA







**HISRORIA DE COLIMA.  
LA INDEPENDENCIA.**





## Bibliografía:

---

En el primer volumen de estos "Apuntes" faltó anotar en la bibliografía: Hernández y Dávalos (Documentos) y "Papeles de Indias" que también han sido consultados.





# INDICE

## PAGs.

### **Los Gérmenes de la Independencia.**

- 1.—Fatalidad de la Independencia.
- 2.—Los factores antropológicos.
- 3.—Factores sociológicos y económicos.
- 4.—Factores políticos.
- 5.—Los hombres de la Independencia.

9

### **La Insurrección.**

- 1.—Progresos de la revolución.
- 2.—Primeras noticias que se reciben en Guadalajara.
- 3.—Medidas que se tomaban contra la insurrección.
- 4.—Confusión de los conjurados con emisarios de Napoleón Bonaparte.
- 5.—La insurrección en la Villa de Colima.

31

### **Desarrollo de la lucha.**

- 1.—La situación en Guadalajara.
- 2.—Triunfo de Torres en Zacualco.
- 3.—Los insurgentes en Colima.
- 4.—El nuevo Gobierno.

54

### **La Reacción Colonial.**

- 1.—Calleja en Guadalajara.
- 2.—Cruz combate a Mercado.
- 3.—Cruz Gobernador de Guadalajara.
- 4.—Sangrientas represalias.
- 5.—Porlier combate la Insurrección en el Sur de N. Galicia.
- 5.—Colima recuperada por los realistas.
- 6.—Aprehensión y fusilamiento de Hidalgo.
- 7.—La noticia en Colima.

75

### **Periodo de Duda.**

## INDICE

### PAGS.

- 1.—Zozobras y preparativos. 2.—Indultos justicieros. 3.—Guerrilleros colimenses.

93

### **La Transformación Política.**

- 1.—Junta do Zitácuaro. Campaña de Morelos. Congreso de Chilpancingo. 2.—Las cortes de Cadiz y la Constitución de 1812. 3.—Los Regalado y otros insurgentes. Seproclama la Constitución de 1812 en Colima.

115

### **La Reacción Absolutista.**

- 1.—Disolución del Congreso de Chilpancingo. 2.—La reacción absolutista en España. 3.—Compañía de Mina. 4.—Estado social de Colima en esta época. 5.—Formación de Villa de Alvarez. 6.—La reacción liberal en España. 7.—La reacción absolutista en Méjico.

129

### **La Conjunción.**

- 1.—El abrazo de Acatepan. 2.—Episodio colimense. 3.—El Plan de Iguala. 4.—Se proclama la Independencia en Sn. Pedro Tlaquepaque. 5.—Fuga del gobernador de Guadalajara D. José de la Cruz. 6.—Se proclama la Independencia en Guadalajara. 7.—Se organiza en nuevo gobierno.

147

### **La Independencia en Colima.**

- 1.—Se reaviva el fanatismo religioso. 2.—La primera Junta de Sanidad. 3.—La reconstrucción material. 4.—Pro-



## INDICE

	PAGS.
clamación de la Independencia. 5.—Iturbide solicita fondos,	162
<b>La Vida Social.</b>	
1.—Las modificaciones materiales. 2.—La religión y el culto, 3.—Las costumbres municipales. 4.—La milicia nacional.	172
<b>Consumación de la Independencia.</b>	
1.—Avanza hacia la capital el ejército de Iturbide. 2.—Es depuesto el virrey Apodaca. 3.—Llegada de O' Donojúa Veracruz. 4.—El tratado de Córdoba. 5.—Entrada del ejército trigarante a la capital.	168
<b>La Regencia.</b>	
1.—El nuevo gobierno 2.—La oración por los muertos. 3.—Colima reza en todo y por todo. 4. La fecha de la emancipación. 5.—El Congreso Constituyente.	192
<b>El Primer Imperio.</b>	
1.—Proclamación de Iturbide como emperador. 2.—Decreto del Congreso Constituyente. 3.—Manifiesto de Iturbide. 4.—Agasajos al emperador.	203
<b>La Jura del Emperador.</b>	
1.—El retrato del Emperador. 2.—Reiteránse las órdenes de la jura. 3.—La jura hecha por el Sr. cura Delgadillo. Adorno de la Sala Consistorial. 5.—Los festejos. 6.—"La jura".	220



## LOS GERMENES DE LA INDEPENDENCIA.

- 1.—Fatalidad de la Independencia. 2.—Los factores antropológicos. 3.—Factores sociológicos y económicos. 4.—Factores políticos. 5.—Los hombres de la independencia.

1.—La revolución de Independencia no fué causada, sino solamente determinada por nuestros héroes. Fué un hecho fatal en nuestra historia, y estaba preparado de antemano por la evolución misma de las colonias. Por eso se vió que todas las américas se independieron casi al mismo tiempo, y casi al mismo tiempo comenzaron sus luchas por la libertad. La revolución no fué sino la convulsión social necesaria para destruir mucho de lo que no se podía destruir lenta y ordenadamente. Había intereses creados que no era posible deshacer poco a poco, y necesitaban de la violencia para destruirse. Había costumbres inveteradas que necesitaban la conmoción brusca y sangrienta, una especie de crisis, una enfermedad, una fiebre que al conmover al organismo social, lo hace sacu-

dir sus hábitos ancestrales para tomar nueva vida con nuevo vigor.

No es, propiamente hablando, que el mismo organismo quede con esos vigos nuevos, sino más bien que hay, bajo del organismo caduco, uno nuevo que también desea evolucionar, crecer, multiplicarse, desarrollar sus actividades, desconocidas por el hecho de estar sujeto al viejo organismo.

Esto sucede siempre en la historia. Aparentemente los hombres dirigen los acontecimientos. En realidad los acontecimientos arrastran a los hombres a la manera de un torbellino, de un huracán que los arrastra en primer término, dando la apariencia de que son ellos los que dirigen las furias del viento, cuando no son otra cosa que sus juguetes, como lo son las multitudes que los siguen.

Mas en medio de esta fatalidad, caben las abnegaciones personales, la heroicidad en los combates, la honradez en los procedimientos, y sobre todo, el sacrificio del bienestar personal por el bien general. De ahí que debamos a nuestros héroes toda gratitud y toda veneración, sin quitarle a la revolución la fatalidad marcada por el destino.

2—Hemos dejado a Colima en 1806, vísperas de que estallara la gloriosa revolución que nos hizo independientes, y más antes habíamos visto cómo fué formándose la pobla-



ción que lleva hoy ese nombre, y cómo fué creciendo poco a poco, a la vez que, bajo la influencia de los frailes se agruparon las dispersas congregaciones indígenas al rededor de un centro que les servía de núcleo sedentario, abandonando la vida seminómada que habían seguido antes de la conquista.

Vimos también cómo fueron llegando, después de los conquistadores, nuevos vecinos españoles a radicarse en la Villa de Colima y en congregaciones cercanas. En la primera se establecieron conventos con los que se intensificaba la acción religiosa que hizo de la población el centro de la provincia.

Ahora bien: los españoles que venían de España y se radicaban aquí (lo mismo pasaba en todo el territorio), tenían las ventajas económicas que habían venido a buscar; pero también tenían hijos, y éstos, otros hijos, y así sucesivamente, de tal modo que a la vuelta de trescientos años nos encontramos con que las poblaciones están formadas por grupos étnicos distintos: los españoles venidos de España, los españoles nacidos en territorio americano e hijos de españoles, o sean los criollos; los indígenas nacidos en América y españoles por la conquista, y, además, los hijos de españoles por la raza, con indígenas, o sean los meztizos.

Como unos y otros se decían españoles,



para evitar confusiones diremos, que las colonias españolas estaban formadas así:

1º—Por elementos de raza blanca.

2º—Por elementos de razas cobrizas.

3º—Por elementos mezclados de raza blanca y razas cobrizas.

En los elementos de raza blanca había una distinción, no racial o étnica, pero sí social, y es: españoles procedentes de España: colonos; españoles hijos de los anteriores, pero nacidos en territorio americano: criollos.

Entre estos dos grupos va a estallar la lucha, tanto más sangrienta cuanto más semejantes. ¿Por qué? Examinémoslos detalladamente.

El español tenía en su sangre y en su conciencia el sentimiento de la libertad y del dominio; traía a estas tierras americanas el ideal que simbolizara con admirable y nunca bien ponderada maestría D. Miguel de Cervantes y Saavedra en el Quijote. Había dominado, tras de cruentas luchas de ocho siglos, al árabe, y al establecerse en tierras americanas sus primeras determinaciones políticas fueron las de formar sus ayuntamientos en cada uno de los grupos que quedaron esparcidos en el territorio, para darse así una autoridad propia. Pero no era posible a la vez sacudir el dominio de los reyes, y no lo pretendieron porque estos tuvieron el buen acuerdo (bueno provisionalmente, malo a la

larga) de dar a sus nacionales toda clase de ventajas.

No sucedió esto con los criollos que, como hijos de españoles, también tenían en su sangre y en su corazón arraigados los sentimientos de libertad y de dominio que con la vida les transmitieron sus padres. Además, el medio en que nacieron los hizo variar un poco, pues se sentían unidos al ambiente en que vieron la primera luz, a las selvas tropicales en que se desarrollara su infancia y la de sus hijos, en fin, tenían un grande amor a la tierra americana. Sólo de oídas sabían que detrás del mar había un poderoso señor al que debían obediencia; un rey cuyo representante veían llegar periódicamente por las costas del Atlántico. Pero ni conocían a ese gran señor, ni le tenían ningún afecto, como no fuera el simple respeto infundido por la tradición.

De ahí que tenemos los mismos instintos de raza en personas desarrolladas en medios diferentes. No podían por mucho tiempo permanecer con los viejos procedimientos políticos, porque tarde o temprano sentirían la necesidad de sacudir un yugo cuya razón de ser les era desconocida.

Junto a este grupo de criollos, se desarrolló el meztizo que tenía la constancia en el trabajo del indígena, la resistencia y la melancolía de los cobrizos, a la vez que los



ensueños quijotescos del español.

Este grupo va a representar un gran papel en la contienda nacional de sesenta años, porque sus instintos híbridos lo hacen muy difícil de gobernarse a sí mismo, llevando en su propia sangre los gérmenes de toda lucha y de toda destrucción.

El grupo indígena no fué, ni es todavía, otra cosa que el eterno vencido porque el dominio que se ha ejercido sobre él lo condena a la abyección y al servilismo cada vez mayor. No se ha hecho con él sino desarrollar las malas cualidades que trae su raza desventurada, y apenas si continúa sirviendo para aumentar el número del grupo meztizo. Lástima grande que esto no se apronte, porque mientras más se retarde la completa unificación, más se retardará el progreso de las naciones hispano-americanas que están llamadas a muy altos destinos.

Parece un contra sentido afirmar que la Naturaleza no da saltos, según reza el proverbio latino, y sin embargo justificar la revolución como una convulsión necesaria. Es que el hecho se explica así: los grupos étnicos y sociales, al desarrollarse se diferencian cada vez más y más hasta llegar al grado de no poder vivir unidos bajo las mismas condiciones sociales o políticas del principio. Si al advertirse esto se modificaran esas condiciones, como lo quería el con-



de de Aranda, no hubiera sido necesaria la revolución. Pero no sucede así porque el grupo dominante no se resuelve a dejar el dominio, y el dominado tiene que sacudirlo. No por esto se crea que una revolución lo transforma todo, y que de sus oleajes de sangre surgirá el nuevo pueblo hermoso y bueno como una Venus de las ondas amargas del Océano, nada de eso.

La revolución borra las diferencias mayores, quedando muchas todavía que se van borrando lenta y penosamente, ya por medio de la evolución, ya por la misma revolución, o para expresarnos mejor, por la guerra que se hace crónica. Así fué como nuestra revolución de Independencia necesitó once años para "hacer la independencia política solamente", dejando todavía los grupos étnicos con sus mismas diferencias y con sus mismos vicios, vicios y diferencias que en el curso de la historia veremos irse modificando lentamente, muy lentamente: *Natura non facit salutus*.

Los pueblos nuevos necesitaban gobierno propio; los criollos y los meztizos sentían la necesidad de disponer de sus propios destinos; los españoles de raza y de origen lo impedían, y la lucha sangrienta surgió y vino el gobierno propio; pero con él aun no llegó la felicidad que lleva consigo la unificación de las sangres. Ahora sigue en todos

el instinto dominador, y todos quieren dominar. De ahí nuestras luchas intestinas que forman la trama de nuestra historia.

3.—A la diferencia de instintos raciales se unió la diferencia de condiciones sociales creadas por la conquista y desarrolladas por el español. Desde luego hubo "castas", y con ellas privilegios. De esto dimanaban distinciones odiosas e irritantes. Si el español tenía el sentimiento de la libertad no lo tenía menos el criollo, que lo heredó de aquel. Pero los privilegios mataban todas las libertades, y la situación de las colonias está admirablemente descrita en las célebres palabras del Marqués de Croix: "de una vez para lo venidero deben saber los vasallos del gran monarca que ocupa el trono de España, que **nacieron para callar y obedecer** y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del Gobierno". Es decir, que no había libertad de opinión, que no había garantías, porque los privilegios las hacían nugatorias, etc. etc.

Consecuencia de lo anterior era la condición económica, ya que todo lo podían los privilegiados, y nada los demás. De ahí los monopolios, la ruina de la industria, el entorpecimiento del trabajo, el fomento de la holgazanería por falta de estímulo, etc., etc. El sistema proteccionista, que todavía enferma a las naciones actuales, entre ellas la nues-



tra, estaba a un alto grado de desarrollo, al grado de prohibir la fabricación de productos americanos con el objeto de que se consumieran a alto precio los productos españoles de la misma clase. Algo semejante se hacía con los productos extranjeros cuya fabricación no se podía impedir; pero sí se evitaba la introducción a las colonias.

Y como coronamiento de todo, las múltiples contribuciones, entre ellas el odioso tributo personal.

Los conventos que en un principio fueron el baluarte de la cultura y el refugio de la raza indígena, se convirtieron en una carga para las colonias por haberse multiplicado demasiado y por haberse relajado las costumbres de las instituciones. En un principio el fraile procuraba al indio para educarlo, e iba a buscarlo a la serranía salvaje, expuesto a todos los peligros y sufriendo todas las intemperies. Después el fraile se fué acomodando agradablemente a la vida citadina, y pensó, como los que le rodeaban, que no era malo enriquecer como ellos. Por lo demás, esto es inherente a la condición humana; pasados los acontecimientos de la conquista, no tenían razón de ser los conventos, y al conservarse y no sólo, sino multiplicarse, su desarrollo tenía que ser vicioso. Y así fué.

En resumen: el error económico del Gobierno español consistió en querer tener in-

definidamente a las colonias como enormes minas de explotación inagotable, en provecho de España. Con el tiempo los habitantes de las colonias tenían que sentir y ver la necesidad de que la explotación fuera para sí mismos.

4.— Esa necesidad hacía que aquí y ahí se notaran síntomas de rebelión, ayudadas por literatura escasa y subversiva que llegaba silenciosamente a las colonias, a pesar de la vigilancia del Gobierno y quizá debido a esa misma vigilancia, pues todo lo prohibido causa apetito. Pero antes de Septiembre de 1810, todos los conatos de rebelión fueron sofocados por la sencilla razón de que las condiciones políticas no eran para determinar un alzamiento lo suficientemente extenso que contrarrestara el poder español. Pero esas condiciones se presentaron con los sucesos de España en 1808. Napoleón Bonaparte fué el botafuego que hizo estallar el patriotismo español encendiendo la "Guerra de Independencia", y bien pronto esa explosión resonó en las colonias americanas. Para nosotros esa resonancia se escuchó como el eco que va de cumbre en cumbre, por primera vez en los labios del Lic. Verdad que proclamaba la soberanía del pueblo; por segunda vez en el palacio de los virreyes con la prisión de Iturrigaray, y por último en la modesta capilla del pueblo de Dolores la memorable mañana



del 16 de Septiembre de 1810.

En 1806, época en que dejamos a Colima en el primer volumen de estos "Apuntes", gobernada por el subdelegado D. Jerónimo de la Maza y perteneciente a la Intendencia de Guadalajara, España estaba amenazada en su soberanía por el ambicioso imperialismo de Napoleón Bonaparte, quien moralmente extendió su dominio al grado de considerarse España como un feudo francés. La corte española estaba dividida. El Rey, Carlos IV y su esposa María Luisa con el favorito D. Manuel Godoy, simpatizaban con los franceses, en tanto que el Príncipe de Asturias (Fernando VII) sugestionado por su esposa que era napolitana, les era adverso. Napoleón había prometido a Godoy hacerle rey del Algarbe, de ahí su partidarismo. Pero la promesa no se cumplió, y como por otra parte cambió la política de Napoleón, Godoy pensó en ponerse del lado de los enemigos de éste.

Fernando VII tenía en España grande popularidad gracias a su enemistad con Napoleón, en quien los españoles con admirable intuición veían una terrible amenaza. Pero, muerta la esposa de Fernando, que era quien mantenía el fuego del odio antifrancés el joven viudo pensó ponerse del lado de Napoleón. Hubo, pues, un cambio de frentes, que se ocultó a la opinión española.

Consecuencia de lo anterior fué que Fernando, con la amistad de Napoleón quisiese echar abajo al ministro Godoy, aun conspirando contra su propio padre, Carlos IV. Godoy descubre la conspiración. Carlos monta en cólera y manda aprehender a Fernando, a la vez que comunica todo a Napoleón, ignorando los tratos que con éste tenía Fernando. Napoleón trató de intervenir dándola de "protector del Príncipe" y manda tropas a España. Fernando se arrepiente de lo hecho y pide perdón a sus papás, rompiendo sus tratos con el francés; pero Napoleón no se arredra y no detiene; las tropas que avanzan, al mando de Dupont, hasta Vitoria, donde fueron recibidas con aclamaciones. (Diciembre de 1807.) (¡Iban a proteger a Fernando!)

Los aplausos de la multitud engañada que creía ver en los franceses los libertadores de Fernando VII que desbaratarían la influencia de Godoy se apagaron entre los sospechosos recelos que justamente surgieron cuando vieron a las tropas irse apoderando de todas las fortalezas. Carlos IV se hizo eco de esos recelos y escribió a Napoleón; pero éste dió una contestación ambigua y tendenciosa que metió la alarma en la corte de Madrid por lo que se dispuso a huir a los primeros truenos de la tempestad. La historia no ha perdonado esta indignidad, que Napoleón creyó propicia para instituir un nue-



vo gobierno en España, y con la audacia propia de él, dió órdenes a Murat, que se encontraba en París, para que se fuera a la Península y asumiera el mando, sin precisar si militar o político, o ambos. Murat se concretó a lo primero.

Al saber la corte que Murat había pasado la frontera española, huyó a Aranjuez. El pueblo de Madrid creyó que esto era un ardid de Godoy, siguió a la corte y armó un gran motín contra el odiado ministro (17 de Marzo). Carlos IV, asustado, abdicó en favor de Fernando VII y destituyó a Godoy. Murat quedaba, pues, sin objeto en España, si hubiera ido en pro de Fernando y en contra de Godoy. Mas aquel francés no se arredró, sino que mandó un ayudante a decir a Carlos IV que protestase de la abdicación, declarándola nula y como arrancada por la fuerza, y siguió su marcha hacia Madrid, en donde se le recibió con alegría creyéndolo protector de Fernando VII, ídolo del pueblo porque era la encarnación del odio hacia Godoy, y más antes también hacia los franceses. El odio hacia éstos sufría un pasajero eclipse; pronto alumbraría con fulgores infernales.

Napoleón comisionó a Savary para que hiciera que Fernando VII llegara hasta la frontera de Francia, y Savary cumplió su comisión con admirable sagacidad. Llegó a

Madrid e hizo creer a Fernando que Napoleón estaba para llegar a España y sería conveniente saliera a recibirle, y así lo llevó hasta Bayona, en donde se lanzaron mutuos reproches padre e hijo, delante de Napoleón. El mismo Savary aconsejó a Fernando que renunciase al trono de España, a lo que se negó en un principio, accediendo por fin al saber los acontecimientos de Madrid.

Y lo que pasaba en Madrid era esto: Murat comenzó a sacar a todos los miembros de la familia real, y el odio español contra los franceses y contra Napoleón estalló soberano e imponente. El famoso 2 Mayo de 1808 los españoles civiles acaudillados por tres militares solamente, los capitanes Luis Daoiz y Pedro Velarde, y el teniente Ruiz que abrieron al pueblo las puertas del parque, acometieron a los franceses de manera tan heroica, como menguada había sido la conducta del gobierno que hizo permanecer acuarteladas las tropas en tanto el pueblo se batía. Pero la lucha fué desigual y venció Murat, que ejecutó numerosos fusilamientos después de haber sofocado el levantamiento de manera barbaraamente sangrienta.

Con las noticias de lo anterior se amedrentaron más los infelices monarcas españoles, abdicando Fernando y Carlos en favor de Napoleón. Este dió la corona a su hermano José. Napoleón no contaba con el patriotismo del

pue  
Espa  
por  
roll  
hero  
de I  
de n

pape  
ban  
mas  
el A  
al sa  
ción  
la co  
Nap  
de I  
tre e  
Guar  
tor c  
to d

el tr  
león  
toda  
nó e  
dest  
tierr

prác  
la na



pueblo español y creyó que podía hacer con España lo que con Italia y Alemania; mas por todas partes hubo levantamientos desarrollándose una guerra tan sangrienta como heroica que se llamó para España, la Guerra de Independencia, y que fué madre legítima de nuestra "Guerra de Independencia".

En esta lucha desempeñan importante papel los curas de los pueblos que levantaban el espíritu popular y que en sus proclamas comparaban a Napoleón Bonaparte con el Anticristo, con Calvino, etc., etc. Por eso al saberse esto en Méjico se tuvo la prevención de que todos los males que vinieran a la colonia eran instigados o promovidos por Napoleón, y al estallar nuestra insurrección de Independencia en muchas proclamas, entre ellas en las de Abarca, intendente de Guadalajara, se tiene a Napoleón como el autor de ella. (Documentos del Ayuntamiento de Colima).

José Bonaparte pasó a Madrid a ocupar el trono que le regalara su hermano Napoleón; pero como la insurrección cundió por todas partes y el patriotismo español culminó en la victoria de Bailén en que quedó destrozado el ejército francés, se volvió a su tierra abandonando el peligroso regalo.

Al desarrollarse estos sucesos y estando prácticamente presos los monarcas españoles, la nación quedaba sin gobierno y regida por

juntas provinciales que se erigieron para poder continuar la lucha. Quedando España sin gobierno, las colonias deberían quedar lo mismo. El virrey era el representante del rey, no habiendo rey no tenía razón de ser aquel.

Todas estas consideraciones se vinieron a las mientes de los americanos cuando se supieron los sucesos de España, y por todas partes se comentaba la situación política de diferentes modos. Mas desde luego los españoles daban el ejemplo de cómo se rechaza una tiranía. De esos comentarios surgieron dos bandos en Méjico: uno que sostenía los derechos de los españoles en la Nueva España, y el otro, el de los criollos, que sostenía la independendencia, y tenía por representante al Ayuntamiento en quien, decían, ha recaído la soberanía, puesto que el rey de España está preso. El plan político de este bando se reducía a reconocer a Fernando VII como rey de España, a que el Ayuntamiento tomara la representación nacional mientras se verificaba un acuerdo general, y a que con la citada representación se pidiera al virrey D. José de Iturrigaray continuase provisionalmente encargado del gobierno, sin entregarlo ni a la misma España.

El virrey Iturrigaray convocó a junta general al Ayuntamiento, Cabildo, Arzobispo, oidores y particulares, para exponerles la si-



tuación y escuchar su opinión. En esa junta el Lic. Verdad, por primera vez, lanzó al viento la idea de que la soberanía recaía en el pueblo, lo que escandalizó a muchos, sobre todo a los españoles. Nada práctico se acordó en esa junta ni en otras posteriores. Mas como las opiniones en pro de la Independencia se extendían cada vez más, y el virrey tratara de convocar a un Congreso General, una noche, el 15 de Septiembre de 1808, D. Gabriel de Yermo al frente de trescientos españoles, sorprendió al virrey, lo apresó y lo depuso, nombrando en su lugar al Sr. D. Pedro Garibay. Este modo de derrocar autoridades fué luego aprendido por criollos y meztizos, y todavía hoy (1924) se repiten las lecciones con admirable fidelidad.

El nuevo gobierno instituido por unos cuantos mercachifles españoles persiguió encarnizadamente a todos los amigos de Iturrigaray y personas que creyó peligrosas por sus ideas. Al Lic. Verdad se le aprisionó en el Arzobispado y a los tres días apareció muerto. A Fray Melchor Talamantes se le condujo a San Juan de Ulúa donde, engrilado, pereció por la fiebre amarilla.

Mas estas persecuciones no disminuyeron, al contrario, atizaron las ideas de independencia, y por todas partes se formaron corrillos y se comenzaron a formar juntas secretas. Así pasaron dos años, al fin de los

que estalló la revolución entre un grupo de criollos que había estado conspirando en Querétaro y Sn. Miguel el Grande.

5.—A la cabeza de esos criollos se puso el Sr. Cura D. Miguel Hidalgo y Costilla, que había sido cura de Colima, como queda dicho en el volumen anterior. No fué Hidalgo el instigador del movimiento libertario, mas a él se le puso al frente, en un principio, porque su calidad de sacerdote ponía la revolución a salvo del cargo que de seguro se le haría, y se le hizo, de ser herética y contraria a las instituciones religiosas, por las que tanto respeto y veneración tenían todos los habitantes de la Nueva España.

El Sr cura D. Miguel Hidalgo y Costilla nació en el rancho de Sn Vicente, jurisdicción de Pénjamo, en la Intendencia de Guanaxuato, el día 8 de Mayo de 1753. Sus padres fueron el Sr D. Cristóbal Hidalgo y Costilla y la Sra D<sup>a</sup> Ana María Gallaga Mandarte. Desde muy chico se dedicó con aprovechamiento a los estudios en Valladolid, (hoy Morelia) hasta obtener las primeras órdenes sacerdotales en 1778. Llegó a ser catedrático de Teología en el Colegio de Sn. Nicolás, y rector del mismo colegio.

Comencén ese tiempo la Villa de Colima pertenecía a Michoacán, la autoridad eclesiástica de esta diócesis tuvo a bien nombrar a Hidalgo cura de la citada Villa, en 1792(véa-



se el t. I de éstos Apuntes). Posteriormente y por la muerte de su hermano D. Joaquín, pasó Hidalgo a hacerse cargo del curato del pueblo de Dolores, en el que desarrollaba una intensa labor cultural, principalmente industrial, en pro de la raza indígena, cuando estalló el movimiento insurreccional.

El Sr. cura Hidalgo era de un carácter un tanto guasón, semiburlesco y semi-irónico; de espíritu libre y amplio; no muy escrupuloso, amante de las buenas lecturas, entendiendo por buenas no las novenas y los triduos sino las obras clásicas de la literatura, aunque esta fuera pagana. Así es que leía a Moliere, Racine, Lafontaine, Demóstenes, Esquines, etc. Traducía el francés y era amigo del Sr. D. Manuel Abad y Queipo, que también tenía, como Hidalgo, ideas muy avanzadas para su tiempo. Por esto a los dos se les tenía de reojo, y en 1800 la Inquisición inició un proceso secreto contra los dos, proceso que no se prosiguió; pero que revela la predisposición que les tenía el alto clero.

Mas el iniciador de la conjuración de Querétaro fué D. Ignacio Allende, nacido en Sn. Miguel el Grande en 1779, el 21 de Enero. Fué militar y tenía el grado de capitán cuando estalló el movimiento insurreccional que él inició, para lo cual había estado, desde 1808, procurando prosélitos y celebrando juntas en la casa de su hermano D. Domingo

Allende, en Sn. Miguel, con el pretexto de hacer bailes y tertulias. En estas reuniones comprometió a varios de sus amigos, entre los cuales fueron el capitán D. Juan Aldama y su hermano el Lic. D. Ignacio; el capitán José M<sup>a</sup> Arévalo y los presbíteros Manuel Castelblanque, Vicente Casas del Cerro, y Francisco Primo y Terán, y otros muchos; pero muy principalmente el Sr. D. Manuel Domínguez, Corregidor de Querétaro, quien nunca asistía a las reuniones, pero se ponía de acuerdo con Allende, porque éste iba a Querétaro y le platicaba de sus proyectos y de la ramificación del movimiento subversivo. La esposa del Corregidor, D<sup>a</sup> Josefa Ortiz, era una entusiasta partidaria de la Independencia y, descubierta la conspiración, a ella se debió que no fracasara por el oportuno aviso que les mandó a Hidalgo y Allende con el capitán D. Juan Aldama, otro de los conjurados más importantes.

Véase cómo los hombres de la Independencia son criollos (sacerdotes, militares y paisanos).

La conjuración estaba apenas madurándose, cuando fué descubierta, por lo que el Corregidor Domínguez recibió orden de aprehender a los conjurados, y la hubiera cumplido, si su esposa no hubiera podido dar el aviso correspondiente al alcaide de la cárcel en cuyos altos vivía aquella, encerrada

preca  
avisó  
march  
se en  
Hidal  
mar a  
nada  
ble in  
la un  
res y  
D<sup>a</sup> Jo  
den d

I  
pora  
ros, n  
Y die  
tes, e  
16 de  
más t  
mingo  
del v  
to, si  
monta  
blo n  
relám

A  
tes c  
para  
Atoto  
Virge  
del id



precautoriamente por su esposo. El alcaide avisó a D. Juan Aldama, quien se puso en marcha para el pueblo de Dolores. En éste se encontraban Hidalgo y Allende, porque Hidalgo sospechó la delación y mandó llamar a Allende el día 14 de Septiembre. Este nada sabía y uno y otro estuvieron en horrible indecisión el 14 y el 15. El 16, a eso de la una de la mañana, llegó Aldama a Dolores y avisó a Hidalgo y Allende, de parte de D<sup>a</sup> Josefa Ortiz de Domínguez, que había orden de aprehensión contra ellos.

Hidalgo, al recibir esta noticia, se incorpora en su lecho y dice: "Amigos y caballeros, no hay más que ir a coger gachupines". Y diciendo y haciendo, levantó a sus sirvientes, convocó a los vecinos, y al amanecer el 16 de Septiembre de 1810, se llamó a misa más temprano que de costumbre. Era domingo y una gran multitud escuchó la voz del venerable cura que habló, no en el púlpito, sino en el atrio, y no dijo el sermón de la montaña, sino el nuevo decálogo de un pueblo nuevo que iba a darse entre los truenos y relámpagos de un nuevo Sinaí.

A las 12 del día salieron los insurgentes capitaneados por Hidalgo, dirigiéndose para Sn. Miguel el Grande. Al pasar por Atotonilco tomó Hidalgo una imagen de la Virgen de Guadalupe, encarnación hierática del ideal de la Patria, la puso en una asta y

la entregó al grupo de rebeldes como lábaro. La multitud la tomó lanzando un grito atroz: ¡Viva nuestra señora de Guadalupe!, seguido de otros: ¡Viva Fernando VII! ¡Viva la América! ¡Muera el mal gobierno!

Y así comenzó la guerra de disolución de la sociedad colonial, guerra de exterminio, determinada por acontecimientos políticos; pero cuya causa eficiente estaba en el corazón mismo de las híbridas razas americanas.

De ahí el despertar de los odios ancestrales y el desbordamiento de todas las pasiones que dieron origen a actos reprobables y a inútiles derramamientos de sangre. Pero estos hechos fueron tanto peores, cuanto peor había sido la administración colonial. Por eso no en todas partes reviste el mismo carácter de crueldad, y en Colima donde, como se dijo anteriormente, la opresión no fué grande, la revolución de Independencia tuvo ligeras sacudidas de oleaje lejano.



I.—Pr

cha  
la ta  
que  
Hida  
fué  
cará  
que  
rado  
tre  
de é  
sím  
patr  
su e  
el e  
pede  
sup  
la V



---

---

## LA INSURRECCION.

---

- 1.—Progresos de la insurrección. 2.—Primeras noticias que se reciben en Guadalajara. 3.—Medidas que se toman contra la insurrección. 4.—Confusión entre los conjurados con emisarios de Napoleón. 5.—La insurrección en la Villa de Colima.
- 

1.—Los insurrectos continuaron su marcha para Sn. Miguel a donde llegaron al caer la tarde formando un núcleo de 1200. Aunque Allende fué el iniciador de la revolución, Hidalgo fué el verdadero caudillo moral, y fué su voz la que levantó las masas. A su carácter sacerdotal se unió la atingencia con que tomó por bandera el símbolo más venerado entre los mejicanos, el lazo de unión entre criollos, meztizos e indígenas, el consuelo de éstos: la Virgen de Guadalupe. Es este símbolo quien propiamente ha formado la patria mejicana; quien anunció al indígena su elevada categoría de humano al igual que el europeo; quien hizo al europeo bajar del pedestal de su pretenciosa ambición de sér superior, para quedar al nivel del indio. Fué la Virgen de Guadalupe la que invocaron los

frailes para consolar al vencido de raza cobriza, y fué esa misma virgen la que invocaban para detener las ultrajantes rapiñas del blanco vencedor. De ahí el grande cariño profesado por unos y otros a la virgen india que por ser india era venerada por los indios, y por ser la madre de Jesucristo era venerada por el católico español. Fué, pues, arrolladora la voz del P. Hidalgo predicando la libertad y la independendencia.

Al símbolo guadalupano se unió, como grito de guerra, el nombre de Fernando VII que gozaba de grande estimación entre los españoles y a la vez entre los criollos. Por lo demás era político tomarlo también en el grito de guerra para desvirtuar la acción de los contrarios que de seguro tratarían de confundir la opinión pública, tan respetuosa del gobierno en aquellos días.

Además, la base popular de la insurrección era el desgobierno de España. Al hablar de mal gobierno se entendía el de la Audiencia, el de los virreyes no nombrados por los reyes, puesto que éstos no gobernaban. Era, pues, oportuno clamar por el gobierno del rey legítimo, lo que trajo multitud de prosélitos a la causa de la Independencia.

En Sn. Miguel el Grande los insurgentes tomaron los caudales de muchos particulares españoles y saquearon algunas casas;



pero los jefes pudieron conservar un relativo orden en esta primera jornada. Luego marcharon sobre Celaya, aumentados con el Regimiento de la Reina que se les incorporó y numerosos paisanos, al grado de llegar a Celaya, que tomaron sin resistencia, cerca de treinta mil hombres. Los españoles huyeron y sus casas fueron saqueadas aprovechándose de sus caudales.

En esta ciudad se encargó a Hidalgo del mando militar de la revolución, cosa muy mal hecha, pero disculpable porque era el hombre de más prestigio entre las masas, que no hubieran obedecido a otro lo mismo que a Hidalgo.

El 26 Septiembre salieron de Celaya los independientes para Guanajuato, y el 28 se presentaron Abasolo y Camargo en esta ciudad intimando rendición al intendente D. Juan Antonio Riaño, quien, como buen español de los tiempos legendarios, "tallado en epopeya" qué diría el Sr. Bulnes, se negó a rendirse, fortificándose en el Castillo de la Alhóndiga de Granaditas. A la una de la tarde comenzó un terrible combate; las piedras lanzadas con hondas hicieron pronto retirarse a los defensores de las azoteas. Las armas españolas hacían destrozos en la multitud enfurecida y delirante. El Intendente Riaño recibió un balazo en un ojo, quedando sin vida instantáneamente. Un muchacho de 18 años, a

quien llamaban Pípila, cubriéndose la espalda con una loza, pudo llegar a las puertas del castillo y les prendió fuego. La plebe se arrojó por ellas aniquilando a sus defensores, volviéndose después contra la población que sufrió un horrible saqueo. El factor antropológico desarrollaba sus tremendas y ancestrales energías, y los caudillos fueron impotentes para detener las enfermizas e invencibles herencias de un pasado cleptomano, sangriento y macabro.

En Guadalajara tuvieron noticias de la insurrección antes de la toma del Castillo de Granaditas, por una comunicación que remitió al Ayuntamiento el Sr. canónigo D. José Ramón de Uría, quien iba a las cortes de Cádiz, sorprendiéndole el movimiento en el camino. La citada comunicación está escrita en Arroyo Zarco, y en ella da cuenta Uría al Ayuntamiento de haberse levantado la insurrección instigada por D. Domingo Allende, habiendo sugestionado al Sr. cura Hidalgo, y quizá al Corregidor de Querétaro. Que los insurgentes iban asolando los pueblos, matando y robando, etc., etc., todo lo que lo avisaba para que sirviera al Ayuntamiento de gobierno y tomara las providencias necesarias para reprimir la insurrección en terrenos neogallegos.

Este aviso debió llegar a Guadalajara a fines de Septiembre, cuando ya en ésta po-



blación se tenía conocimiento del movimiento, probablemente por el intendente Riaño, pues desde el día 22 se había mandado al capitán de granaderos D. Manuel del Río que se situase "en observación" cerca de La Barca.

Y no tuvo del Río que esperar mucho para hacer sus observaciones, pues a fines de Septiembre aparecieron partidas de insurgentes en la Nueva Galicia, una dirigida por Navarro, Huidrobo y Portugal por Jalostotitlán, Arandas, Atotonilco y La Barca, y otra acaudillada por José Antonio Torres por Sahuayo, Tizapán, Atoyac y Zacoalco.

—Afortunadamente para la insurrección, hubo desconfianza de parte de las autoridades, pues los oidores desconfiaban del intendente D. Roque Abarca, y celebraron una junta, de acuerdo con los comerciantes principales, para organizar un centro directivo, lo cual casi inutilizaba la acción del intendente, o por lo menos dividía la dirección de la defensa en los momentos en que más se necesitaba la unidad. Esa Junta Directiva lanzó una proclama invitando a todos a ser fieles al gobierno, con fecha 30 de Septiembre.

El intendente y gobernador D. Roque Abarca no hizo caso de la predisposición que se notaba en los oidores, y se había adelantado mucho a la pretenciosa Junta, pues desde

el mismo día en que supo los acontecimientos de Dolores y Sn. Miguel el Grande, 19 de Septiembre, mandó una excitativa a los subdelegados de su dependencia para que evitaran todo lo que pudiera conmover a la sociedad haciendo eco a los «emisarios de Bonaparte», y visitaran todos los días los mesones pidieran parte a los mesoneros de la gente que entrara y saliera, y organizaran "rondas" que vigilaran la población por la noche, haciendo a los citados subdelegados responsables de cualquiera omisión que hubiere en este sentido.

4.—Para Colima esta disposición del intendente y gobernador de Guadalajara fué el primer aviso de la insurrección, y con ella se adjuntó la orden de publicar un bando en el que el Sr. Abarca manifestaba que Napoleón Bonaparte había logrado introducir al país emisarios que promovieran discordias con el objeto de dividir a sus habitantes y poder dominarlos; pero agregaba que nada podría Napoleón si los habitantes se mantenían unidos como lo habían estado siempre. Terminaba el bando excitando a olvidar los resentimientos particulares por el nacimiento en pueblos distintos, y declaraba la igualdad de todos, cualesquiera que fuera su color, esto es, borrando las fronteras de razas y de pueblos y haciendo profesión de la fe católica y de sumisión al Rey de España.



El bando del intendente Abarca fué firmado el 22 de Septiembre, y debió llegar a Colima el día último del mismo mes.

El subdelegado de Colima D. Jerónimo de la Maza terminó su período constitucional en 1807, por lo que, con fecha 3 de Agosto del mismo año el Sr. Iturrigaray nombró en lugar de aquel al Sr. D. Juan Linares, propuesto por D. Roque Abarca quien lo recomendó con el virrey. El Sr. Linares era español y fué vecino por varios años de la Villa de la Encarnación. Desde esta lejana época comienza para Colima el sistema de poner de autoridades a personas extrañas a ella, o que se han mantenido lejos de su territorio, y validas de las influencias de eminentes o intrigantes personajes, sistema que llega hasta nuestros días.

D. Juan Linares recibió su encargo el día 5 de Mayo de 1808, y estando en él estalló la guerra de Independencia. Recibió el bando de su favorecedor y superior gerárquico D. Roque Abarca, y el primero de Octubre de 1810 lo mandó publicar en Colima, fijándolo, además, en los parajes públicos.

Con el bando venía una nota inmoral que sembró desde entonces la semilla maldita de las delaciones por dinero, en la que Abarca dice que cualquier forastero que se oculte en Guadalajara o en los pueblos de su intendencia y persona que lo esconda, serán

castigados con diez años de prisión, y en cambio se darán doscientos pesos a quien lo descubra. Que cualquier persona que trate de conmover los ánimos y obrar contra el buen orden será ahorcada irremisiblemente sin darle más de tres horas para que se confiese, y al que descubra a los conspiradores se le darán mil pesos, cantidad que dará el mismo Abarca prometiendo entregarla bajo su palabra de honor. ¡Que honor para comprar delaciones!

Tal y como lo ordenó Abarca, lo hizo cumplir el subdelegado Linares, ordenando a los mesoneros que le dieran cuenta todos los días por la mañana de las personas que entraran y salieran, con sus nombres, apelativos, lugar de procedencia y asuntos que traían a Colima. Como la población había crecido bastante, la vigilancia se dividió entre los vecinos, encomendándose al más caracterizado de un barrio el cuidado de éste, y dándosele el nombre de Alcalde, designación que se borró con el tiempo; pero el encargo presentó huellas todavía en tiempos recientes con el nombre de "jefes de manzana". Así, pues, la misma notificación que se hizo a los mesoneros se hizo a los alcaldes: Juan Manuel Alcaraz, de la Mesa; Bartolomé Núñez, del barrio de la Soledad (hoy el hospicio); Felipe Brizuela, del de Tarímbaro (hoy de la Salud); José Remigio Baltierra, del del



Dulce Nombre, (hoy del Mercado de la Constitución), etc.

Entre tanto el subdelegado tomaba las medidas anteriores, el comandante Francisco Guerrero del Espinal, por orden de Abarca, ponía en pié de guerra las compañías de tropa de la Segunda División del Sur que estaban en Colima, para mandarlas a Guadalajara, y con ese objeto pidió al subdelegado los bagajes y víveres necesarios, a la vez que las casas en que debieran alojarse las citadas compañías. Fueron designadas seis casas grandes de particulares y un mesón para alojar a las seis compañías de Colima y otra que vendría de Coahuayana. Para los bagajes solicitó el comandante ciento cincuenta caballos y cuarenta mulas, y el subdelegado hizo la requisición de ellos a los particulares, comenzando por el Administrador de la Hacienda de la Huerta a quien ordenó la entrega de cincuenta caballos, distribuyendo los demás entre otras personas, a todas las cuales les previno que la entrega debería hacerse inmediatamente, sin excusa ni pretexto, en la inteligencia de hacérseles responsables de los perjuicios que sufriera la tropa o la Real Hacienda si no se cumpliera con lo ordenado.

Así fué que rápidamente estuvieran listos quinientos hombres o sean cinco compañías que salieron de Colima, rumbo a Guada-

lajara, el día 1º de Octubre a las diez de la mañana.

La Junta Auxiliar de Gobierno de Guadalajara expidió una proclama en la que daba a conocer, condenándolos, los acontecimientos de Dolores y Sn. Miguel el Grande, manifestando que los insurrectos cometían multitud de atropellos haciendo numerosas víctimas en los habitantes de infelices poblaciones.

Esta proclama y el bando anteriormente publicado causaron la consiguiente alarma entre los colimenses, que procuraban ampliar sus noticias con las personas que llegaban de Guadalajara, y se hacían multitud de comentarios en pro y en contra del movimiento insurreccional, que no podían ver con la claridad debida procurando, en todo caso, estar a la defensiva para salvar familias e intereses.

La actitud del pueblo de Colima se debió a la poca precisión que se podía tener respecto a la revolución, por lo difícil de las comunicaciones, y a la confusión intencionalmente hecha entre los insurgentes y los emisarios de Napoleón Bonaparte, a quienes se creía promotores del movimiento, y éste en contra de la religión católica y del Rey Fernando VII. Con esto relacionaban los acontecimientos actuales y los pasados en España.

5.—En el pueblo de Almoloyan supose



que tres individuos que parecían ultramarinos, habían pasado días antes por el pueblo de Juchitlán, y, naturalmente que se sospechó fueran de los emisarios de Napoleón, a que se refería el bando del intendente Abarca y las prevenciones dictadas a los mesoneros y alcaldes de barrio, tanto más, cuanto que los citados individuos pasaron por el pueblo y después nadie ha sabido de ellos. El Sr. Manuel Ruiz, escribano de Cabildo e indio vecino de Almoloyan, platicaba de esto con el Sr. cura de la misma parroquia D. Isidoro Reynoso y el capellán D. José Antonio Díaz, y éste le dijo que ya había guerra en lugares lejanos de la Villa en que los enemigos habían hecho grandes atrocidades.

—Esto ya lo había oído yo a otras personas, contestó Ruiz, por lo que creo que estamos en grande peligro.

—Ciertamente, replicó el P. Díaz.

—Entonces, insistió Ruiz, sería bueno avisar a los demás pueblos a fin de que estén prevenidos y nos unamos para la mutua defensa, pues si se llegare el caso de algún asalto, todos podemos defendernos; pero no si estamos aislados.

—Muy bien me parece ese aviso, agregó el P. Díaz, y en todo caso es bueno dar cuenta de cualquiera cosa que se haga al Sr. Subdelegado o a su cura para tomar las providencias que sean necesarias.

En esto estaban cuando se convocó a cabildo con el objeto de nombrar los oficiales o sirvientes de la iglesia, según lo acostumbraban hacer periódicamente. A esta reunión, que se verificó el domingo 7 de Octubre de 1810, concurrieron: el alcalde de Sn. Francisco Almoloyan Pedro José Guzmán, el regidor Esteban Ramírez, José Manuel Ruiz, Juan Antonio Cobián, Domingo Pizano, José M<sup>a</sup> Vega, Marcos Ursúa, Juan Evangelista, Francisco Desiderio, Francisco López, Juan de los Santos Figueroa, Esteban López, Francisco Sánchez, Jorge Gil, Martín Gómez y José Trinidad Ramírez.

Después de tratar el asunto principal de la reunión, se trató, fuera de sesión, por decirlo así, del asunto del día, y José Manuel Ruiz, que era de carácter vivo y platicador, propuso lo que había ya iniciado con el P. D. José Antonio Díaz: que se librara una convocatoria a los diferentes pueblos de la subdelegación, y además otra al pueblo de Juchitlán, pidiendo informes de si habían o no pasado los extrangeros citados anteriormente, y si había o no sido asaltado el pueblo.

La discusión estuvo un tanto acalorada, sostenida siempre por José Manuel Ruiz que era el más entusiasta, y se aprobó lo que él proponía.

Se trató luego de redactar la convocatoria, y se observó que no estaba el secretario



Juan de los Santos Cruz, por lo que se le mandó llamar inmediatamente. El secretario no había concurrido a la reunión porque se encontraba enfermo de paludismo, y se excusó. Sin embargo, los miembros de la reunión mandaron nuevamente al enviado; pero el enfermo por segunda vez se resistió a concurrir. Entonces fueron por él el regidor y un alguacil, intimándole que se presentara al cabildo, en nombre del Rey. El pobre calenturiento se presentó, y luego se le ordenó que redactara una convocatoria para los pueblos de Comala, Zacualpan, Juluapan, Coquimatlán, Tecomán, Tamala, Ixtlahuacán, Cautlán y vuelta a la Cabecera de Sn. Francisco.

El secretario escribió la convocatoria en los siguientes términos:

“Muy señores míos:

Para tratar un asunto muy importante y de mucha gravedad y cuidado, es muy necesario e urgente que luego visto éste, comparezcan ante mí el Alcalde de la Cabecera sin demora alguna, trayendo dos o tres ayudantes en su compañía, encargándoseles a todos el sigilio correspondiente del asunto, y espero del favor de Uds. lo ejecutarán sin demora.

Por mandado del Alcalde de Sn. Francisco y común,

Juan de los Santos Cruz, Escribano de República.  
(Rúbrica).”

Se disolvió la reunión y al día siguiente

muy temprano se mandó la convocatoria a los pueblos citados; pero al llegar a Juluápan, en lugar de entregarla al alcalde, se le entregó al teniente, o sea, al representante del subdelegado, quién la pasó al alcalde José Antonio Tapia preguntándole: ¿Qué piensa Ud. hacer con esa convocatoria?

—Concurrir, contestó el alcalde.

—Pues hará Ud. mal, le replicó el teniente, lo que debe hacer, es participarlo inmediatamente al subdelegado.

Esto pasaba a eso de las dos de la tarde e inmediatamente el alcalde, tal y cómo se lo indicara el teniente, indicación que era una especie de orden, mandó aviso al subdelegado con un propio, que llegó a Colima al obscurer.

La tarde de esedía el subdelegado mandó traer un tambor de Sn. Francisco, con el objeto de hacer una publicación; pero el enviado no encontró al alcalde y pidió el tambor a una señora que se encontraba encargada del hospital. La señora entregó el tambor, y el que lo recibió tuvo a bien decirle que se trataba de reunir gente para prepararse a la defensa, pues ya venían los levantados, y no tardarían en acercarse a la Villa por el barrio del Manrique.

La señora no pudo callarse semejante noticia que la llenó de estupor, y luego corrió por la vecindad platicándolo a todos los



vecinos que se alarmaron hasta lo indecible, saliendo casi todos hasta el cementerio, lugar en que se aglomeraron esperando ver llegar a los levantados.

Esta alarma hizo que el Sr. cura D. Isidoro Reynoso saliera violentamente de Sn. Francisco Almoloyan y se dirigiera a Colima a informarse de lo que pasaba, que fué lo dicho: se trataba de hacer una publicación, como se hacía entonces, a grito abierto y tambor batiente (no había otra prensa), y para ello necesitó el tambor, y mandó por él. Nada más.

Volvió el Sr. cura Reynoso a Sn. Francisco y tranquilizó a sus alarmados feligreses, que se volvieron a sus casas.

Ya casi obscureciendo, y cuando el subdelegado recibía el aviso que le mandara el alcalde de Juluápan a instigación del teniente, de la convocatoria de los de Almoloyan, el alcalde de Sn. Francisco citaba a José Manuel Ruiz para que en la noche lo acompañara a hacer ronda, esto es, a vigilar la población.

Después de cenar, el alcalde de Sn. Francisco, José Manuel Ruiz y nueve mozos, incluyendo entre éstos a dos hijos de Ruiz, comenzaron su ronda.

En Colima, al recibir el subdelegado la noticia de la misteriosa convocatoria, ordenó al teniente de ronda Bernardino Rojas pro-

cediera a la aprehensión del alcalde de Sn. Francisco y demás justiciales e indios principales, y muy especialmente al escribano Juan Santos Cruz.

El teniente Rojas salió con una escolta para Sn. Francisco y desde luego aprehendió a los que hacían la ronda, continuando con los demás, y por fin, a eso de las dos de la mañana del martes nueve, estuvieron en la cárcel el alcalde de Sn. Francisco y los principales indios, procediéndose luego a tomarles declaración sobre la tanta veces citada convocatoria. De las declaraciones se dió cuenta al intendente Abarca, viéndose que eran sinceras y que la única falta cometida era la de no haber avisado oportunamente al subdelegado. Sin embargo, se tuvo presos algunos días a los indios por lo que los vecinos de Sn. Francisco pidieron su libertad al subdelegado, atendiendo a que se estaban perjudicando ellos en particular, y el pueblo en general por falta de sus autoridades.

El subdelegado pidió informes al Sr. cura Reynoso, quien los dió satisfactorios, y a su vez solicitó la libertad de los detenidos, que les fué concedida.

El día 10 de Octubre se reunió el Ayuntamiento presidido por el subdelegado D. Juan Linares y después de discutir lo relativo a la defensa de la población en el caso de ser atacada por los insurgentes, se acordó que,



careciendo de armas y siendo preciso proveerse de ellas, se mandaran construir dos mil lanzas que se pagarían de los "fondos de propios", encargándose de ello el Síndico Procurador, y que se redoblara la vigilancia en todos los barrios de la Villa, para lo cual se nombraron dos alcaldes más por cada barrio. Los nombramientos recayeron en las siguientes personas: para el de los Martínez (hoy Villa de Alvarez) D. Ignacio Arzac y D. Juan Centeno; para el de Tarímbaro (hoy la Salud), a D. José Elías Vallejo y D. José Cruz González; para el de la Plaza Nueva (hoy Jardín Núñez), a D. Vicente Ortiz y D. Ignacio Trujillo; para el de la Soledad (hoy del Hospicio), a D. Vicente Dávila y D. Felipe Anzar; para el del nombre de Jesús (Mercado de la Constitución), D. Felipe Silva y D. Antonio Moreno; y para el de España (hoy del "Agua Fría o de la Sirena"), a D. Rafael Salcedo y D. José Antonio Vargas.

A todos estos señores se les expidió la correspondiente credencial por el subdelegado Linares.

Las noticias que llegaban a la Villa eran cada vez más alarmantes. La insurrección cundía a pasos agigantados, y cada vez más se atemorizaban los vecinos de la Villa, muy especialmente las autoridades, por lo que el subdelegado, el alcalde ordinario D. Miguel Coronado, el capitán D. José Baldovinos, D.

Alejo de la Madrid y el Síndico Procurador D. Juan Cayetano Anguiano, dispusieron se convocase a una junta a los principales vecinos, con el objeto de tomar nuevos acuerdos relacionados con la defensa de un posible asalto de los insurgentes. Atendieron la convocatoria y se reunieron en la Sala Capitular, además de los señores citados, el Administrador de Correos y Diezmos D. Tomás Bernardo de Quiroz, y los comerciantes D. Fulgencio Díaz, D. Pascual Díaz, D. Martín Anguiano, D. Francisco Solórzano, D. Rafael Ursúa y D. Santiago Plaza.

En esa reunión se dijo por algunos de los concurrentes, que tenían noticias de que los insurrectos habían saqueado algunos pueblos y pasando por Mazamitla, se acercaban a Zapotlán, por lo que se creyó prudente convencerse de la realidad de las noticias, para lo cual comisionaron a D. Martín Anguiano para que con los mozos que juzgare necesarios, pasara a Tecalitlán, Tamazula, Zapotilté y Tuxpan, y a D. Tomás Martínez del Campo para que se dirigiera por las barrancas, hasta la de Atenquique, en igual forma, y uno y otro estuvieran mandando correos y dando parte de todo lo que observaran, y de las noticias que obtuvieren en pueblos y ranchos con el objeto de localizar al enemigo y si fuere posible determinar o calcular el número de hombres de infantería y de caba-



lhería que trajera, los jefes que lo mandaran y si viniere o no su caudillo principal, el armamento que tengan y el rumbo que lleven.

El Sr. Anguiano se presentaría al teniente de Tecalitlan con orden del subdelegado para que le ministrara armas, gente y cualquier otro auxilio que necesitare Anguiano.

También se acordó dar órdenes al Administrador de la Hacienda de la Huerta para que estuviera listo con toda la gente de la Hacienda y dispuesto a venir en auxilio de Colima, luego que se le llamara. A la vez que se ordenara al encargado de Alcaraces convocar a todos los vecinos de ahí y de las rancherías inmediatas para que, armados, estuvieran prontos a concurrir a la defensa de Colima, o de la Cabecera, como dicen los documentos. (Debe recordarse que oficialmente Colima ya no se llamaba Villa, sino Cabecera del Partido de Colima, desde el establecimiento de las intendencias; pero el público todavía le decía Villa). Por último, se acordó también comisionar al comandante D. Francisco Guerrero del Espinal para que, en vista de que la población había quedado sin los milicianos que habían partido para Guadalaajara el 1º de Octubre, organizara una fuerza de cincuenta hombres, tomando los soldados supernumerarios que quedaron de las citadas milicias, y completando el núme-

ro con paisanos. De esos cincuenta, treinta deberían de ser fusileros y veinte lanceros. Los primeros se proveerían de los fusiles y escopetas que hubiere entre los vecinos, y los segundos de las lanzas que se habían mandado hacer.

Al día siguiente [13 de Octubre] salieron los señores Anguiano y Martínez del Campo a cumplir sus comisiones. Mas apenas habían pasado tres días, cuando el subdelegado de Colima recibió un oficio del subdelegado de Zapotlán en el que le hacía patente la necesidad de guardar el puesto de Mazamitla, como muy probable paso de los insurgentes para Zapotlán, Sayula y Guadalajara, y el Sr. Linares luego convocó a nueva junta a los miembros del Ayuntamiento y a los del Congreso de Seguridad y Defensa, como se llamaba a la agrupación que se formó en medio de estas alarmas y temores. Reunidos todos en la Sala Capitular, acordaron formar un cuerpo de patrullas que vigilara la población día y noche con estrictas recomendaciones de no retirarse los guardias hasta no tener presentes a sus substitutos, pedir una escolta de infantería al comandante Guerrero del Espinal para que cuidara de la cárcel, y mandar órdenes terminantes al teniente de Tecalitlán para que diera auxilio a la población de Mazamitla.

Las autoridades estaban verdaderamente



aterroizadas, y el 16 de Octubre el Ayuntamiento convocó a nueva junta a los vecinos caracterizados, agregándose el Sr. cura D. José Felipe de Islas y el R.P. Comendador del convento de la Merced. Esta reunión tuvo lugar en la casa del Sr. cura Islas, y en ella se trató de la moralización de las personas que forman las patrullas, de sus ocios y de sus exigencias, acordándose un programa tan detallado como ridículo. Luego se encargaron los sacerdotes de exhortar al pueblo, en la cátedra sagrada, a la sumisión y obediencia del gobierno, desechando las instigaciones de los insurgentes, y por último, se nombró, por unanimidad de votos, teniente general al Sr. D. Francisco Solórzano, para relevar al Sr. Linares de este cargo, por ser muchas las atenciones que tenía en estas difíciles circunstancias. Todo se estaba volviendo juntas, proyectos y nombramientos.

El subdelegado, con fecha 17 de Octubre mandó construir 500 lanzas a Tecalitlán y otras 500 a Zapotlán. Luego dirigió un oficio al teniente de Jilotlán preguntándole que si era cierto que había sido asaltado el pueblo (?) y si había una salitrera entre él y Colima. En caso de que fuera cierto esto último, le recomendaba muy encarecidamente cuidara de que el salitre no fuera llevado a otra parte sino a Colima, para no dar lugar al aprovisionamiento de pólvora a los insu-

rectos, y sí poderla tener ellos, y a la vez tratara de descubrir cualquier fábrica clandestina del precioso explosivo.

En estos días Colima, o mejor dicho, sus principales vecinos, presentan el aspecto de un lago rizado por vientos contrarios en el que aparecen remolinos a cada momento. Así, una junta y otra junta y otra junta, y en casi todos los días que van del mes ha habido juntas y nombramientos de comisiones. El 18 de Octubre vuelve el Ayuntamiento a convocar a una reunión a todos sus miembros, y además al Sr. cura D. José Felipe de Islas, al R. P. D. Nicolás Domínguez, comendador de la Merced, al administrador de Correos, al capitán D. José Baldovinos y algunas otras personas, quienes vuelven a congregarse en la casa del Sr. cura Islas, que ya les agradó más que el salón del Ayuntamiento. El resultado de largas y acaloradas discusiones fué el nombramiento de una "Junta Provisional de Gobierno; Seguridad y Defensa", compuesta de ocho miembros, un presidente y un secretario, quedando incluidos en aquellos, como representantes del clero, los Sres. Islas, y Domínguez. Súpose que el comandante Guerrero del Espinal estaba para salir de Colima, y alarmados determinaron que se le pusiera un oficio, como se hizo al siguiente día, ordenándole que no abandonara la población por ningún motivo, porque



quedaba expuesta a no poderse defender, y se le harían cargos de los perjuicios que sufriera si por su ausencia era presa de los insurgentes.

Con fecha 23 de Octubre, el subdelegado publicó en Colima, por medio de un bando, única forma de publicación entonces, las disposiciones del intendente Abarca que, de acuerdo con la Junta Auxiliar de Gobierno de Guadalajara, daba para indultar del tributo a todos los que se filiaran en el ejército realista, y dar premios o condecoraciones a los que en ese mismo ejército se distinguieran por sus hazañas en contra de la revolución. Además, se privaría de sus tierras a los simpatizadores de ella. De estas disposiciones se mandaron ejemplares a los tenientes de Tecalitlán y Jilotlán.

Por último, la Junta de Gobierno, Seguridad y Defensa de Colima acuerda la venida de un fundidor de campanas que sabíase existía en Tuxpan, para que fundiera un cañón que completara el armamento con que los particulares defenderían a Colima, al ser atacada por los insurgentes. La orden para llamar al campanero de Tuxpan fué firmada por Linares el 25 de Octubre; pero no alcanzó a venir, ya sea por no habersele encontrado, o porque los acontecimientos se presipitaron con bastante rapidez.



## DESARROLLO DE LA LUCHA.

1.—La situación en Guadalajara. Triunfo de Torres en Zacoalco. 2.—Los insurgentes en Colima. 3.—El nuevo gobierno.

1.—Si en Colima había confusión en el partido español y todo se volvía juntas y nombramientos, comisiones y preparativos más o menos aceptables o disparatados, en Guadalajara no sucedía algo mejor. También allá todo fué confusión entre la Junta Auxiliar de Gobierno, el Ayuntamiento y el intendente.

La Junta tuvo a bien hacer que el intendente se pusiera al frente de sus tropas y se saliera de Guadalajara, yéndose para Tonalá, en donde estaría a la expectativa, como lo hizo saliendo de la capital neogallega con quinientos hombres.

Entre tanto, como queda dicho, por el rumbo de La Barca amenazaban Navarro, Huidrobo y Portugal, y por el de Zacoaleo José Antonio Torres, por lo que se mandó a combatirlos al Oidor D. Juan José Recacho, a quien se le dió el nombramiento de coronel, con dos cuerpos de tropas. En Atequiza se



le unió el capitán D. Antonio Corbatón con una compañía de europeos, y a poco el capitán del Río con la suya de granaderos, formando un total de quinientos hombres que marcharon rumbo a La Barca. Dejándolos a ellos, volvamos al rumbo interesante para nosotros, el de Zacoalco.

D. José Antonio Torres que se levantó secundando la iniciativa del Sr. cura Hidalgo, formó un cuerpo de combatientes entre los rancheros y trabajadores de su región y se dispuso a marchar sobre Guadalajara. No tenía sino muy pocas armas; pero Torres instruyó de tal modo a su gente, que lo siguió con toda confianza a pesar de que el principal armamento eran las piedras y las hondas, como si se tratara de espantar las aves dañinas a las labores, y de sogas de lazar, cual si se tratara de una corrida de toros. Ya en el terreno Torres bajó de su caballo y con el sable pintó en la arena un arco de círculo, explicando a sus tropas que así deberían formarlas, poniéndose los pedreros en el centro, y los lazadores de a caballo formando las extremidades del semicírculo. Advirtiéndoles que al entrar en combate, los de a caballo deberían hacer por juntarse a cerrar el semicírculo, a la vez que los pedreros disparaban sus hondas.

Para batir a Torres fué mandado de Guadalajara el teniente coronel D. Tomás Igna-

cio Villaseñor, que salió el día 1º de Noviembre, con tres compañías de Tepic, los regimientos de la Corona y Nueva Galicia, las tropas de Colotlán, y las cinco compañías que se le habían mandado de Colima el 1º de Octubre, que llegaron a en contrarse con los insurgentes el día 4 en Santa Catarina. Torres le intimó rendición advirtiéndole a Villaseñor que puesto que era criollo, debería estar de parte de los independientes, dejando solos a los europeos. Pero Villaseñor le contestó que: "pronto tomaría venganza de su traición ahorcándolo".

En vista de lo anterior, atacó Torres en la forma indicada, a la vez Villaseñor había puesto el único cañón de que disponía en el medio de su frente de combate, la caballería a los lados y la infantería en el centro. Al dispararse el primer cañonazo, los insurgentes descargaron una lluvia de piedras sobre los realistas que les abolló todos los fusiles; luego la caballería de lazadores cerró el círculo lanzando a los que pudieron, entre ellos a Villaseñor que se hubiera ahorcado si un ranchero de los de su tierra no hubiera cortado la soga con el sable. En seguida se pusieron en fuga los realistas, que apenas resistieron una hora el extraño y singular combate.

Esto llenó de consternación a las autoridades de Guadalajara y a las juntas y batallones que se habían formado, huyendo mu-



chas personas, escondiéndose otras, y comisionándose a los Sres. D. José Ignacio Cañedo y D. Rafael Villaseñor para que fueran a encontrar al insurgente Torres, ofreciéndole la plaza y pidiéndole garantías.

Apenas levantado el campo, D. José Antonio Torres se acordó de Colima, y antes de marchar a Guadalajara comisionó a su hijo y a Rafael Arteaga, para que con la gente que creyeran necesaria volvieran sobre aquella Villa y la tomaran a nombre del Sr. cura Hidalgo. Torres (hijo) y Arteaga se dirigieron, pues, al Sur, y Torres (padre) con el grueso de su ejército continúa su marcha triunfante hasta Guadalajara.

2.—Volvieron los exploradores a Colima trayendo las noticias de los avances de la revolución, así como la de que uno de los principales caudillos era el Sr. cura Hidalgo, bien conocido en Colima, puesto que había sido cura de su parroquia. Esto tranquilizó un tanto a los atemorizados habitantes que muy pronto tuvieron razón del combate en que triunfó Torres contra el realista Villaseñor, y poco a poco se fueron resignando a que Colima tarde o temprano caería en manos de los insurgentes que ya tenían sus simpatizadores. Todavía era confuso el concepto que se tenía en Colima de la revolución de Independencia; pero puesto que venía Hidalgo encabezándola, proclamaban a Fernando VII y

victoriaban a la Virgen de Guadalupe, no debían ser ni emisarios de Napoleón ni enemigos de la religión.

En este estado de ánimo, de duda colectiva en que no se sabe a punto fijo qué partido tomar, en que hay simpatías encontradas a la vez que confianzas y temores, se encontraban los habitantes de Colima y de Almoloyan cuando se supo de cierto que se acercaban los insurgentes, y ahora sí era verdad.

En efecto, como queda dicho, Antonio Torres a penas derrotó a Villaseñor en Santa Catarina el día 4 de Noviembre, mandó a su hijo y a Rafael Arteaga a "la costa del Sur", en tanto que aquel se dirigía al Norte, a tomar Guadalajara. Torres (hijo) y Arteaga hicieron cuatro días de camino, y el día 8, a eso de las dos de la tarde, se presentaban en Colima a la que entraron sin encontrar resistencia, en medio de la expectación pública. Por demás está decir que no habían llegado las lanzas, ni se había construido el cañón, ni de nada sirvieron las juntas, y las patrullas y los alcaldes de barrio, ni ninguno de los preparativos que se habían hecho. Ya no estaba Colima en los días de su reciente fundación y no eran sus habitantes los españoles de legendario abolengo. Los españoles de la conquista habían dejado sus gérmenes de heroísmo en esta tierra; pero sus hijos, los criollos que heredaran sus precio-



sas herencias, se habían olvidado de los blasones de sus antepasados y se habían dedicado al trabajo, en tanto que de la patria de sus abuelos continuaban llegando aventureros que sin más títulos que el favor de los prominentes y el haber nacido allende el mar, tomaban a su cargo la dirección de los asuntos públicos, y la explotación de esta tierra en bien de la otra.

Al presentarse los insurgentes en el estado de ánimo descrito, la sangre criolla despertó sus dormidas energías, vaciló primero, mas luego se adhirió a la causa independiente. Los insurgentes tomaron, pues, a Colima en esas condiciones, y en los primeros momentos hicieron la aprehensión de los españoles y les confiscaron sus bienes, deponiendo a las autoridades. No se dió el nombre de españoles a los aprehendidos, sino de europeos, con lo que se aclaró completamente cual era el motivo de la lucha, cual su orientación y cual su finalidad. Esta designación que se ve en muchos documentos, aclara completamente el horizonte, y más aun, el Sr. cura Hidalgo tiene el nombre de "Generalísimo de América". La guerra, es pues, entre americanos y europeos.

Por desgracia, y tenemos que repetirlo muchas veces no sin dolor, la guerra que en lo político es santa y justa, en lo antropológico, en el móvil secreto de las razas, en los

elementos que se ponen juego para desarrollarla, es cruel y detestable. Desde luego, no es posible hacer una revolución con frailes y con monjas, ni se puede combatir con plegarias y exorcismos. De ahí que las confiscaciones de bienes de europeos no tuvieron la corrección que era de desearse, como un recurso para sostener las fuerzas insurgentes y como compensación justa a la explotación que el europeo había realizado en América, sino que esas confiscaciones tuvieron todas las características del robo. Poco después de haber entrado los insurgentes fueron saqueadas muchas casas y se cometieron muchos atropellos, muy especialmente los tres primeros días.

El día 12 de Noviembre los capitanes Torres y Arteaga convocaron a los vecinos de la Villa a una reunión para que eligieran un depositario de los bienes confiscados y por confiscar a los europeos vecinos de Colima. Concurrieron 72 y casi por unanimidad fué electo el Sr. D. Martín Anguiano Depositario y Tesorero General. La honradez del Sr. Anguiano le hizo acreedor a tal confianza; pero esa misma honradez hace que muy pronto, no pudiéndose reprimir los saqueos y atropellos de los insurgentes, quiera renunciar de su cargo, renuncia que no se le aceptó. Así fué que contra su voluntad comenzó a desempeñar el delicado encargo que le traía mu-

cha  
lias  
sa r  
exig  
con  
las  
cion  
le c  
dos  
deb  
ner  
esp  
bié

did  
nef  
nas  
De  
cie  
tan

An  
y a  
que  
ma  
pa  
me  
Mu  
cap  
D.  
da



chas contrariedades, tanto porque las familias de los españoles presos los veían mal, cosa naturalísima, como porque los insurgentes exigían tanto de él, que repugnaba a su conciencia tener que dejar en la miseria a las citadas familias por las desmedidas peticiones de dinero. Además, al Sr. Anguiano le constaba cómo los españoles estaban ligados por medio de contratos con los criollos y debían grandes cantidades a éstos, de manera que confiscando todos los bienes de los españoles prácticamente se confiscaban también los de los criollos.

Por otra parte, muchos fueron sorprendidos con sus labores de algodón a medio beneficiar. El Sr. Anguiano administró algunas de ellas; pero no las pudo atender todas. De ahí los trastornos económicos que se hicieron sentir en Colima por todos sus habitantes.

Pero lo que no cabía en la mente del Sr. Anguiano, eran los saqueos desconsiderados y a pesar de estar él de Depositario. Se saqueaban casas sin su consentimiento, tomando hasta colchones, trastos de cocina ropa y halajas, elementos que no eran ciertamente para contribuir a la independencia. Muy especialmente D. Rafael Arteaga, el capitán D. Simón Figueroa y el teniente D. Vicente Tortolero se portaron como verdaderos bandidos. Se publicó un bando en

que se prohibía a los habitantes de Colima salir a la calle después de las ocho de la noche, bajo pena de muerte, y después de esta hora los insurgentes se dedicaban a sus saqueos.

Seguía, pues, en los colimenses, la duda en el partido que deberían tomar. De pronto estaban sufriendo una situación angustiosa prácticamente; pero moralmente sentían vacilaciones, puesto que los procedimientos de bandidaje no estaban de acuerdo con el hermoso ideal de la Independencia. Todos los criollos convenían que era bueno separarse de España y expulsar a los europeos del territorio; pero no les agradaba el procedimiento.

Sin embargo, se procuró darle las apariencias de gobierno, y se procedió a la formación de un nuevo Ayuntamiento, una vez depuesto el que estaba, para lo cual se nombró presidente de él, y subdelegado, al Sr. D. José Sebastián Sánchez, siendo los demás miembros las siguientes personas: José Vicente Dávalos, Tiburcio Brizuela, teniente D. José Mariano Díaz, D. Felipe Anzar, D. Antonio Moreno, y síndico procurador D. Marcos Silva.

A los ocho días de haber recibido el cargo de Depositario de los bienes de europeos el Sr. D. Martín Anguiano, ya entregó a los insurgentes la cantidad de dos mil cuatrocien-

tos  
cha

se l  
tier  
con  
que  
desp  
20 d  
tes  
det  
D.  
tibl  
mil  
sos

ind  
y a  
de p  
nat  
se l  
lito  
y e

pue  
se a  
con  
con  
mo  
no



tos pesos, con lo que emprendieron la marcha para Guadalajara.

Al salir, el Sr. Anguiano insistió en que se le admitiera su renuncia, y otra vez insistieron los insurgentes en que se quedara él con el cargo que le habían dado, diciéndole que no había razón para su renuncia. Poco después de haber dado esta contestación, el 20 de Novbre, salieron las fuerzas insurgentes y llegaron hasta el Trapiche, en donde se detuvieron y mandaron un mozo pidiéndole a D. Martín Anguiano vino y algunos comestibles, a la vez que recomendándole a las familias de los españoles que se llevaban presos a Guadalajara.

En cambio de los robos que hicieron los independientes en Colima, y de los insultos y atropellos a las personas que maltrataron de palabra y de obra, no se registraron asesinatos, o por lo menos no he podido saber que se haya cometido ni una vez siquiera este delito que tanta crueldad revistió en Valladolid y en Guadalajara.

Colima estaba quedándose sin dinero, pues a los gastos de que se ha hecho mención, se agregan los que hizo el anterior síndico con motivo de las lanzas que se mandaron construir y que se pagaron adelantadas, de modo que el dinero salió de la Villa, aunque no hayan venido lanzas ni cañones.

Entretanto D. José Antonio Torres (pa-

dre) entró a Guadalajara el día 11 de Novbre. reintegró el gobierno nombrando quien substituyera a los oidores que habían huido y dejando en sus puestos a los demás empleados, y dió toda clase de gaaantías a la sociedad, conquistándose por ello muchas simpatías. Luego dió parte al Sr. cura Hidalgo, que se encontraba en Valladolid, de su triunfo y de la ocupación de Guadaluja, invitándolo para que viniera a esta ciudad. Hidalgo aceptó la invitación y se puso luego en camino por Zamora, La Barca y Atequiza, y llegó a Guadalajara el 26 de Novbre.

A Colima llegó la noticia de que Hidalgo se encontraba en Guadalajara el día 2 de Diciembre, y al día siguiente, se reunió el Ayuntamiento para acordar el homenaje que debiera rendirse al "Generalísimo de América". Reunido el nuevo Ayuntamiento y conociendo las simpatías que tenía por la causa de la Independencia el Sr. Presb. D. Francisco Ramírez de Oliva, que había sido cura de Almolayan, se acordó comisionarlo para que pasara a Guadalajara y se presentara al Sr. cura Hidalgo haciéndoles presentes el reconocimiento y subordinación de la Villa de Colima y los pueblos de su dependencia, recordándole que esa adhesión era tanto más sincera cuanto se le había conocido cuando era pastor de almas en la citada Villa. El P. Ramírez pasó, pues, a Guadalajara con



la comisión del ayuntamiento.

Los insurgentes que se habían ido de Colima el 20 de Novbre, llegaron a Guadalajara informando, a su modo, de lo ocurrido: el triunfo, la sumisión de la Villa, las aprehensiones que habían hecho justificándolas, y las confiscaciones de bienes; pero no dijeron nada de la irregularidad con que se ejecutaron muchas de esas confiscaciones, ni menos que a pesar de haber nombrado un Depositario y Administrador de esos bienes, ellos, los insurgentes, vendían sal, algodón, maíz, etc, sin aviso de aquel, ni que recogían cabalgaduras sin dejar constancias. Antes bien, de tal modo contaron los acontecimientos, que el Sr. D. José Antonio Torres confirió poder amplísimo a D. Rafael Arteaga, el que más robaba, para recoger cabalgaduras y fondos por los pueblos de Sayula, Zapotlán, Autlán y Colima. Este documento, cuyo original obra en el archivo del Ayuntamiento visado por el subdelegado D. José Sebastián Sánchez, fuéle dado a Arteaga porque éste no podía soportar la vigilancia y honorabilidad de D. Martín Anguiano, quien tenía que reprimirle sus desmanes.

Estas noticias llegaron a Guadalajara al Sr. cura Hidalgo quien se contentó con publicar un bando en que reprobaba todos los desmanes y atropellos que se cometían a la sombra de la bendita causa de la Inde-

pendencia, mas no por ello pensó en la justa represión, sino que, sabiendo cómo estaban las cosas, y en un oficio en que se deja ver cierto disgusto, nombra al P. Ramírez Depositario de los bienes de europeos, en lugar de D. Martín Anguiano «quedándole a éste su conducta y honor a salvo».

Además de su comisión oficial, el P. Ramírez llevaba el encargo de las familias de los presos que los insurgentes se habían llevado, de hablar por ellos y conseguir su libertad. Por desgracia cuando llegó el P. Ramírez a Guadalajara, ya habían sido decapitados la mayor parte de aquellos, y sólo fué posible salvar a nueve que aun no morían y que fueron los Sres. D. Jerónimo de la Maza, Juan Linares, Plácido Díaz, Modesto de Herrera, Julián de Izedo, Jenaro Mestas, Francisco Miranda, José Elías Vallejo e Hilario Vallejo. Y habían sido sacrificados en aras de nuestros ancestrales rencores, los Sres. Tomás Bernardo de Quiroz, Administrador de correos y uno de los más ricos de Colima, el que tenía la mejor tienda; el capitán Francisco Guerrero del Espinal, Alejo de la Madrid, Hilario Porrero de Mier, Pedro Sánchez, José Fernández Peredo, Julián García de la Mora, Juan García Ciaño, Hipólito Gutiérrez, Manuel Galíndez y José Arenas.

Al tercer día, 5 de Diciembre, el Ayuntamiento celebró otra sesión para nombrar



alcaldes de barrio, puesto que con el nuevo Gobierno habían cesado todos los empleados, y aunque en Colima no se disponía de muchas personas, se hacían siquiera cambio-de comisiones, aunque el empleado que ayer era realista, sea el mismo que hoy es independiente, pero con otro encargo. Se nombraron, como alcaldes de barrio, las siguientes personas: para el barrio de la Soledad, D. José Bartolo Núñez; para el de la Plaza Nueva a D. Vicente Ortiz; para el del Dulce nombre de Jesús a D. Felipe Silva; para el de España D. José Venegas; para el de Tarímbaro a D. José M<sup>a</sup> Cárdenas; para el de Los Martínez a D. José Ignacio Arzac, y para el Rancho de Villa a D. Juan Bernardino Vega.

Después de haber dejado en Guadalajara a los presos que se llevaron Torres (hijo) y Arteaga, éste se volvió a Colima en donde continuó con sus extracciones de dinero y efectos de las tiendas de los españoles; pero volvió acompañado del coronel D. José Vicente Amezcua, a quien recurrió el Sr. D. Martín Anguiano para que le auxiliara en reprimir las libertades de aquel, y Amezcua amplía las facultades de éste; pero, lo que sucede siempre en situaciones en que el desorden impera, lo que uno mandaba otro no obedecía, y había conflictos entre autoridades que no sabían a punto fijo cuales eran sus

propias atribuciones. Así fué que Anguiano, con las nuevas facultades que le concediera Amezcua, cerró la tienda en que se expendían los bienes de los europeos, para evitar las exigencias de Arteaga, y entonces éste ocurrió al Subdelegado José Sebastián Sánchez, y éste obligó al depositario a que la abra.

El Sr. Anguiano desempeña, en un corto tiempo, un hermoso papel como punto de equilibrio de fuerzas sociales y económicas. Manifestó suma honradez y exacto cumplimiento de su deber, tanto para con los europeos, como para con los independientes, pues a éstos les estuvo entregando las cantidades de dinero que le pedían para el sostenimiento de las tropas, y estuvo mandándole a Hidalgo el dinero que se pedía sin poner más dificultades, que la de exigir el correspondiente comprobante. Fué un hombre, al parecer, convencido de la justicia de la causa independiente; pero a la vez convencido de la justicia con que se deberían recabar los fondos para el sostenimiento de la lucha. De ahí que al entregar la administración al P. Ramírez, tuvo especial empeño en que se le dieran, como se le dieron, testimonios oficiales respecto a su conducta como administrador, en los cuales testificaron de sus procedimientos algunos de los más caracterizados vecinos de Colima.



El coronel Amezcua organizó algunas compañías de voluntarios que fueron conducidas a Guadalajara, a disposición del Sr. cura Hidalgo, recibiendo, a fines de Diciembre, \$4600 de manos de D. Martín Anguiano para el sostenimiento de ellas. Y todavía, aunque ya por orden de Ramírez, (el nuevo depositario) se dan al capitán Arteaga, cuyo bolsillo se parecía al tonel de la Danaides, cuarenta pesos para que se vuelva a Guadalajara.

\*

Luego que el Sr. cura Hidalgo llegó a Guadalajara organizó su gobierno en la forma siguiente:

Miguel Hidalgo, Generalísimo de América.

Ignacio Allende, Capitán general de América.

José M<sup>a</sup> Chico, ministro de gracia y justicia y presidente de la nueva Audiencia.

Lic. Ignacio Rayón, secretario de Estado y del Despacho.

José Ignacio Ortiz de Zaldívar, oidor subdecano.

Lic. Pedro Alcántara de Avendaño, Oidor de "esta Audiencia nacional".

Francisco Solórzano, oidor.

Lic. Ignacio Mestas, fiscal de la Audiencia nacional.

Cuando Hidalgo llegó a Guadalajara, Allende estaba en Zacatecas; pero llamado por aquel acudió luego, lo que fué muy importante para la revolución que comenzaba a desorganizarse bajo la no muy buena dirección del Sr. cura, que encontró muy el distinto de gobernar feligreses al gobernar chusmas indisciplinadas. Estas le pidieron a Hidalgo que diera muerte a los españoles presos, entre los que se encontraban los veinte que se llevaron de Colima, y accedió a ello, comenzando el día 13 de Diciembre una horrible matanza que se llevaba a cabo noche a noche en que eran sacados de veinte a treinta infelices y llevados a las Barranquitas de Belén, o al cerro de S. Martín, en donde eran degollados por los verdugos Martín Marroquín, Manuel Muñiz y un tal Vargas. Cuando Allende supo de estos crímenes montó en cólera y pretendió evitar la matanza; pero habían ya muerto once de los que fueron de Colima, según queda dicho anteriormente.

En Guadalajara se le presentó a Hidalgo el Sr. cura Mercado pidiéndole su autorización para levantar gente por la costa occidental, y se le concedió, marchándose luego a Ahualulco donde comenzó su labor en pro de la Independencia.

Se autorizó a D. Pascasio Ruiz de Letona para que pasara a Estados Unidos como plenipotenciario e hiciera tratos con aque-



lla nación, de recíproca (?) utilidad.

Se dió por Hidalgo el famoso decreto aboliendo la esclavitud, lo que hará que se veneren eternamente su memoria por todos los mejicanos a pesar de los yerros cometidos, y se procuró por todos los medios posibles prepararse debidamente para continuar la lucha. Se dió al P. D. José Antonio Díaz, capellán de Almolayan que fué a Guadalajara a presentársele a Hidalgo, autorización para que se trasladara a Sn. Blas y mandara construir cañones, para lo cual, por orden del depositario de los bienes de europeos Br. D. Francisco Ramírez, se le entregaron en Colima \$649 por el Sr. D. Martín Anguiano, que siguió en posesión de los bienes, pero sin la responsabilidad y sólo como ayudante del P. Ramírez.

Además, en Guadalajara era el Sr. cura Hidalgo objeto de muchas atenciones y con mucha frecuencia se le daban banquetes en palacio.

Por su parte, Allende, Jiménez y Abasolo, procuraban disciplinar y ordenar las chusmas, y a fuerza de energía pudieron organizar siete batallones de infantería, cuatro escuadrones de caballería y dos compañías de artillería. En ésta lo mejor fué lo que les mandó el cura Mercado de Sn. Blas, porque los otros cañones eran fundidos en la misma Guadalajara por gente sin experien-

cia, o hechos de madera con cinchos de fierro.

Para todos estos preparativos Colima ayudó mucho, pues a cada momento se pedía dinero a los depositarios, ya para que fuera remitido directamente al Sr. cura Hidalgo, ya para sus comisionados, así como elementos de subsistencia (sal, maíz, etc) y de guerra, como pólvora, que también se remitió de Colima.

Entre tanto los ejércitos del Virrey se preparaban también para atacar a los independientes. Aquel ordenó a Calleja que de Aguascalientes se dirigiera a Guadalajara en combinación con el brigadier Cordero, y con el brigadier José de la Cruz que acababa de tomar a Valladolid.

Los jefes españoles trataron de cumplir las órdenes del Virrey; pero no se reunieron con la oportunidad debida, porque el coronel insurgente D. Ruperto Mier salió con mil hombres expresamente a estorbar el paso al brigadier D. José de la Cruz, a quien encontró en Urepetiro el día 14, trabándose un reñido combate que terminó con la derrota de Mier.

En Guadalajara, luego que supieron que se acercaban los realistas, se prepararon al combate; aunque Allende tenía distinta opinión que Hidalgo y siendo el primero militar debió seguirse la de él, prevaleció la del generalísimo de que el combate fuera campal,



y en tal virtud se aprestaron a salirle al encuentro al brigadier D. José M<sup>a</sup> Calleja del Rey que acompañado de Flón y de Emparán, se acercaba por Lagos, a Guadalajara.

Los insurgentes tomaron posiciones en el desde entonces histórico puente de Calderón; pero por desgracia la táctica de Allende, que era magnífica, fué inutilizada por la del Sr. cura Hidalgo que no quería dejar sin parte en el combate a sus chusmas, creyendo que el número vale más que el arte. Cuando Calleja llegó a Calderón, los independentes lo esperaban. Mandó aquel hacer un reconocimiento y uno de sus artilleros le dijo que los cañones de los independentes tenían muy alta la puntería, por lo que con toda confianza dispuso sus tropas como mejor le convino, y el 17 de Enero de 1811 a las nueve de la mañana, dió principio un terrible combate en que por momentos la victoria sonreía a los independentes; pero que al fin, a eso de las tres de la tarde, les volvió completamente la espalda, habiendo ocurrido, para colmo de desgracias, el que hiciera explosión un carro de parque en el campo independiente que sembró el pánico e incendió el zacate del campo que levantó enorme humareda arrastrada por el viento hacia los independentes. Estos se dispersaron en su mayoría, y apenas si con escasas fuerzas Allende, Aldama, Abasolo y Torres pudieron

detener al enemigo para proteger la retirada de los otros jefes insurgentes. Unos y otros, con muy poca tropa llegaron, a Guadalajara en la madrugada del 18, y luego salieron para Aguascalientes.

Calleja entró triunfante en Guadalajara el día 21 de Enero en la mañana, y en la tarde entró D. José de la Cruz que venía de Valladolid sin haber podido estar en la batalla de Calderón por habérselo estobardo el coronel Mier, como se ha dicho.





## LA REACCION COLONIAL

- 1.—Calleja en Guadalajara. 2.—Cruz combate a Mercado.  
3.—Cruz gobernador de Guadalajara. Sangrientas  
represalias. 4.—Porlier combate la insurrección  
en el Sur de N. Galicia. 5.—Colima recuperada  
por los realistas. 6.—Aprehensión y fusilamiento  
de Hidalgo. La noticia en Colima.

1.—Calleja trató a Guadalajara con benignidad, cosa que no esperaban sus atemorizados habitantes que habían sabido cómo había vengado los acontecimientos de Guajuato; pero no por ello dejaron de hacerse aprehensiones y de perseguirse a los independientes. Desde luego nombró un tribunal que castigara los delitos de infidencia; nombró una junta de caridad y requisición de bienes de europeos para que recogiera los que se habían confiscado por los independientes y se volvieran a sus legítimos dueños, y ordenó que los miembros del Ayuntamiento pagaran de su propio bolsillo la cantidad de mil pesos que habían tomado de la tesorería para festejar al Sr. cura Hidalgo y mandó al

brigadier Cruz a perseguir al Sr. cura Mercado a Tepic y Sn. Blas.

Calleja no pudo reprimir sus instintos sanguinarios por completo, y antes de abandonar Guadalajara mandó fusilar a diez prisioneros que había cogido en la batalla del Puente de Calderón, y entre ellos a un americano que quedó herido, y que en camilla fué llevado al patíbulo. Encargó provisionalmente el gobierno al coronel D. Manuel Pastor, y salió de Guadalajara rumbo a Zacatecas y S. Luis.

2.—El brigadier Cruz, en cumplimiento de las órdenes de Calleja se dirigió al Occidente donde el cura de Ahualulco D. José María Mercado había desarrollado una magnífica campaña.

El día último de Enero llegó Cruz a la barranca de Taray en donde se encontró con 500 indios que al mando de D. Juan José Zenea lo esperaban para detenerlo en su marcha, dando lugar a que Mercado se preparara lo suficiente para batirlo. Desgraciadamente los indios se dispersaron a los primeros cañonazos, quedando muy pocos con Zenea que se retiró llevándose menos de la mitad de su artillería que constaba de 14 cañones.

El mismo día en que Cruz venía a Zenea en Taray, el cura de San Blas Nicolás Santos Verdín traicionaba a Mercado levan-



tando una contra-revolución que dió por resultado la muerte del patriota cura de Ahualulco que se desbarrancó al querer huir, en los momentos en que era sorprendido por los desleales, sorpresa que se dió entre ocho y nueve de la noche. Cuando al día siguiente se encontró el cadáver de Mercado, el cura Santos Verdía mandó azotarlo públicamente. Luego mandó un extenso parte al brigadier Cruz en que le daba cuenta detallada de su indigna acción y de los prisioneros que había cogido en ella.

Cuando en Tepic se supo lo de San Blas, se levantaron contra los insurgentes y esa población poco antes ganada por Mercado, ahora era realista, por lo que, al acercarse Zenea con sus pocas y derrotadas tropas, salieron muchos jóvenes de la población, armados, a encontrarlo y lo tomaron sin que hiciera resistencia,teniéndolo prisionero mientras llegaba el brigadier Cruz.

D. José de la Cruz se dirigió primero a Etzatlán y luego a Tepic, en donde lo recibieron con grandes manifestaciones de regocijo, adornando las casas y regando las calles, pronunciando sermones en los templos y recitando versos en bailes y festines.

De Tepic pasó Cruz a San Blas en donde no hizo otra cosa que reponer en sus puestos a todos los empleados públicos que habían sido destituidos, y mandar fusilar a



los prisioneros, entre ellos el respetable padre del Sr. cura Mercado. Luego volvió a Tepic y mandó fusilar al caudillo Juan José Zenea, y salió el día 17 de Febrero para Guadalajara. El cadáver de Zenea fué colgado a la salida del pueblo en donde duró seis meses. Por algunos días más se estuvieron fusilando en Tepic veinte insurgentes diario, en la plaza principal, después los colgaban y un sacerdote subía a un púlpito donde predicaba un furibundo sermón, dizque en «desagravio» (?)

De vuelta en Guadalajara el brigadier Cruz, recibió el nombramiento de Gobernador de la Nueva Galicia y Presidente de la Real Audiencia, hecho por el Virrey Venegas. Una vez más se ve cierta vaguedad en las atribuciones de los gobernantes, puesto que la Nueva Galicia, según se ha dicho en el primer volumen, era independiente de la Nueva España; pero ésta se mezclaba en los asuntos de Colima primero, y en ésta ocasión en toda la provincia. A pesar de ello, y a pesar también de que el «Claustro de Doctores» solicitó que se quedara de gobernador el brigadier Calleja, prevaleció el nombramiento hecho en favor de D. José de la Cruz.

Entró a Guadalajara de vuelta de Tepic el 20 de Febrero de 1811 y fué recibido con todos los honores, salieron a encontrarlo en procesión las autoridades y el clero y se le



condujo bajo palio a la iglesia en donde se cantó el «Te Deum».

¡Lástima de tanto alboroto para recibir a un caudillo tan sanguinario que llegaba después de dejar ordenado se cometieran los horrendos crímenes de Tepic! El clero estaba muy lejos de seguir el hermoso ejemplo de Sn. Ambrosio deteniendo a Teodosio sin dejarlo entrar al templo antes de hacer penitencia, después del degüello de Tesalónica.

Con un recibimiento tan halagador, el gobierno de Cruz se inicia ordenando el exterminio por todas partes. Ahogada en sangre la revolución en el Occidente de la Nueva Galicia, trata de hacer lo mismo en el Sur, esto es, en Zacoalco, Sayula, Zapotlán y Colima, y con órdenes terminantes de **no perdonar la vida a ningún rebelde, sea de la clase y condición que fuere**, nombra al coronel D. Rosendo Porlier para que salga a someter (25 de Febrero) a los citados pueblos, para lo cual le da el Batallón Real de Marina, una parte del de Guadalajara, el 2º de Toluca y un cuerpo de caballería, con cuyos elementos de destrucción se darán «ejemplarísimos castigos».

Por supuesto que mientras Porlier salía al Sur a derramar sangre, según las terribles órdenes de Cruz, éste no daba tregua a las ejecuciones sin perdonar ni a sacerdotes, sino que a todos los que tuvieron participa-

ción aunque fuera pequeña, en pro de la causa insurgente, se le daba muerte.

El terror se extendió por todas partes, y cuando Porlier se dirigió al Sur, apenas se sabía que se acercaba a alguna población, y la dejaban sola, como sucedió en Zacoalco, Sayula, Techaluta, en donde ni siquiera un mozo podíase encontrar para mandar el parte a Guadalajara.

Por fin, el día 3 de Marzo llegó a la cuesta de Zapotlán en donde lo esperaban tres mil insurgentes al mando de los hermanos D. Francisco y D. Gordiano Guzmán y del lego Gallaga trabándose un reñidísimo combate en que por ambas partes se peleó con denuedo. Pero en vano hicieron los insurgentes esfuerzos heroicos, la disciplina y el armamento eran superiores por parte de los realistas, y al fin el triunfo fué de éstos. La causa de la Independencia sufría descalabros a cada momento.

Cuando Porlier mandó el parte de su victoria a D. José de la Cruz, todavía este sanguinario caudillo le contestaba diciéndole, entre otras cosas: «Llegó el tiempo de sembrar la muerte y el espanto por todos los pueblos donde se ha manifestado de nuevo el fuego rebelde», y le pedía le mandara todos los prisioneros hechos en Sayula y Zapotlán para que sufrieran la pena de muerte. Y tres días después del combate, (6 de Marzo)



le escribía Porlier a Cruz diciéndole: "No se oye una mosca en todos estos contornos; se vive en perfecta paz octaviana". (La paz de los sepulcros).

Después de esta sangrienta acción de armas en que se dispersaron los caudillos insurgentes, ocupó Porlier a Zapotlán, y de ahí lanzó una convocatoria a los vecinos de Colima, representados por su Ayuntamiento, (el que habían nombrado los insurgentes) comisionando al Sr. D. José M<sup>a</sup> Anguiano para presentarla. Este señor entregó al Ayuntamiento la conavocoria en los términos siguientes:

M. I. A.—El Señor General de las tropas del Rey Don Rosendo Porlier, que ha entrado al pueblo de Zapotlán, se ha dignado diputarme para que pasase a comunicar a V. S. y a los demás vecinos principales de esta villa, como lo verifico, la piedad con que procede, de que está encargado, y tiene bien acreditada en sus sanas, justas operaciones, y que se hace preciso pasen personalmente a aquel pueblo con la brevedad posible los vecinos más honrados a representar por esta villa, manifestar su reconocimiento y a recibir las órdenes que les imponga para su buen manejo y acierto. También que los comprendidos o culpados en el partido de insurgentes, ocurran luego para ser perdonados en

virtud del indulto que ha mandado publicar y manifiesto a V. S. un ejemplar impreso, el mismo que se publicará en esta Iglesia Parroquial por disposición del Sr. Cura de este Partido.

Bajo el concepto que de no acceder a esta benigna propuesta, pasará a esta villa con su Ejército el expresado Señor General a castigar a los innobedientes y rebeldes y a proceder con todo el rigor que demanda la gravedad del asunto: lo cual se excusa si cumplen llanamente con lo que S. S. ordena, y todos quedarán perdonados. La respuesta o resolución espero al pié de ésta para dar cuenta oportunamente en obsequio de lo que me obliga.

Dios guarde a V. S. muchos años. Colima, Marzo 6 de 1811. José María Anguiano.—(Rúbrica.)

Ante la terrible amenaza de ver en Colima al Sr. Porlier, digno de D. José de la Cruz, se aprontó el Ayuntamiento a reunirse, apenas recibió el oficio del Sr. Anguiano (D. José María), y no sólo los miembros del edilicio cuerpo, sino todos los vecinos a quienes pudieron llamar, se reunieron y deliberaron lo que deberían contestar para evitarse los perjuicios a que estaban expuestos si no atendían debidamente a las indicaciones del jefe realista.



Después de no largas discusiones, y tomando en consideración que no tenían en Colima fuerzas suficientes para hacer una resistencia digna, se acordó contestar al comisionado que estaban dispuestos a sujetarse en todo y por todo a las autoridades que gobernarán en nombre de su Magestad D. Fernando VII a quien le protestaban completa sumisión, afecto y respeto, y que ya nombrarían representantes que fueran personalmente con Porlier a hacerle presente esa sumisión y obediencia del Ayuntamiento y del vecindario de Colima.

El Ayuntamiento de Colima nombró la comisión a que se refiere en su oficio al Sr. Anguiano, José María, para que fuera a presentarse a D. Rosendo Porlier en Zapotlán o en el lugar que se encontrara. El nombramiento recayó en los Sres. D. José Manuel Bazavilbazo, D. Manuel María Robles y D. Francisco Solórzano por parte de los miembros del Ayuntamiento y de los paisanos, y en los Sres. Miguel Coronado y Manuel Brizuela, por parte de los militares. Estos señores tomaron el camino rumbo a Zapotlán, mas como Porlier debería a la vez tomarlo para Tuxpan, se dirigieron a esta población en donde esperaron al caudillo realista.

Porlier salió de Zapotlán y se dirigió para Tuxpan y Tamazula, mandando a Colima al coronel D. Manuel del Río con el Batallón

de Toluca y el de Guadalajara. En Tuxpan recibió Porlier la contestación que le mandara el Ayuntamiento de Colima, por conducto de D. José M<sup>a</sup> Anguiano, y aquel jefe se aprontó a felicitar al citado Ayuntamiento y al vecindario de Colima por su obediencia y sumisión a Fernando VII y a la Junta de Regencia que lo representaba.

Porlier llegó a Tuxpan el día 9 de Marzo, a las doce del día, y encontró a los comisionados de Colima que lo esperaban para presentarle el homenaje consabido.

También en Tuxpan recibió Porlier al Sr. D. Martín Anguiano, primer depositario de los bienes de europeos en Colima, y lo trató con muchas atenciones. Anguiano fué a acogerse al indulto que le fué concedido.

El anciano sacerdote D. Francisco Ramírez, tomando en cuenta las terminantes órdenes del coronel del Río, hizo una solicitud del indulto, demostrando no sólo la honradez de sus procedimientos, sino las buenas intenciones que tuvo al aceptar el delicado encargo que le diera el cura Hidalgo, y que fueron las de evitar en lo posible los atropellos que se estaban cometiendo. Como depositario siguió la conducta del Sr. Anguiano; pero tenía un mérito más ante los europeos: había ido con Hidalgo, valido de la vieja amistad que tenía con él desde que estuvo



en Colima, a solicitar la libertad de los europeos prisioneros, alcanzando a salvar once, como se dijo anteriormente. También se le concedió el indulto.

Por lo demás, Porlier no se manifestó tan sanguinario como se lo ordenara Cruz. Solamente que era muy fanfarrón y burlesco.

El día 13 de Marzo entró del Río a Colima, y aunque no persiguió al subdelegado y Ayuntamiento, por haberse sometido de antemano, sí ordenó la confiscación y venta de los bienes de los que habían tomado parte muy activa en pro de la causa independiente, y con especialidad los del Presbítero D. José Antonio Díaz que, como se recordará, había ido a traer cañones a San Blas cuando ocurrió el desastre de Calderón. Además ordenó del Río la devolución de los bienes confiscados a los europeos, encargando al subdelegado el cumplimiento de tales órdenes, pues el comandante realista dejó a Colima a los dos días para perseguir a los insurgentes que, después de tantos desastres como habían sufrido, se habían convertido en guerrillas que por todas partes se extendían hostilizando a los realistas, siquiera con su presencia.

Entre tanto los guerrilleros derrotados en la cuesta de Zapotlán se diseminaban por el territorio de Colima, Zapotlán, Sayula, Atoyac, etc, y no desmayaban a pesar de tanto fracaso, sino que divididos en pequeños

grupos iban a continuar conservando el rescaldo de la lucha en estas regiones, mientras en otras se apagaba completamente y en pocas resplandecía con nuevos vigos. Era la lucha de destrucción; el incendio de los combustibles antropológicos creados por la mezcla de las razas que habían recibido la chispa de la idea libertadora y ese incendio se extendía y retrocedía, se avivaba o extinguía según las circunstancias y las variadas condiciones del momento.

Y mientras en Colima y el Sur de la nueva Galicia la insurrección presenta esos múltiples focos rebeldes, sigamos a los caudillos principales de la insurrección en su doloroso éxodo hacia el cadalso, al que se dirigieron como empujados por la invencible mano de la fatalidad, después del desastre de Calderón.

6.—De Guadalajara se dirigieron a Aguascalientes, de Aguascalientes a Zacatecas, de Zacatecas a Saltillo. Trataban de pasar a los Estados Unidos a proveerse de armas y de parque para poder contrarrestar los poderosos elementos de que disponía el gobierno colonial.

Desde Zacatecas se retiró a Hidalgo el mando militar por la poca aptitud que había demostrado; por desgracia la medida que hubiera sido salvadora antes, hoy resultaba inútil; era demasiado tarde.



En el camino de Zacatecas a Saltillo se les unió el valiente y generoso capitán general D. Mariano Jiménez, y en Saltillo recibieron el oficio de Cruz, en que se les proponía el indulto si abandonaban su actitud. Lo contestaron con grande firmeza negándose a abandonar la causa de la libertad, terminando con aquellas conmovedoras palabras:

"El indulto es para los criminales, no para los defensores de la patria".

Poco después los caudillos insurgentes caían en una celada cuyos detalles, tomados de Hernández y Dávalos, refiere así el Sr. Pérez Verdía:

"Había sido nombrado por los caudillos insurgentes Gobernador de Coahuila, el Mariscal D. Pedro de Aranda neogallego, natural de Lagos, jefe de orden y moderación, que residía en Monclova teniendo a sus órdenes un cuerpo de ciento cincuenta hombres y nueve cañones, y que trató de conseguir las acémilas necesarias para el transporte de todo lo que los caudillos insurgentes intentaban llevar a los Estados Unidos. Mas como en esos días en S. Antonio de Béjar D. José Manuel Zambrano hizo una contrarrevolución realista, y aprehendiesen al Capitán Casas y al Lic. D. Ignacio Aldama que iba como Embajador a Washington llevando muchos caudales, el reaccionario envió luego agentes secretos a extender la contrarrevolución a Mon-

clova. Pusiéronse en acuerdo con el Teniente Coronel D. Ignacio Elizondo, que disgustado con Allende porque no lo había ascendido en su carrera militar, acababa de ser inducido por el Obispo de Linares D. Primo Feliciano Marín a traicionar, de suerte que prepararon un gallo el 17 de marzo, embriagaron a Aranda y lo aprehendieron haciéndose dueños de la situación en un instante.

Sabiendo la aproximación de Hidalgo, Allende y sus compañeros, Elizondo en unión de sus cómplices, manda el día 20 a otro traidor, Pedro Bernal, con una carta del Alférez D. J. M. de Uranga para D. Mariano Jiménez, diciéndole que le estaban esperando en las Norias de Baján como lo habían prevenido. Al recibir la carta preguntó Jiménez al portador por Elizondo y le contestó que no lo conocía; le pidió noticias de Aranda y respondió que esa mañana iba a salir a su encuentro, teniendo adornadas las calles de Monclova con arcos para recibirlos. Entonces el caudillo le preguntó cómo estaban de agua las norias, a lo que le contestó Bernal: «Señor hay poca y V. E. trae mucha gente; fuera bueno que los coches y gentes principales se fueran delante para que tomaran la primera agua, cosa que cuando fueren llegando los demás hatajos, ya V. E. y los señores han pasado y descansado, y así podrá haber agua para todos los caballos, por-



que si van todos de golpe no dan agua en todo el día y se muere mucha caballada.» Dispuesto así el plan con semejante arteria, la situación topográfica del terreno iba a facilitar admirablemente su ejecución. Para ello salió Elizondo de Monclova en la tarde del 19 con 342 soldados mandados por el Teniente Rafael del Valle, D. Antonio Griego y los Alférez J. M. Uranga, González y Elizondo acompañados de D. Tomás Flores, Administrador de Rentas y del Alcalde D. Antonio Rivas: colocó parte de su fuerza a la vista y en actitud de hacer los honores militares, dejando a su retaguardia ocultos por un recodo del camino cincuenta hombres bien armados y un gran número de indios mezcaleros con lazos y bien instruidos en lo que debían de ejecutar. Así dispuestas las cosas en la mañana del 21 muy temprano apareció la columna insurgente presentándose por delante un coche en que iban el P. Bustamante, mercedario, con un niño de doce años, dos oficiales y un soldado; dejólos pasar la vanguardia y tras el recodo fueron aprehendidos y amarrados. Seguía una escolta de sesenta ginetes mandados por un Teniente González con quienes se hizo lo mismo, aunque ese oficial por haber querido resistir fué muerto a sablazos; el tercer coche sólo conducía mujeres, el cuarto religiosos, el quinto a D. Mariano Hidalgo con unas señoras y una escol-

ta; el sexto al Generalísimo Allende con una mujer y su hijo el joven D. Indalecio, de diez y ocho años de edad: al punto rodean el coche los traidores y le intiman rendición; pero contesta «yo no me rindo» y hace fuego con su pistola, mas le disparan varios tiros, cae muerto su hijo y lo aprehenden, hieren en un cuadril a Arias que venía en el siguiente carruaje con Jiménez y aunque éste les increpa su perfidia y procura volverlos a la obediencia, Alatorre y otros realistas se apoderan de ellos. Siguen llegando carruajes y en el décimo tercero avisan que venía Hidalgo, pero éste se presenta montado en un caballo prieto con un religioso al lado y cuarenta ginetes: pregunta que es lo que pasa adelante y luego que está en medio de sus enemigos, éstos se arrojan sobre él y aunque intenta sacar una pistola, lo agarran de la mano y lo bajan del caballo. Avanzó entonces Elizondo a encontrar el último carruaje en que iba Lanzagorta y Santa María y como la fuerza que venía atrás se preparase a disparar los cañones, Flores dió orden a Rivas de que luego que oyesen tiros de cañón comenzasen a echar cabezas abajo empezando por las de los jefes, por lo cual Hidalgo mandó orden a la artillería que se rindiese. A las cinco de la tarde acabaron de amarrar a los prisioneros que llegaron a 893, contándose cuarenta muertos y recogiendo quinientos



mil pesos en barras y otro tanto en monedas, 29 cañones, 22 cajones de pólvora, 18 tercios de balas y 5 carros de municiones.

Tal fué el desastre causado por la perfidia y la traición."

Estando Colima en poder de los realistas, apenas se supo la muerte de los principales caudillos insurgentes, se prepararon las autoridades a celebrar tan horrendo crimen. Las mismas autoridades coloniales daban el ejemplo de glorificar la traición, ya que con ella, y no en leal combate, habían sido hechos prisioneros Hidalgo y sus abnegados colaboradores, todos los cuales, y la lista es larga, fueron sacrificados sin piedad en los días siguientes al fusilamiento de Hidalgo.

El día 4 de Abril se publicó un bando en Colima en el que se daba a conocer al público la prisión de aquellos héroes, suponiendo que con ella cundiría la desmoralización de todos los que los secundaban en las distintas regiones del país, y con ese motivo se echaron a vuelo las campanas de los templos y se iluminaron las calles durante tres noches consecutivas.

Pero no sucedió lo que esperaba el gobierno realista. A la prisión de los caudillos siguió su proceso y su muerte, y ésta, en vez de amilanar a los colimenses, parece que los excitó, pues por todas partes, Coaleomán, Coahuayana, Sayula, Atoyac, surgían guerrille-

ros que con poca o con mucha gente, con armas a veces y a veces con sólo buena voluntad, se declaraban independientes, o se unían a los caudillos derrotados por Rosendo Porlier en la cuesta de Zapotlán. Colima, pues, no durmió tranquila las demás noches siguientes a las tres en que celebrara la prisión de los héroes. Al gobierno realista le faltó aprisionar la idea de la independencia, que tenía que realizarse por indefectible fatalidad histórica.

Había comenzado la guerra de disolución colonial, una especie de fermentación que no terminaría, cualesquiera que fueran los accidentes que la historia recoge para formar su trama, hasta que los elementos antropológicos que la naturaleza pone en juego en estos casos estuvieran en la disminución suficiente para que cesara esa crisis dolorosa y sangrienta.

Y así fué.



\*\*\*\*\*

## PERIODO DE DUDA.

- 1.—Zozobras y preparativos.    2.—Indultos justicieros.  
3.—Guerrilleros colimenses.

1.—No se consideraban seguros del triunfo los españoles a pesar de las continuas victorias que tenían sus armas, y un espíritu de venganza hacía que se castigara a los insurgentes con bastante rigor; pero estas medidas no tuvieron éxito favorable al gobierno colonial, y sí dieron lugar a que muchos huyeran temerosos del castigo. De ahí que no se pudieron reorganizar las compañías de la División del Sur que antes se habían preparado para tenerse listas, pues los milicianos también huyeron, y el Ayuntamiento que sigue encabezando D. José Sebastián Sánchez, verificó una reunión para hacer saber esto al gobernador de Guadalajara: que a pesar de las activas gestiones de los capitanes José María Bazavilbazo, José María Ahumada, Juan Miguel Mata, Juan Antonio Brizuela y el teniente José Llerenas y los subtenientes Anastacio Brizuela, Antonio Brizuela y Mariano Díaz no había sido posible reunir a los miembros de las citadas compañías, por haberse dispersado y huido de la

población temerosos de las persecuciones, siendo remitidos a Guadalajara, a disposición del mismo gobernador muy pocos soldados, a reserva de ver si se pueden reunir más posteriormente. Este aviso se mandó firmado por todo el I. Ayuntamiento, como se acostumbra en ésta época, y el brigadier D. José de la Cruz le contesta que, aunque halla muy poderosas las razones que da para no haber cumplido con el encargo, espera de su reconocido celo que se seguirá trabajando hasta completar las citadas compañías, de las que se nombra capitán interino al capitán D. José M<sup>a</sup> Bazavilbazo.

Mal aviada estaba Colima para resistir nuevos asaltos, y se encontraba en poder de los realistas, como antes de comenzarse la lucha: llena de zozobras y de temores, ahora más fundados que antes, pues sabía los perjuicios causados por los insurgentes, a la vez que conocía las iras de los realistas. De ahí que una noticia que se llegaba a tener en el público, era motivo de que el Ayuntamiento celebrara sesión e hiciera toda una investigación judicial para cerciorarse de la verdad.

Se supo a fines de Marzo que unos insurgentes habían sido vistos dirigiéndose a Tecalitlán, e inmediatamente se verificó la sesión correspondiente y se abrió todo un proceso en que fueron a dar sus largas y fastidiosas declaraciones los vecinos a quienes se



creyó conveniente citar para que certificaran el hecho.

El día 1º de Abril, es decir, tres días antes de saberse la prisión del Sr. cura Hidalgo, se tuvo la noticia de que un grupo numeroso de insurgentes había llegado a los pueblos de Tamazula, Tuxpan, Zapotiltic y Zapotlán, y luego se reunió el Ayuntamiento y nombró comisiones bélicas que salieran a resguardar las afueras de la población: Al capitán D. Juan Miguel Mata para que acompañado del cura de Ixtlahuacán Br. D. Felipe Sierra fuera a guardar el paso de las Barrancas; al Administrador de la Hacienda de la Huerta D. Juan Nepomuceno Cuéllar para que con su gente resguardara el potrero de Eriza; y todos los concurrentes para que estuvieran listos con sus armas y personas en el caso de un asalto. El Administrador de la Huerta ofreció todos los caballos mansos de la hacienda.

Al día siguiente el mismo Ayuntamiento se reúne para tomar otra medida salvadora, como fué la de avisar violentamente al gobernador de Guadalajara el peligro en que se encontraba Colima de ser asaltada por los insurgentes, de lo escaso de elementos de defensa en que se encontraban sus habitantes, del acuerdo tomado el día anterior, y suplicaban; a pesar de éste, que se les mandara auxilio, porque sabían que los insurgentes

eran en número de dos mil, con cuatro cañones y suficientes fusiles. Además de esto se volvió a nombrar ronda que vigilara de día y sobre todo de noche la Villa.

Lo que consiguieron los colimenses con estos argüendos, fué que el gobernador de Guadalajara les mandara pedir a los chismosos para castigarlos, por creer que todas estas noticias eran favorables a los rebeldes. A la vez se noticiaba la prisión del ínclito cura de Dolores, lo cual, como queda dicho, se hizo público por bando y se celebró con tres días de festejos.

Quien se ve más comprometido en las circunstancias descritas es el subdelegado D. José Sebastián Sánchez, que no da tregua a la pluma. Apenas celebrada la prisión del cura Hidalgo lo avisa al gobernador de Guadalajara; pero al día siguiente vuelve a decirle lo que ya le dijo el Ayuntamiento: que los insurgentes andan por Zapotlán, Tuxpan, etc., y que necesita de socorro para poder conservar la plaza. El brigadier Cruz se contenta con felicitar al Ayuntamiento por las medidas que ha tomado diciéndole que hace muy bien en custodiar las Barrancas y el Paso de Eriza.

Sánchez pensando para sus adentros que si Hidalgo está preso, los insurgentes que rodean el territorio de la Villa de Colima están libres y activos, y viendo que el gobierno no



da muchas providencias de ayudarles, se dirige a D. José Baldovinos, de Coahuayana, y ocultando su miedo, le hace una bonita propaganda antirrevolucionaria para convencerlo de que la insurrección está muerta o por lo menos en agonía y de que debe armarse de todo lo que pueda para impedir el paso de cualquier «gavilla» que pretenda dirigirse a Colima. Esto es lo importante para Sánchez, que no lleguen a Colima.

En esa propaganda le da noticias de que unas partidas de insurgentes capitaneadas por el presbítero D. José Antonio Díaz y otros clérigos, andan por el Río del Oro y por Cotija, y son las que intentan un asalto a Colima. Luego le da muchas noticias desfavorables a la revolución, como son la derrota de Calderón, la de la cuesta de Zapotlán, la de Irapuato, la aprehensión del cura Hidalgo, etc. etc. Y por último le recomienda que se una al cura párroco de Coahuayana y al capitán D. Antonio Bueno, convoquen a los vecinos honrados y tomen acuerdos semejantes a los se han tomado en Colima.

También se ponían oficios al Sr. cura Islas, al Comandante Bazavilbazo a todo aquel a quien Sánchez en su delirio de persecución, cree conveniente prevenirle algo o denunciar peligros. En este caso estaban algunos de los sacerdotes de Colima de los que, sin decir quienes, decía el subdelegado que eran afec-

tos a la causa de la insurrección. Esto es muy posible y casi probable, pues algunos, como D. José Antonio Díaz, dejaron francamente la sotana para tomar las armas; otros, como el Br. Ramírez que en su ancianidad no pudo hacer otra cosa, estuvo administrando correctamente y con buena voluntad los bienes confiscados, y aunque estuvo de parte de los europeos e intercedió por ellos, lo hizo por salvarles la vida; pero no pueden quejarse los independientes de que haya marchado con negligencia en pro de la buena causa. Tanto el Br. Ramírez como D. Martín Anguiano, fueron fieles a la justicia y entendieron la insurrección en el grande, noble y elevado sentido que debiera entenderse.

Colima en su parte criolla, veía todas las halaracas del subdelegado y se adhería silenciosamente a la causa de la Independencia. Le estaba pasando poco a poco la mala impresión causada por los atropellos cometidos por los primeros insurgentes, principalmente por Arteaga, y había meditado un poco sobre la causa que debería defenderse y la buena o mala conducta observada por los defensores. En estos razonamientos ayudaba mucho el clero quien con toda prudencia daba sus opiniones veladas hasta donde era posible para no verse comprometido.

Sin embargo, el quisquilloso subdelegado D. José Sebastián Sánchez no cabía en su



pellejo y se dió cuenta de que el clero hacía una sorda política independiente, por lo que ordenó al Sr. cura D. José Felipe de Islas, venerable anciano que había substituido al Sr. cura Hidalgo en el servicio espiritual de la parroquia de Colima, que se suspendieran algunos de los actos religiosos y que solamente se practicaran las más indispensables ceremonias del culto. El Sr. cura Islas obedeció silenciosamente la orden del subdelegado.

Entonces Sánchez quizo poner a prueba las opiniones del clero, y como se le hubiera participado que en Tomatlán se habían pronunciado varios al mando de Narciso Macedo y después de tomar al pueblo habían apresado al teniente coronel Dávalos, solicitó del Sr. cura Islas que mandara algunos sacerdotes a que ayudaran a pacificar el citado pueblo. Islas contestó que no tenía más sacerdotes que los indispensables para su culto, y además achacosos muchos y enfermizos, de manera que no podrían servir para tan delicado encargo; pero que sería conveniente se llamara al Sr. Presb. D. Felipe de Sierra que se encontraba en Guadalajara. En vista de esto, ocurrió al convento de mercedarios el temeroso subdelegado, y pudo conseguir que saliera para Tomatlán y Purificación, que también este pueblo se había sublevado, el comendador del convento de la Merced Fray



Nicolás Domínguez, a quien acompañó, como jefe militar el capitán D. Juan Miguel Mata.

La conducta del clero no podía ocultarse en Colima; el subdelegado acusó a esta clase social ante el gobernador de Guadalajara; pero como no podía precisar qué personas y qué actos eran los que manifestaran la adhesión a la independencia, nada se hizo en contra del clero, que siguió su patriótica labor, tanto más clara, cuando que el mismo subdelegado manifestaba al gobernador de Guadalajara que eran los extraños, los que no habían nacido en Colima, o en el territorio americano, los únicos que se manifestaban enemigos de la revolución, y que todos los demás, muy principalmente el pueblo, estaba tan de acuerdo con los insurrectos, que ya no se escondían para dar sus opiniones, sino que hasta llegaban a escucharse "vivas" a la insurrección.

Se estaba transformando el criterio de Colima. Hemos estado en un período de duda colectiva respecto a la causa de la Independencia y de la actitud que debería tomarse. Poco a poco la colectividad criolla va decidiéndose por la causa de la insurrección manifestada: en la actitud del clero, en la actitud del pueblo bajo expresándose sin embozo en pro de aquella, y en la indolencia manifestada para formar cuerpos de tropas que fueran a combatir. Y aun hay más to-



davía: las constantes deserciones de los que en un principio lograron reunir y mandar a defender la Barranca de Atenquique, el Paso de Eriza, Taxinaixtla, y demás puntos cercanos a Colima. Estas deserciones dieron lugar a que uno de los comandantes de esos resguardos, D. José Manuel Bazavilbazo, se volviera del lugar en que se le ordenó la vigilancia, Barranca de Atenquique, y llegara a Colima cuando menos lo esperaban, porque se le habían desertado todos sus soldados.

Y mientras las fuerzas formadas por los realistas se disipaban como por encanto, las de los insurgentes iban creciendo con bastante rapidez. Esto ponía al subdelegado terriblemente nervioso, y todo se lo estaba comunicando al gobernador brigadier D. José de la cruz, quien le daba sus consolones diciéndole que ya mandaba una fuerte división que ayudara al coronel del Río a destruir las numerosas partidas de insurgentes que luchaban por las regiones septentrionales y cercanas a Colima: (Zapotlán, Tuxpan, Tecalitlán, etc).

Y mientras llegaba esa fuerte división, Colima estaba sin defensa alguna, pues la poca que debería tener estaba repartida en lugares cercanos . . . . . y no; pues no está tan cerca de Colima Atenquique, Coahuayana, Taxinaixtla . . . para poder contar con que se le defendería al llegar los revolucionarios



que podían perfectamente burlar la vigilancia supredicha.

En estas condiciones, el subdelegado y los miembros del Ayuntamiento, según se lo dicen al brigadier Cruz en el oficio respectivo, tienen que salir de Colima por las noches y dormir en otra parte, por temor de ser sorprendidos.

Se ve claramente cómo se fueron transformando las costumbres sociales, y cómo los descendientes de los bravos y heroicos conquistadores iban a ser ahora los bravos y heroicos defensores de su nueva patria; pero también se ve cómo los advenedizos, los que, aunque siendo españoles, vinieron después incitados por la riqueza de esta tierra cuando ya estaba conquistada y dominada, o en términos vulgares, los que vinieron cuando ya estaba la mesa puesta, en nada se parecían a aquellos de la estirpe legendaria.

En estos miedos, oficios, escondites y precauciones inútiles, se pasa todo el mes de Abril y entró Mayo, el mes de las flores, con una floración de insurgentes. Ahora no fué mentira, sino que el 3 de este mes se presentó en Colima el insurgente D. José Calixto Martínez, alias «Cadenas», acompañado de Ramón Brizuela, Fermín Urtiz y dos clérigos, uno apellidado Venegas y otro, agustino, que se decía ser sobrino del cura Hidalgo, quienes mandaban una de las guerrillas que



por todos los pueblos de las cercanías había andado predicando con el ejemplo la buena nueva, a la vez que sacando vueltas al coronel del Río que los perseguía sin poderles dar alcance.

Colima, en las condiciones descritas anteriormente, no tuvo más que abrir las puertas a la guerrilla insurrecta, que, por otra parte, estaba aun en formación, pues ni era numerosa ni estaba bien provista de armamento y parque. En Colima esta guerrilla hizo lo que en otras partes: proveerse de lo que pudo para continuar sus estratégicas huidas hasta el momento en que estuviera bastante fuerte para poder presentar combate con esperanzas siquiera de victoria. Así pues, sólo estuvo en Colima diez días, habiéndose retirado a la aproximación de las fuerzas realistas que mandaba el coronel del Río, quien llegó y entró a Colima el día 15 de Mayo.

Rabioso llegó D. Manuel a la Villa y lo primero que hizo fué reunir al Ayuntamiento y darle una buena regañada por haber consentido a los insurgentes, sin que valieran las reiteradas instancias que el subdelegado había hecho para que se le mandara quien la defendiera. Del Río no entendió de razones, insultó al cabildo y amenazó a este y a al vecindario con terribles castigos si volvían a dejar entrar a los insurgentes.

Esto dió origen a que los habitantes sufrieran atropellos de las autoridades municipales que quedaron en la Villa mientras del Río salía nuevamente a perseguir a los revolucionarios que se iban poco a poco multiplicando. La peor tiranía es la del miedo, y esta imperó por unos días en Colima.

Mas, por otra parte, si Colima estaba bajo el terror, los pueblos de sus cercanías veían levantarse grupos armados o por armarse en pro de la Independencia. Así se levantaron en Maquili, Ostula, Tamala, Coahuayana e Ixtlahuacán, a pesar de las recomendaciones que el subdelegado Sánchez había hecho a su amigo Baldovinos. Todos estos levantamientos acrecentaron el número de las fuerzas que mandaba Cadenas, y éste pretendió dar un albazo a la población el día 12 de Julio, fecha en que ya estaba de vuelta el coronel del Río con las fuerzas a su mando.

A eso de las cinco de la mañana una descubierta de doscientos insurgentes entró a la Villa por el Llano de Santa Juana (hoy Parque Hidalgo), llegando hasta el centro de la población. Las tropas realistas resistieron admirablemente el ataque, haciendo retroceder a los que formaron la descubierta de caballería hasta el llano citado, en donde estaba el grueso de las tropas que trabó rudo combate en que triunfó el armamento



y la táctica, siendo derrotados los insurgentes a los que se les hicieron setenta muertos y muchos prisioneros. Estos fueron fusilados inmediatamente, y los que quedaron heridos en las calles mismas de la Villa fueron matados por adolescentes a quienes se les instigó a esa inmoralidad.

Por un mes más tuvieron los realistas en su poder de la Villa de Colima; pero los derrotados insurgentes siguieron su labor con verdadero entusiasmo; la derrota más sirvió para multiplicar los grupos que para disminuirlos. En esta época la región de Colima, Sayula, Zapotlán, Tuxpan, Tamazula, etc. parece un mar revuelto a veces y a veces en calma. Pasan unos días de tranquilidad y aparece un grupo de los insurgentes; se desvanece éste y aparece otro, y así sucesivamente.

Otro de los grupos que vagaban por las citadas regiones, al mando del colimense Ignacio Sandoval y de otro jefe a quien decían el Lego Gallaga, se acercó a Colima con una fuerza de dos mil hombres, y en esta vez no pudieron resistir las tropas realistas. Esos jefes ya habían dado mucho quehacer a las guarniciones de Sayula y Zapotlán, y los realistas se previnieron a recibirlos con toda la bizarria digna de ellos. Debemos ser justos: los españoles militares se portaron casi siempre con denuedo, aunque muchas veces

su instinto sanguinario se exaltó más de lo conveniente.

Los insurgentes llegaron a Colima por el Norte, por el lugar en que hoy está Villa de Alvarez, y que entonces no estaba poblado sino con unas cuantas casas pertenecientes a una familia de apellido Martínez, por lo que se llamó a ese lugar barrio de "Los Martínez". El 16 de Agosto se dió el asalto y después de un reñidísimo combate en que quedaron más de doscientos españoles muertos, éstos tuvieron que evacuar la población dejándola en poder de los insurgentes.

Los españoles se retiraron para rehacerse de nuevo y volver al ataque, entre tanto los insurgentes comenzaron a levantar el campo cubierto de cadáveres, labor en que emplearon los pocos días que tuvieron de sosiego, pues apenas sabido por el gobierno de Guadalajara el desastre causado a sus armas por los revolucionarios, se volvió a mandar a D. Manuel del Río con numerosas fuerzas para que recuperara la plaza.

Por su parte, los insurgentes al mando de Cadenas, derrotados anteriormente, como queda dicho, al saber el triunfo obtenido por Sandoval volvieron a Colima a reforzarla para rechazar el ataque que con toda probabilidad esperaban, pues no deberían quedarse los realistas tan tranquilos con haber perdido la plaza.



En efecto, el veinte de Agosto se movió una fuerte columna realista, a las órdenes del coronel del Río, caminó doce leguas este día, y a marchas forzadas otras diez el día siguiente, 21, y llegando y atacando con todo vigor a los insurgentes que, en número cerca de cinco mil, guarnecían la plaza. Este número se debió a que se unieron las fuerzas de Sandoval, Gallaga. Cadenas y Pedro Regalado.

La primera posición que tomaron los insurgentes fué en el Cerrito de los Muertos, en las afueras de la población. Pero luego del Río ordenó su gente de tal modo que los podía batir en toda la línea, y creyeron conveniente los defensores de la plaza replegarse a la población. Esta medida estuvo bien tomada, pues es sabido que las fuerzas no regulares se baten mejor en las poblaciones que en el campo. En este es más fácil la desbandada.

Por aquella época se habían mandado hacer unas murallas cuyos restos no han quedado, por orden del mismo brigadier D. José de la Cruz, gobernador militar de Guadalajara. En estas murallas se hicieron fuertes los revolucionarios, pusieron sus cañones en las puertas y sobre las murallas que les sirvieron de parapetos, y comenzó un fuego terrible por una y otra parte. Los insurgentes, en esta vez, estaban bastante bien pro-

vistos de armas, pues toda su línea de combate estaba completamente cubierta por la fusilería que hacía llover un torrente de fuego sobre los realistas, a más de la artillería que, aunque poca, no dejaba de causar grandes destrozos. Los asaltantes no se pararon en esto, sino que, una vez que vieron que los insurgentes contestaban a su fuego con la misma actividad con que se les atacaba, y considerando que si permanecían siempre los cañones en sus magníficas posiciones, tendrían grandes bajas, aun contra fusilería y artillería se ordenó cargar a la bayoneta, y en medio del nutridísimo fuego, los asaltantes caminaron hasta llegar a desalojar a los defensores de sus posiciones, cuerpo a cuerpo. Y mientras una columna cerrada de infantería avanzaba sobre las posesiones insurgentes, para tomarlas a la bayoneta, destacamentos de la misma arma sostenían el fuego, en tanto que las caballerías se movían en todas direcciones, sin que pudiera ser su acción más efectiva que la de una simple distracción de la atención, puesto que las calles de Colima no se prestaban para hacer efectiva la acción de esta arma.

Los asaltantes estaban mandados: la segunda División directamente por el coronel D. Manuel del Río y la cuarta por el capitán D. Angel Linares. Cada uno de estos grupos se componía de otros pequeños manda-



dos por oficiales aguerridos como Mangino el Regimiento de Puebla, Ortega el de Toluca, Peña del de Guadalajara, los hermanos Palafox las compañías de Zapotlán; Millán, Menchaca y Beltrán los cuerpos de caballería. A éstos se unieron un cuerpo de lanceros mandados por el capitán Baeza, el Real cuerpo de Acordada, y una compañía organizada por el Sr. cura Monrroy, de Tonila. Y todavía, aun vecinos de Colima al mando de D. Juan Nepomuceno Cuéllar y D. José M<sup>a</sup> Ahumada, se agregaron a los realistas.

Esta es una de las batallas más sangrientas que se han dado en Colima, el en período de luchas por la emancipación, habiéndose dado actos de verdadera heroicidad, como el del capitán realista D. Miguel de la Mora, que con sólo dos lanceros se acercó a la muralla y quitó un cañón a sus defensores, habiendo dado muerte a alguno y hecho huir a los demás.

Las entonces rústicas calles de la Villa de Colima quedaron cubiertas con más de setecientos muertos, sin contar gran número de heridos por ambas partes combatientes. Uno de los principales comandantes, D. Angel Linares, quedó herido del pecho.

Cuando los insurgentes vieron la superioridad del enemigo, se retiraron abandonando la población, después de tres horas de sangriento combate. Entre las personas que

quedaron prisioneras se cuenta tres mujeres, una de las cuales se decía mujer de Ignacio Saldoval. Además quedaron en poder de los realistas los cinco cañones que formaban la artillería insurgente, cuatro estandartes y gran número de caballos, fusiles y municiones, y algunas cantidades de dinero.

Esta derrota a los insurgentes los hizo dispersarse en guerrillas, separándose cada uno de los grupos que se habían unido para la defensa de Colima al mando de sus respectivos jefes: Ignacio Sandoval, el Lego Gallaga, Cadenas y los hermanos Regalado que se dirigieron al Sur y al Occidente siendo Tecomán, Coahuayana, las Salinas y sobre todo, Coalcomán, el ordinario refugio de sus diezmadas fuerzas.

Las revoluciones que se diseminan en guerrillas son sumamente difíciles de extinguir, y para ello se han usado procedimientos verdaderamente crueles. En Colima el gobierno realista tuvo necesidad de proceder así, y para perseguir a las citadas partidas de insurgentes, se incendiaron muchas poblaciones, entre ellas Coahuayana de la que no quedó en pie sino la Iglesia.

Así se sembró el terror por todas partes y poco a poco fueron acabándose los insurgentes en este territorio, ya sea porque desmoralizados algunos dejaban las armas y se dedicaban a la vida privada, o bien porque



otros se retiraban de esta región y se iban a otra a seguir luchando por la idea libertadora. Esta sufría una temporal extinción en todo el Norte, en tanto que en el Sur levantaba sus llamaradas de incendio atizada por el primero de nuestros héroes: el Sr. cura D. José M<sup>a</sup> Morelos y Pavón.

A raíz de la sangrienta toma de Colima por los realistas y de haberse dado las sanguinarias disposiciones del coronel del Río, llegaron otras más sanguinarias aun dadas por D. José de la Cruz, gobernador de Guadalajara, y las que se publicaron allá un mes antes, encerradas en tres bandos, en los que no se sabe qué admirar más, si lo ridículo o lo salvaje.

En uno de ellos señala pena de muerte para todo aquel que no entregue en el perentorio plazo de 24 horas todas las armas que tenga en su poder, aun los cuchillos, lo que quiere decir que nadie debería ni comer con cubiertos. Ordena que sean diezmados los pueblos en los que se den víveres a los insurgentes; de manera que si a un pueblo llegara un grupo de estos y una persona diera de comer a uno o algunos, el pueblo debería ser diezmado no importando que en esta salvaje operación murieran todos menos la persona que dió la comida.

En otro bando se comete la misma inmoralidad que en tiempos de D. Roque Abarca,

de ofrecer dinero por las delaciones, y en esta vez se pone precio a las cabezas de los insurgentes, aumentando según sea el grado que tenga el "cabecilla".

El tercer bando es el siguiente, que revela todo un estado social y mental de tiranía, de ignorancia y de duda:

**D. JOSE DE LA CRUZ, Brigadier de los reales Ejércitos, Sub Inspector y Comandante de la primera Brigada de este Reino, Comandante General del Ejército de Operaciones de reserva, y encargado interinamente de orden Superior de la Comandancia General de la Nueva Galicia, Presidente de su Real Audiencia, Subdelegado de la Renta de Correos del mismo Reino, del Gobierno é Intendencia de Guadalajara,**

Siendo muy conveniente que todos los Vasallos fieles á nuestro Soberano el Sr. D. FERNANDO SÉPTIMO y verdaderamente adictos á la Santa Causa de Nuestra Religión, Rey, Patria y tranquilidad pública, tengan una señal que a primera vista los dé a conocer y distinga de la Canalla revelde,

**MANDO:**

1. Que todos los vecinos de esta Ciudad y su Provincia de qualquier estado, clase y condición que sean, usen y lleven en el sombrero (aunque sea de «Palma») una divisa encarnada, teniéndola tan fixa y cosida al sombrero que no pueda caerse ni esto servir de disculpa para que el que se encontrase sin ella se exíma de la pena que irremisiblemente se le aplicará á todo contraventor. Me reservo señalar esta pena;



pero advierto que será proporcionada a reputar como partidario de los rebeldes y enemigos de la Patria el que se encuentre sin llevar este distintivo público de su fidelidad al Rey y al legítimo Gobierno que en su nombre le representa.

2. Prohibo a toda clase de personas bajo la misma pena de suponerle partidario de los rebeldes, y de consiguiente enemigo de su Patria, el uso del Cotón llamado antes Americano y hoy, con escándalo inaudito, conocido con la denominación de COTON INSURGENTE por <sup>lo</sup> muchos que las infames gavillas los vestían.

3. Quedan comprendidos en los artículos antecedentes los Forasteros aunque vengan de Lugares en que no se haya publicado este Bando, pasados que sean los tres días de haber llegado a esta Capital.

4. Permito el libre uso del Cotón común y ordinario que usan y han usado siempre muchos pobres, como traje del País; pues el llamado COTON INSURGENTE es muy diverso en su corte y adorno de que visten los jornaleros y gente pobre honrada.

Señalo para el cumplimiento de uno y otro artículo el preciso y perentorio término de tres días contados desde la publicación de este Bando que se fijará en los parages públicos y acostumbrados y circulará a todas las Ciudades, Villas, Pueblos, Ranchos y Haciendas de esta Provincia para su puntual observancia y cumplimiento.

Dado en Guadalaxara á 25 de Julio de 1811.—José de la Cruz.—Por mandado de S. S.—Andrés Arroyo de Anda.

Afortunadamente este rigor no se llevó a cabo, por lo menos en Colima y muchos pueblos de la Nueva Galicia, si bien es cierto

que en otros causó grandes desgracias y en Guadalajara hizo derramar mucha sangre en el gobierno del brigadier D. José de la Cruz.

Nota:

Las murallas no eran otra cosa que paredones de adobes mandados construir en los pueblos por disposición de D. José de la Cruz, como obras de defensa, cuando comenzó la insurrección, y se colocaron al rededor de la población tapando las boca-calles. En esos paredones apostaron sus cañones los insurgentes en el combate del 21 de Agosto. Posteriormente se intentó la reconstrucción de los paredones, y por fin más tarde, comprendiendo que para nada servían y más bien estorbaban, se mandaron quitar. De ellas no quedan ni los rastros, porque como eran de adobe, a la obra intencionada de demolición se unió la de los agentes físicos, como las lluvias, que borraron hasta sus más ligeras huellas.



I.—J

Aca  
iba  
cho  
sem  
esta  
hab  
Sal  
Ba  
ven  
lo a  
To  
den  
Pir  
do  
bra  
a r  
per  
Pá





## LA TRANSFORMACION POLITICA.

1.—Junta de Zitácuaro. Campaña de Morelos. Congreso de Chilpancingo. 2.—Las Cortés de Cadiz y la Constitución de 1812. 3.—Los Regalado y otros insurgentes. Se proclama la Constitución de 1812 en Colima.

1.—Después de los dolorosos sucesos de Acatita de Baján, parecía que la revolución iba menguando. Pero aun quedaban muchos jefes de valor, si bien es cierto que diseminados en todo el territorio, y entre ellos estaba el Lic. D. Ignacio López Rayón, que había sido nombrado jefe de la revolución en Saltillo. Al saber los acontecimientos de Baján se trasladó a Zacatecas haciendo una verdaderamente heroica retirada en la cual lo acompañaba el valiente D. José Antonio Torres, el héroe de Zacoalco. En el camino derrotó a dos jefes realistas, Ochoa en «los Piñones» y Zambrano en «el Grillo», llegando a Zacatecas en donde se le recibió con los brazos abiertos. Calleja se dispuso entonces a recuperar esta plaza; pero Rayón no lo esperó, sino que se trasladó violentamente a Pátzcuaro habiendo sufrido en su trayecto la

derrota que le infligió el realista Emparán en «El Mamey» y alcanzado, gracias a Torres, dos triunfos, uno en «La Tinaja» y otro en «El Zapote», y siendo rechazado en Valladolid, plaza que atacó el 30 de Abril de 1811. Por fin, frente a Zitácuaro, tomó la revancha de Emparán, derrotándolo completamente, por lo que pudo establecer en la citada población la célebre Junta que lleva su nombre.

Este es punto principal en el desarrollo de la emancipación política, puesto que se daba a la revolución un gobierno con esperanzas de sobrevivir a las variadas emergencias de la lucha. Esa junta estuvo formada por el mismo Rayón y otras tres personas, y tenía el encargo de entenderse con todas las labores revolucionarias.

Entre tanto esto pasaba al núcleo principal, el Sr. cura de Carácuaro D. José M<sup>a</sup> Morelos, que se había presentado con Hidalgo en Octubre del año anterior en el pueblo de Charo, pidiéndole instrucciones y adhiriéndose al movimiento rebelde, había logrado reunir un grupo no muy numeroso; pero sí muy valiente, de adictos al movimiento, teniendo entre sus jefes subalternos a los hermanos D. Juan, D. José y D. Hermenegildo Galeana, y a D. Rafael Valdovinos, que tomaron el Cerro del Veladero el 9 de Noviembre de 1810, cerca del puerto de Acapulco.



Quedóse Valdovinos en el Veladero con setecientos hombres, contra los que se mandaron cuatrocientos a las órdenes de Calatayud, que no pudo vencer a Valdovinos, por lo que se aumentaron los elementos de los insurgentes.

Calleja mandó a París a perseguir a Morelos; pero éste lo derrotó en Enero de 1811 y poco después logró hacerlo prisionero, y lo fusiló. Pretendió tomar a Acapulco; pero fué rechazado, retirándose a Chilpancingo después de dejar fortificado el Veladero. En Chilpancingo se le unieron los hermanos D. Leonardo, Víctor, Miguel y Nicolás Bravo.

Como Emparán no había podido apoderarse de Zitácuaro, Venegas ordenó a Calleja que fuera él en persona a tomar la plaza, que desgraciadamente cayó en su poder el 2 de Enero, porque Rayón no supo defenderla. Morelos aprovechó la concentración de fuerzas en Zitácuaro, y atacó con éxito varias plazas, y entre ellas la de Izúcar, en donde se le unió el Sr. cura D. Mariano Matamoros, encontrándose el 23 del mismo mes, en Tanancingo, con el brigadier D. Rosendo Porlier, realista a quien ya conocemos por su campaña en la Nueva Galicia, y a quien también derrotó Morelos. Luego éste se trasladó a Cuauhtla, en donde esperó el ataque de Calleja, quien dividió su ejército en tres columnas mandadas por él mismo, Llano y Porlier.

El héroe insurgente se fortificó lo mejor que pudo, y también dividió sus fuerzas poniendo cada una de las secciones al mando de D. Hermenegildo Galeana, los Bravo y Matamoros, en tanto que D. Vicente Guerrero defendía Izúcar. Los realistas fueron rechazados en el asalto que dieron el 19 de Enero, con grandes pérdidas, por lo que Calleja puso sitio a la plaza, el cual terminó hasta el 2 de Mayo, después de una heroica defensa de setenta y tres días contra ocho mil soldados realistas. Es este uno de los hechos más gloriosos de la guerra de Independencia. Luego Morelos se dirigió a Huajuápan en donde estaba sitiado por los realistas D. Valerio Trujano, sosteniéndose sin parque y sin artillería y haciendo creer al enemigo que la tenía con cámaras y canales de hoja de lata que llenaba de piedra y pólvora, mientras fundía cañones con campanas viejas. Los realistas levantaron el sitio. Luego marchó para Tehuacán, Jalapa y Orizaba, donde permaneció hasta el último de Septiembre, saliendo para Aculeingo, donde fué derrotado. Reorganizó pronto sus fuerzas, y simulando marchar sobre Puebla, marchó sobre Oaxaca, que tomó causando este triunfo honda sensación en Méjico.

Después de activar el sitio de Acapulco que, por fin, hizo capitular, hizo llamar a la «Junta de Zitácuaro» que, después de la to-



ma de esta plaza, se había trasladado a Sul-tepec, y con los miembros de ella y otras personas más, formó un Congreso en el que depositó su propia autoridad.

Este Congreso, el primero que se formaba, quedó instalado en Chilpancingo el 14 de Septiembre de 1813, y en él, el primero de nuestros patriotas, depositó su autoridad; pero el congreso lo nombró capitán general, a pesar de su modesta resistencia.

Este es el segundo acto de la transformación política, en el campo insurgente. Veamos el campo realista.

2.—La invasión de los franceses a España dió lugar, como se ha dicho con anterioridad, a que esta nación, cuyos monarcas estaban prisioneros, tratara de gobernarse a sí misma, a la vez que luchaba por arrojar de su suelo al extranjero. El mismo fenómeno social que se inició en nuestro territorio con la Junta de Zitácuaro y el Congreso de Chilpancingo, se había iniciado en España con mucha anterioridad, pues allá comenzó desde 1808. En España cada una de las provincias trató de formar su junta de gobierno que le sirviera de guía militar y política, y fué la más notable la que se reunía en Cádiz, y en la que se procuró, para hacerla representativa de toda la nación, que hubiera diputados o representantes de las ciudades, de las juntas provinciales, del pueblo y de Amé-

rica. Esa junta se conoce en la Historia con el nombre de las Cortes de Cádiz, y asumió la facultad legislativa desde luego, procediendo a formar una constitución de la monarquía española que echaba por tierra el antiguo régimen.

Como si a través del Atlántico hubiera resonado en aquella asamblea la voz de nuestro Lic. Verdad, lo primero que acordó aquella fué la soberanía del pueblo, que minaba por su base la soberanía de los reyes, quedando éstos en la categoría de representantes de aquel, y tras de ese fundamental acuerdo que daba a las Cortes el derecho de legislar, siguió una serie de acuerdos que formaron todo un sistema político de trascendentales reformas, cuyos puntos principales fueron:

"Monarquía constitucional, separación de los poderes del Estado, inviolabilidad de los diputados y su incompatibilidad con el disfrute de cargos públicos, igualdad de derechos de españoles y americanos, abolición de derechos abusivos sobre los indios, libertad política de la prensa quedando sujeta a censura en lo relativo a cuestiones religiosas, sumisión del rey a las Cortes en cuanto a su casamiento y a los pactos internacionales que hiciere estando en cautividad, abolición del tormento, formalización de un presupuesto nacional, sujetando al clero al pago de tri-



butos al gobierno, abolición de la jurisdicción feudal donde subsistía y de los derechos señoriales y de vasallaje, iniciación de la libertad de los esclavos negros y abolición de la pena de azotes y cárcel a los indios que rehusaran bautizarse, reconocimiento de los derechos individuales intangibles (libertad, civil, propiedad, capacidad para cargos públicos, igualdad ante la ley, etc); reformabilidad de la Constitución, ministros del rey responsables, municipios con ayuntamiento electivo, milicia nacional y ejército permanente, gran desarrollo de la instrucción pública, abolición del Tribunal de la Inquisición, pasando los delitos religiosos a conocimiento de los tribunales de los obispos; limitación del número de comunidades religiosas; reparto de tierras baldías y comunales a los pobres y a los licenciados del ejército, supresión de la pena de azotes en las escuelas; planteamiento de una contribución única directa....."(Altamira).

Este código fundamental de la nación española elaborado en medio de la lucha y bajo el fuego mismo de los franceses que sitiaban a Cádiz, fué proclamado en 1812, y por ello lleva ese año agregado a su nombre, conociéndose por la "Constitución de 1812".

Se modificaban, pues, al mismo tiempo las ideas políticas en el campo realista lo mismo que en el insurgente, aunque en este

comenzaron con retardo, como con retardo comenzó la lucha de emancipación, retardo lógico, puesto que nuestra lucha fué consecuencia de la española. Pero las ideas ya bullían en las inteligencias, tanto en una parte como en otra; por desgracia, como queda dicho y la historia que estudiamos lo está demostrando, para establecer una reforma en la práctica, aun cuando las inteligencias la comprendan y se convenzan de su utilidad, el carácter humano, la costumbre, los hábitos inveterados, necesitan de la conmoción sangrienta para permitir el establecimiento de aquella.

Dejamos el movimiento político español en 1812, habiéndonos adelantado un poco en fechas en nuestra patria, porque la consecución de la lucha nos llevó un poco más adelante para alcanzar al Congreso de Chilpancingo, y volvemos a Colima, en la que resuenan los acontecimientos de España, muy aminorados, lo mismo que los de la entonces agonizante Nueva España.

3.—Colima, después del sangriento combate del 21 de Agosto de 1811, había entrado en una calma relativa bajo el imperio de las autoridades realistas; pero en su territorio se tenían noticias de que la lucha seguía, y algunas partidas pequeñas de insurgentes, en especial la que dirigían los hermanos Regalado, dejaban sentir su presencia



por el Sur de su territorio y el Occidente del de Michoacán. Los Regalado con una paciencia digna de todo elogio habían continuado con las armas en la mano y procurando reorganizar su diezmado grupo que fueron viendo crecer muy lentamente, hasta conseguir, al comenzar el año de 1813, que se les tomara en consideración por los realistas.

Quedó en Colima, como comandante de la plaza el capitán D. José Manuel Bazavilbazo, quien salió de esta población el día 6 de Enero rumbo a Coalcomán con el objeto de perseguir a los hermanos Regalado que se habían apoderado de esta población. Bazavilbazo llevó como oficiales a los tenientes José Oteiza y Jacinto Campos, y al llegar al Naranjo, ordenó a éstos que se separaran con parte de las fuerzas y se dirigieran por el camino ordinario a Coalcomán, mientras él, con el resto, hacía un rodeo para llegar al lugar en que se encontraban los insurgentes, por rumbo distinto. En el camino encontraron un correo que aprehendieron y supieron por él que la fuerza que estaba en Coalcomán constaba de unos cuatrocientos hombres al mando de Pedro Regalado, que esperaban a los realistas, en tanto que Manuel Regalado con ciento cincuenta hombres trataría de flanquearlos.

Bazavilbazo llegó cerca de Coalcomán a marchas forzadas en cuatro días y esperó que

se acercaran los tenientes Oteiza y Campos para llegar a la población por tres rumbos distintos, lo que se verificó el día 10, y apenas fueron vistos los realistas por los insurgentes, les marcaron el ¡quien vive!, con lo que empezó un rudo combate que terminó con la derrota de los sitiados, sufriendo un quebranto que hubiera desmoralizado a otros que no hubieran estado a las órdenes de Pedro Regalado. En efecto, los realistas quitaron al enemigo dos cañones, trescientos caballos, lanzas y escopetas, y les hicieron ciento sesenta muertos y treinta y tres prisioneros que se fusilaron inmediatamente.

Y a pesar de este nuevo fracaso de los modestos caudillos colimenses, a penas se repusieron un poco y volvieron a la carga, tomando algunos pueblos en los que se proveían de los elementos indispensables para continuar en armas, por lo que Bazavilbazo tuvo necesidad de volver a dejar Colima para salir en persecución de ellos, y el día primero de Febrero salió de la Villa dirigiéndose hacia Coahuayana con la fuerza de su mando. En el camino hizo cinco prisioneros de una avanzada insurgente, y continuó a lo largo de la costa, dejando a D. Francisco Solórzano con veinte infantes y otros tantos caballos en el lugar que consideró serviría a los revolucionarios para una retirada, y él continuó su marcha hacia un



lugar llamado el Ciruelo. Encontró en el Ciruelo cien indios que defendían este lugar, los derrotó haciéndoles ocho muertos y nueve prisioneros entre éstos el herrero que componía las armas, y dando la libertad a 14 realistas que traían presos los rebeldes. Además destruyó las fraguas de Maquilí. Se volvió precipitadamente al lugar en que había dejado el destacamento a las órdenes de Sólorzano, a quien pudo salvar, pues los revolucionarios, en número de 250 lo estaban atacando desde las ocho de la mañana, ataque que duró hasta las tres de la tarde en que llegó Bazavilbazo y lo sacó de la comprometida situación en que se encontraba. Vencidos por el número, los revolucionarios huyeron, y los realistas los persiguieron poco porque la persecución tuvo que hacerse a pié, imposibilitada como estaba la cansada caballería para servirles en este caso. Las fuerzas insurgentes que mandaban los dos Regalado dejaron en el campo sesenta y cinco muertos y 200 caballos, con gran número de escopetas y sillas de montar, lanzas, machetes, cartucheras y un tambor. Los caballos fueron abandonados, más bien que cogidos por los realistas, pues los insurgentes, viéndose rodeados por fuerzas muy superiores a las suyas, y ya fatigados de combatir casi todo el día tuvieron que huir en desorden y aprovecharon los cerros cercanos, en los que

no podían moverse violentamente a caballo, y sí a pié. El parte de esta acción de guerra dice que en la precipitada fuga muchos se despeñaron en los voladeros, lo que no es fácil tratándose de personas de campo y conocedoras del terreno.

Por el Norte había también sus levantamientos, ya de verdaderos revolucionarios, ya de gavillas que se decían tales y al amparo de la bendita causa cometían robos y atropellos. Entre estas gavillas se cuenta una que tenía por jefe a un tal Juan José llamado vulgarmente "Juanillito", quien asaltó el pueblo de Toczín en donde se robó una mujer y secuestró a la esposa del indio alcalde del pueblo, retirándose a "El Mamey", a donde lo mandaron perseguir las autoridades de Tuxcacuesco, siendo derrotado hecho prisionero y fusilado, con lo que quedaron en libertad las dos mujeres citadas.

El día 4 de Abril de 1813 el teniente provincial Andrés Virgen, que vino en persecución de los insurgentes que se acampaban en terrenos de Juluapan, Santiago y Miraflores, dió alcance al grupo que mandaba Béjar, pudiendo éste escaparse por la sierra: pero dejando en manos de los realistas 43 prisioneros y 60 caballos.

En Colima se recibió un ejemplar de la Constitución de la Monarquía Española el día 28 de Abril de 1813, con las instruccio-



nes de publicarla y prestarle juramento con toda la solemnidad posible. Inmediatamente se mandó reunir el Ayuntamiento y se verificó una sesión con asistencia del Presidente, el subdelegado y comandante de las armas D. José Manuel Bazavilbazo, José Escamilla y Cristóbal Valdovinos. Carlos Delgado, Francisco Solórzano, Antonio Camberos, Félix Orozco y Manuel María Robles. Se dió lectura al oficio relativo y desde luego se objetó que muchos de los militares se encontraban fuera de Colima y andaban persiguiendo a los insurgentes que, aunque pocos, estaban diseminados y con infatigable actividad hostilizaban a los realistas, siquiera haciéndolos trabajar en la persecución. Además, gran número de personas se encontraban en las salinas de Cuyutlán y de Sn. Pantaleón. En vista de lo anterior, acordaron suspender la publicación hasta fines de Mayo en que estuvieran congregados todos los vecinos ausentes por las causas citadas.

No se verificó la publicación a fines de Mayo, sino que el once de Junio se volvió a reunir el Ayuntamiento para determinar la fecha de la solemnidad, y se nombró una comisión que estudiara tan arduo problema (?) Esa comisión rindió su dictamen en sesión verificada un mes después, o sea el 11 de Julio.

En esta sesión se acordaron los festejos

con que debería celebrarse la proclamación y el juramento que tenían que hacer de ella todos los vecinos. Ahí mismo en el cabildo se nombró "Rey de Armas" y demás dignatarios fingidos con que los españoles de entonces acostumbraban solemnizar los grandes acontecimientos, y se detalló todo el programa cuyo desarrollo duraría tres días. Y así fué. Los días 17, 18, y 19 de Julio la Villa de Colima hizo todas las manifestaciones de júbilo que le fueron posibles, religiosas y populares, militares y civiles, con profusa iluminación de las casas con candiles de manteca, y de las calles con achones de ocote.

Aunque tomaron parte en estas manifestaciones tanto el clero secular como las congregaciones religiosas, los militares y los paisanos, no debió conocerse gran cosa de la Constitución pero sí el fondo, el nuevo sistema de gobierno que establecía y las ideas de libertad se sembraban en las inteligencias, aunque borrosas y confusas.





## LA REACCION.

- 1.—Disolución del Congreso de Chilpancingo. 2.—La reacción absolutista en España. 3.—Campaña de Mina. 4.—Estado social de Colima en esta época. 5.—Formación de Villa de Alvarez. 6.—La reacción liberal en España. 7.—La reacción absolutista en Méjico.

1.—El Congreso de Chilpancingo, en Novbre. de 1813 promulgó un decreto en que se declaraba la independendia. Morelos continuó sus campañas pero como si la fatalidad de nuestra raza anunciara su evolución anti-democrática, y como si el establecimiento del Congreso hubiera sido símbolo de derrotas, éstas se sucedieron casi sin interrupción y el Congreso tuvo que andar huyendo para acá y para allá, marchando, por fin, a Tehuacán. Como el virrey supiera ésto oportunamente, mandó fuerzas en su persecución, y Morelos, por defender la asamblea, presentó batalla en los llanos cercanos a Tescmalaca, en donde fué derrotado y hecho prisionero. Llevado a Méjico se le condenó a muerte y fué fusilado en Sn. Cristóbal Ecatepec el día 22 de Diciembre de 1815.

El sacrificio de Morelos pudo escapar al Congreso; pero éste no pudo resistir las intri-

gas de la ambición, y fué disuelto por Terán en el mismo mes de Diciembre, siendo substituido por un Directorio Ejecutivo que no tuvo ni con mucho la aceptación del Congreso, y que por lo mismo no era obedecido sino por las tropas de Terán. Este golpe para la independencia era más rudo que las derrotas, porque destruía la unidad del movimiento. Sin embargo, hemos dicho que la guerra de independencia era de disolución de la sociedad colonial, determinada por los hombres y las circunstancias del momento, pero no hecha por ellos como causa eficiente, sino por los elementos antropológicos y sociales. Así fué cómo, aunque por todas partes los insurgentes eran derrotados, y a veces se desalentaban, no terminaba la contienda. Algunos se indultaban, otros se escondían... luego volvían a aparecer grupos revolucionarios, etc. Estaba la extensión del territorio como un enorme campo de incendio que en ciertos lugares se apaga, en otros se encendía, según el vientecillo que soplabá. Y cuando parecía que se iba a extinguir por completo toda la enorme hoguera, un viento fuerte llegó del Atlántico y avivó el fuego de la insurrección. Ese viento venía con D. Francisco Xavier Mina y era arrojado por la reacción absolutista.

2.—La Constitución española promulgada en 1812 debería dar lugar a la división de



los españoles en dos partidos: los partidarios de la citada Constitución y los que no estuvieran de acuerdo con ella, que fueron muchos, por razones bien claras pues aquella tenía que chocar con las tradiciones con un elemento tan poderoso como el clero, y había materia inflamable para encender la hoguera, el pueblo ignorante.

El incendio comenzó luego que volvió al trono Fernando VII, que fué en 1814. Este monarca desatendió por completo la actitud de los españoles en su gloriosa lucha por la independencia y por su mismo trono, y con una ingratitud indigna de todo ser humano, y con mayor razón de un rey, no sólo abolió la Constitución, sino que persiguió a todos sus partidarios con verdadera crueldad. Muchos españoles tuvieron que huir por ese motivo a Francia e Inglaterra. Entre los fugitivos que fueron a esta última se encontró D. Francisco Xavier Mina, quien trabó relaciones con emigrados mejicanos, e informado de cómo estaba la lucha por la independencia colonial, se decidió a combatir el absolutismo en las colonias, imposibilitado como estuvo para combatirlo en su propia patria.

En Méjico se supo la vuelta de Fernando al trono de sus abuelos en Mayo del mismo año, y a poco la derogación de la Constitución que se había antes promulgado con tanto bombo y aparato. Pero como todo lo

que se hacía en España se repetía en Méjico, derogada la constitución allá, tenía que derogarse aquí. Pero aquí como allá surgió la división, y tenemos partidarios de la independencia de las colonias con gobierno propio y sin ligas con los españoles; partidarios de la independencia trayendo a Fernando VII como monarca, y partidarios de la independencia, pero con la constitución de 1812. Véase cómo se van dividiendo cada vez más y más las opiniones, en tanto que la lucha militar sigue con éxito vario.

Mina trató de combatir a Fernando VII en sus dominios, y como en Méjico tenía sus partidarios, vino a Méjico a luchar por su independencia, porque con ella hería a su perseguidor. Luchaba, pues, contra el absolutismo.

3.—Mina llegó a Méjico como un acentella; chocando aquí y allá y haciendo destrozos en las filas realistas. Sus campañas son admirables por el valor, digno de los tiempos legendarios de la vieja España, por la estrategia soberanamente efectiva, y por el éxito alcanzado. Desembarcó en Soto la Marina. Se había traído algunos compañeros de Inglaterra, y al llegar se procuró algunos otros más, comenzando su labor guerrera en pro de la libertad americana con 320 hombres. Entre sus colaboradores había de igual talla que él, como el mayor Sardá a quien dejó en el



puerto con solos 40 hombres, marchando Mina para el interior con los demás, dirigiéndose a San Luis Potosí, atravesando ríos y montañas y venciendo multitud de obstáculos materiales. Cuando llegó al Valle del Maíz, le salió al encuentro el capitán Villaseñor que había sido mandado por el gobierno para detener su marcha. Pero Mina, a pesar de la inferioridad del número, no vaciló un momento, sino que empeñó el combate con tal denuedo, que destrozó por completo a las fuerzas de Villaseñor.

Este triunfo fué de inmensa trascendencia para la tropa y para los demás insurgentes, porque vieron renacer sus esperanzas una y otros. Sobre todo, su tropa que había sufrido tantas fatigas en el accidentado camino, al obtener este triunfo cobró toda confianza en su jefe, y avanzó resuelta. Llegaron a la hacienda de Peotillos, no muy lejos ya de San Luis Potosí, y en este lugar encontraron 680 hombres de infantería y 1400 de caballería que, al mando del coronel Armignán, los esperaban para batirlos. Hubiérase creído que Mina y sus compañeros quedarían aniquilados en un momento, dada la superioridad numérica del enemigo, puesto que Mina sólo tenía un efectivo de 400 hombres. Apenas se avistaron las fuerzas, comenzó el fuego y Mina, en medio de él, avanzó solo hacia el enemigo explorando el campo, y lue-

go volvió ordenando a su gente que avanzara y cargara a la bayoneta, yendo él mismo por delante. Rudo y sangriento fué el combate que duró varias horas, pero derrotando completamente al jefe realista. Este combate causó verdadero asombro, y no menos la heroica defensa que hizo Sardá, que, si bien tuvo que capitular, fué después de varios días de estar sosteniendo el sitio que le pusieron dos mil hombres, cuando los sitiados no eran sino 37!!!

Mina continuó su marcha de victorias, apoderándose del Real de Pinos, y pasó en seguida a Jaujilla en donde estaba una Junta de Gobierno que no tuvo gran significación, y pasó en seguida a la hacienda del Marqués del Jaral, en donde tomó 140,000 pesos, y luego asaltó la ciudad de León, de la cual fué rechazado, por lo que se retiró al Fuerte del Sombrero, donde se encontraba el valiente y honrado insurgente D. Pedro Moreno con 650 hombres y 17 cañones mal montados.

Se formó así un núcleo bastante fuerte; pero hacia él arrojó el gobierno 2,541 hombres mandados por el Mariscal D. Pascual Liñán a quien el virrey Apodaca dió toda clase de facilidades y recursos, azorado por las victorias de Mina. Liñán salió de Querétaro a la vez que Mina del Fuerte del Sombrero con el objeto de sorprender a Negrete



que iba a unírsele a Liñán. En esta salida hubo algunas acciones de guerra insignificantes, y vuelto al Fuerte del Sombrero, esperó a Liñán, que, por fin, puso sitio a los insurgentes. Estos se vieron acometidos, más que por el enemigo, por la escasez de agua, que les hacía su situación altamente angustiosa. Sin embargo de ello, al intentar Liñán un asalto, fué rechazado con grande encarnizamiento. Mina, con poca gente salió a buscar víveres para sus compañeros. Por fin, el 15 de Agosto de 1817 se decide Liñán a dar otro asalto y pone en juego todo los recursos de que puede disponer comenzando una lucha verdaderamente horrible contra aquellos héroes que hambrientos y sedientos se defendían con verdadera desesperación contra fuerzas muy superiores. Corrió la sangre por todas partes, y hubo un momento en que luchadores de ambos lados se quedaron inmóviles, como espantados de su propia obra, o como esperando que la ciega fatalidad diera el triunfo a cualquiera. En esto los sitiados se resuelven a intentar una salida, y la emprenden por un gran barranco, único resquicio practicable, por donde caminan hombres, mujeres, niños y soldados; pero desgraciadamente fueron sorprendidos, y las fuerzas de Liñán hicieron destrozos que completó con crueldad al día siguiente, ya dueños de el Sombrero, mandando fusilar a



200 personas sin distinción de sexos ni categorías.

Mina, que había salido poco antes del último asalto, al frente de 200 hombres, con el objeto de traer víveres a sus angustiados compañeros, fué derrotado dos veces por Rafols, por lo que se retiró al Fuerte de los Remedios. Pero, dueño Liñán del Sombrero y después de las represalias que tomó se dirigió a este último reducto de Mina, en donde se había unido con él D. Pedro Moreno, y los demás que pudieron escapar del sitio de el Sombrero. Liñán atacó el fuerte de los Remedios el 31 de Agosto; pero lograron escapar Mina y sus compañeros que tomaron a viva fuerza la hacienda del Bizcocho, y luego San Luis de la Paz, para volverse al fuerte de los Remedios. De éste se desprendió una sección a encontrar a los insurgentes mandados por Mina, lo que se verificó en La Caja, el 10 de Octubre, quedando el triunfo de parte de los realistas mandados por el coronel Orrantia, teniendo que huir los insurgentes perseguidos por todas partes, hasta llegar al rancho de el Venadito, en donde Mina se creyó seguro para poder descansar de tantas fatigas y noches de desvelos. Por desgracia en nuestra tierra las delaciones han sido cosa muy frecuente, y aunque Orrantia quedó desorientado sin saber dónde se encontraba Mina, no faltó quien le diera

noti  
sorp  
la v  
habi  
en q  
salt  
Min  
te a  
bre

jico  
te d  
espe  
tant  
cada  
beni  
tras  
de M  
meta  
choc  
cion  
bién

eía r  
ría;  
cenc  
gion  
ejér  
Gue  
rial  
ral



noticias de él, y se dirigió al lugar señalado, sorprendiéndolo y haciéndolo prisionero. A la vez fué denunciado Pedro Moreno, que se había ocultado en una cueva cercana al lugar en que se encontraba Mina, en donde fué asaltado; pero murió batiéndose heroicamente, Mina fué llevado ante Liñán, y fusilado frente al fuerte de los Remedios el 11 de Noviembre de 1817.

Mina fué una centella que llegó a Méjico solamente a reavivar el fuego agonizante de la insurrección, a infundir vigor a las esperanzas desfallecidas, a quebrantar un tanto las fuerzas del absolutismo que crecían cada vez más, sobre todo bajo el gobierno benigno del Virrey Apodaca, que hacía contraste con el sanguinario de Calleja. El paso de Mina por nuestra historia es así, como un meteoro luminoso y terrible, desprendido del choque de el absolutismo del partido tradicional español, contra el partido liberal también español.

4.—Después de la muerte de Mina, parecía nuevamente que la independencia fracasaría; pero D. Vicente Guerrero y D. Pedro Ascencio conservaron su sagrado fuego en las regiones del Sur, y no dejaron descansar a los ejércitos realistas. El grupo capitaneado por Guerrero es quien representa la fuerza material de la independencia; pero la fuerza moral se había extendido mucho en todas las

conciencias por la misma lucha moral sostenida en España. La promulgación de la Constitución de 1812 había dado a conocer a todos los habitantes de la Nueva España un sistema político antes ni siquiera imaginado, y la aversión que un principio tuvieron por las ideas liberales, se fué poco a poco calmando y fueron aceptándose por una gran mayoría. Ya al formarse el Congreso de Chilpancingo se daba un paso en este sentido, puesto que se abordaba el gobierno representativo; pero quedaban aun todas las ideas despóticas encarnadas en esa misma representación, porque los representados aun las tenían, no pudiendo sacudirlas en un momento dado. La continuación de la lucha armada no dejaba en paz las ideas. El territorio dominado por el gobierno en lo material, no podía serlo en lo moral, ya porque las ideas de libertad sembradas estaban germinando, ya porque las noticias de los éxitos o fracasos militares en otros territorios mantenían siempre la conciencia general atenta a la importancia de pacificar al país. Era este un estado de vaivén moral, más que material. Los que juraron la Constitución de 1812 veían con dolor el despotismo de Fernando VII que echaba abajo los sacrificios de los patriotas españoles; los tradicionalistas españoles se regocijaban, y los independientes veían en estos trastornos una espe-



ranza, que era la que los mantenía sobre las armas, a pesar de tanto fracaso como habían sufrido.

Entre tanto Colima pasa por un eclipse. No hemos podido encontrar datos que aclaren lo que pasaba en la todavía Villa de Colima en este período; pero sí podemos asegurar que también aquí se mantuvo el fuego sagrado de la libertad, aunque haya sido por partidas, casi microscópicas de revolucionarios que a salto de mata merodeaban por las serranías de Juluápan y por las regiones australes del hoy Estado de Colima.

La última noticia de los Regalado es que estos patriotas, con sus fuerzas ya muy mercedadas, pues apenas llegaban a 180 hombres, se dirigieron al pueblo de Tonila a fines de 1813. Sabiendo esto el teniente D. Mariano Díaz, que iba para San Marcos por orden de Bazavilbazo, se volvió y dividiendo su fuerza en tres secciones atacó a Tonila, en donde los Regalado se defendieron heroicamente por algún tiempo, siendo al fin destrozados por los realistas, pues les tomaron 120 caballos y les hicieron 21 muertos. Los insurgentes se dispersaron y huyeron por la Barranca de Nejapa, o de El Muerto; pero fueron perseguidos, haciéndoles 55 prisioneros. Entre los caballos recogidos se encontraban los que montaban Pedro y Manuel Regalado.

Así concluyó el año de 1813 con la conclusión de este grupo de patriotas, (Este combate se verificó con toda probabilidad, el 30 o 31 de Diciembre, pues el parte que rindió Bazavilbazo tiene fecha de 1º de Enero de 1814).

En este año deja la comandancia militar de la plaza D. Manuel Bazavilbazo y la toma D. Julián de Isedo, que ordena al Ayuntamiento haga obras de defensa de la población, y el 25 de Julio se reúne el cabildo para proceder a abrir un foso en la "Plaza Nueva" entonces especie de solar baldío en el límite Oriente de la población y poner una estacada, para lo cual se pidió el concurso de los habitantes de Colima y los de Suchitlán, Tecomán, Zacualpa, Juluápan, Coquimatlán y Quizalapa. A los vecinos de Colima se les asignó dinero, y a los pueblos uno, dos o tres mozos, según su categoría, con el objeto de preparar tan ridículos medios de defensa.

En el mes de Abril de 1815 el Comandante militar de Colima, D. Julián de Isedo, recibió orden del gobernador de Guadalajara de hacer que el Ayuntamiento y la Hacienda de San Marcos, dieran 150 pesos mensuales para sostener las tropas que estaban de guarnición en el pueblo de Tonila.

También se puede asegurar que la vida material seguía dificultosamente por los mismos trastornos generales que entorpecían



el comercio. Parece que en este período hay una disgregación de las provincias, y que en algunas se tiene que recurrir, para las transacciones comerciales, a la moneda particular. Debemos notar que en los tiempos que estudiamos no se les ocurría, ni a los revolucionarios ni al gobierno, expedir "papel-monedas" sino que se acuñaba ésta, aunque fuera de manera rudimentaria.

En Colima se acuñaron monedas de cobre, cuadradas y delgadas, con esta inscripción en un lado: "Villa de Colima, 1814". Las que conocemos no tienen más inscripción que esa, ni podían tener otra, pues son de lámina de cobre muy delgada. Con estas se verificaban las transacciones comerciales. La vida social seguía pacífica, entregados los colimenses a sus labores agrícolas o salineras, y a rezar y hacer fiestas religiosas capitaneados por los sacerdotes seculares y regulares. Las fiestas religiosas eran muy aparatosas y simbólicas.

Las dificultades en las transacciones se dejaron sentir en otros lugares, lo mismo que en Colima en los que también se fabricó moneda, dando lugar a que los lugares dominados por los insusgentes tuvieran moneda resellada, y que el gobierno no quisiera admitirla para hostilizar a aquellos; pero como de esto resultó que el comercio y los mismos del gobierno salían perjudicados, se dis-

puso en 1815, que en Colima tuvieran circulación común y corriente las monedas de Zacatecas, Durango y Sombrereta, aunque estuvieran reselladas por los insurgentes.

5.—Un acontecimiento telúrico vino a trastornar la tranquilidad de la región, y fué el terrible terremoto de 1818, señalado en el primer volumen, que destruyó varias poblaciones, y en Colima el convento de Sn. Francisco, dando lugar a la disgregación del pueblo que se había formado a su alrededor, cuyos habitantes se diseminaron, yéndose la mayor parte al barrio de los Martínez y a Colima, y otros a diversas poblaciones.

De esta época data la formación de lo que hoy es cabecera de la municipalidad de Villa de Alvarez, que lleva ese mismo nombre. En su lugar había un pequeño rancho llamado del Súchil, propiedad de una familia Martínez, de ahí el nombre del barrio. Al Sur se encontraba la propiedad de una familia López, con la que, por matrimonio de los hijos, tuvo relaciones la familia Martínez, siendo, pues, una y otra las fundadoras de la comunidad, como que formaron el núcleo alrededor del cual se avicinaron los habitantes del pueblo de Sn. Francisco, formando la congregación que fué creciendo poco a poco. Debemos recordar que al tiempo de la conquista había un pueblo de regulares dimensiones en las márgenes del río de Pereira, lla-



mado Almolonia, y después Almoloyan. Que la mayor parte de sus habitantes abandonó este lugar para venirse al lugar en que se fundó el convento de los franciscanos; y que a consecuencias del temblor de 1818, gran parte de los habitantes de Sn. Francisco se volvió no a su lugar, sino un poco más allá. Ha habido, pues, un vaivén de la población.

6.—Las persecuciones del ingrato Fernando VII en contra de los liberales llegaron bien pronto a cansarlos, y en 1820 un ejército que estaba preparado para marchar a la América a contribuir a someter las colonias mandado por el teniente coronel D. Rafael Riego, se sublevó contra el absolutismo en Las Cabezas de San Juan (Andalucía). Este levantamiento tuvo eco en varias provincias y se hizo bastante extenso para obligar a Fernando VII a convocar de nuevo las Cortes. La guardia real estuvo de parte del Rey; pero fué veccida por la guardia nacional, por lo que fernando VII tuvo necesidad de ceder ante la fuerza de las armas que tenía en su apoyo la fuerza de la opinión, pues que con las persecuciones de que habían sido víctimas tantos patriotas, se había el rey enajenado las simpatías aun de muchos partidarios del absolutismo. La persona de Fernando que había sido recibida con tanto júbilo dándole el nombre de "El Deseado", había perdido mucho de su prestigio y ya se le te-

nía más bien como el símbolo de la monarquía; pero sin el respeto y el afecto de antes. Por eso fué que, a pesar de ser España monárquica, la revolución se extendió con tanta rapidez.

El resultado de esa revolución fué el que volviera a ponerse en vigor la Constitución recientemente abolida, o en otros términos, concluía para siempre en España el poder absoluto de los reyes, quedando establecida la monarquía constitucional. La reacción liberal vencía a la acción absolutista. Veamos cómo se recibe en Méjico esta victoria moral.

7.—El restablecimiento de la Constitución en España no agradó a los partidarios del abrolutismo en Méjico, y por esas inconsecuencias de las multitudes, ahora se rechazaba la autoridad del rey, pretendiendo que no había tenido libertad al reconocer la citada constitución, y que la nación debería gobernarse con independendencia de él, cuando que eso mismo se había rechazado al comenzar la lucha por la independendencia, escandalizándose de las opiniones del Lic. Verdad. Ahora se pretendía que Méjico debería gobernarse por las Leyes de Indias, y que se debería llamar a Fernando VII que, impotente para regir España conforme al derecho antiguo del absolutismo, podría venir a regir la Nueva España, cosa imposible porque al ab-



olutismo se le había llegado la hora marcada por la fatalidad histórica.

Surgen con este motivo varias opiniones, concentrándose la mayoría en realizar la independencia de Méjico, para sustraerlo de la Constitución que de nuevo triunfaba con la revolución del teniente coronel Riego, y en seguida traer a Fernando VII. Estas ideas acababan de desprender la Nueva España de la Vieja, pues ya ahora son todos independientes, unos por serlo en absoluto, y otros sólo por no estar sujetos a la constitución, y aquellas se condensan en la reunión que se tuvo en la Profesa, en la que se trató de buscar un caudillo que llevara adelante el nuevo plan. Pensaron en D. Agustín de Iturbide, coronel que antes había combatido a los independientes, y en esos momentos en Méjico sin ocupación alguna. Por esos días D. Gabriel Armijo renunció el mando de sus tropas que se ocupaban en batir inutilmente a D. Vicente Guerrero, y se dió a Iturbide el mando de aquellas y la comisión de destruir al invencible caudillo suriano.

Iturbide aceptó la comisión que se le dió, y desde luego se puso al frente de las tropas pensando que pronto daría fin a los insurgentes; pero sucedió lo contrario, los surianos lo comenzaron a derrotar, y quizá lo hubieran destrozado completamente, si no ha sido porque su sagacidad lo hizo pensar: Inde-

pendencia quieren ellos, independencia queremos nosotros. . . . . ¡posible es una combinación!

Y así fué.



1.—El

los i  
a Gu  
pero  
rrog  
cons  
de p  
que  
ces G  
una  
respo  
caron  
una  
se un  
siera  
duct  
ment





## LA CONJUNCION

---

- 1.—El Abrazo en Acatempan. 2.—Episodio Colimense
  - 3.—El Plan de Iguala. 4.—Se Proclama la Independencia en San Pedro Tlaquepaque. 5.—Fuga del Gobernador de Guadalajara D. José de la Cruz.
  - 6.—Se Proclama la Independencia en Guadalajara.
  - 7.—Se Organiza el Nuevo Gobierno.
- 

Una vez resuelto Iturbide a unirse con los insurgentes, escribió una afectuosa carta a Guerrero en la que le proponía la unión; pero el jefe insurgente contestó con digna arrogancia; Iturbide insistió y Guerrero fué consecuente con las proposiciones de Iturbide porque en ellas se atendía a la condición que aquel ponía: la independencia. Entonces Guerrero tuvo un gesto heroico: aceptó una entrevista, y en Acatempan, estando las respectivas fuerzas a tiro de cañón, se acercaron los dos caudillos enemigos y tuvieron una larga conferencia, de la que resultó que se unieran y que el general Guerrero se pusiera a las órdenes de Iturbide. Esta conducta de Guerrero no ha sido lo suficientemente elogiada, porque no se toman en cuen-

ta las circunstancias, y porque el nombre de Iturbide se ha tomado como bandera de un partido. Por ello se notan en ocasiones intentos de erigir monumentos, y en Colima los ha habido, al caudillo de las tres garantías, olvidándose de Guerrero quien, en esta ocasión está más alto que Iturbide. Si éste tuvo la idea de unirse a Guerrero, fué después de las derrotas que le inflingieron las fuerzas de Guerrero. En cambio, a éste le era extraño el convenio; no había pensado en él antes, acepta el acercarse al enemigo exponiendo la vida más que en otras circunstancias de la campaña, y ¡todavía más! se pone a las órdenes de Iturbide, cuando debió exigir lo contrario: que Iturbide se pusiera a las suyas.

Como quiera que sea, ya puestos de acuerdo los dos jefes, se unieron los ejércitos y trabajaron por la misma causa.

2—Guardadas las debidas proporciones, el brazo de Acatempan, como se designa el que se dieron Iturbide y Guerrero, nos recuerda el que se dieron el Prof. D. J. Cruz Campos y el General D. Eugenio Aviña en las cercanías de la Hda. de San Antonio, frontera del territorio colimense con el de Jalisco, porque la situación moral del modesto jefe colimense era parecida a la del General Guerrero, y uno y otro exponían su vida con el mismo valor personal. Sucedió que viniendo el Prof. Campos de San José del Carmen para Colima



con objeto de atacar al Gobierno del Sr. D. J. Trinidad Alamillo, contra quien nos habíamos insurreccionado varios colimenses, al atardecer vimos a lo lejos un grupo de hombres armados y vestidos con el traje gris que en aquella época (1913) usaban los gendarmes del gobierno del Estado. Fué natural pensar que era la fuerza enemiga que el Sr. Alamillo mandaba contra nosotros; pero al avistarnos y cuandos todos habíamos echado manos a las carabinas y nos extendíamos en línea de combate, vimos que los que suponíamos contrarios sacaban el pañuelo y lo sacudían al aire pidiendo parlamento. Entonces Campos, y en esto encontramos la semejanza, con gran valor personal nos ordenó permanecer firmes y en dispositivo de combate, mientras él, atravesando el llano que nos separaba de los otros combatientes (combatientes eran) se acercaba a ellos, y dispuso que, a una señal o un disparo, disparáramos nosotros, aun sobre del mismo Campos, contra los que enarbolaron el pañuelo. Así lo hicimos, y a lo lejos contemplamos abrazarse Campos con el jefe de los que estaban a nuestra vista, y hacernos señal de que nos acercáramos. Avanzamos luego y nos encontramos con el general Aviña que, también perseguido por el Sr. Alamillo, revolucionaba contra él, como nosotros, y se nos unía con las escasas fuerzas de que entonces disponía.

Aquí cambia el aspecto del episodio, porque propiamente no éramos enemigos unos de otros; pero antes de conocernos, el profesor Campos se acercó al general Aviña con la seguridad de que se trataba del enemigo, y que bien pudiera caer en una celada.

3.—Iturbide era exigido por los miembros de la Junta del convento de la Profesa para que proclamara el plan que se le había dado con anterioridad, formado por verdaderos conspiradores que pudieron entregarlo a Iturbide al salir a batir a Guerrero, sin que de él se diera cuenta al virrey Apodaca a quien lo sorprendió cuando tuvo conocimiento de los sucesos de Acatempan. Pero esto fué tarde. Atendiendo las exigencias de sus representados, Iturbide proclamó en la población de Iguala, el citado plan, que fué el siguiente:

4.—«Americanos! Bajo cuyo nombre comprendo, no sólo los nacidos en América sino los europeos, africanos y asiáticos que en ella residen, tened la bondad de oirme. Las naciones que se llaman grandes en la extensión del globo, fueron dominadas por otras; y hasta que sus luces no les permitieron fijar su propia opinión, no se emanciparon. Las europeas que llegaron á la mayor ilustración y policía fueron esclavas de la romana; y este Imperio, el mayor que reconoce la historia, asemejó al padre de familias,



que en su ancianidad mira separarse de su casa á los hijos y á los nietos por estar ya en edad de formar otras, y fijarse por sí conservándole todo el respeto, veneración y amor, como á su primitivo origen.

Trescientos años hace que la América Septentrional está bajo la tutela de la nación más católica y piadosa, heróica y magnánima. La España la educó y engrandeció, formando esas ciudades opulentas, esos pueblos hermosos, esas provincias y reinso dilatados, que en la historia del universo van á ocupar lugar muy distinguido. Aumentadas las poblaciones y las luces, conocidos todos los ramos de la natural opulencia del suelo, su riqueza metálica, las ventajas de su situación topográfica, los daños que origina la distancia del centro de su unidad, y que ya la rama es igual al tronco; la opinión pública y la general de todos los pueblos, es la de la independencia absoluta de la España y de toda otra nación. Así piensa el europeo, así los americanos de todo origen.

Esta misma voz que resonó en el pueblo de Dolores, el año de mil ochocientos diez, y que tantas desgracias originó al bello país de las delicias, por el desorden, el abandono y otra multitud de vicios, fijó también la opinión pública de que la unión general entre europeos y americanos, indios e indígenas, es la única base sólida en que

puede descansar nuestra común felicidad. ¿Y quién pondrá en duda en que después de la experiencia horrorosa de tantos desastres, no haya uno siquiera que deje de prestarse a la unión para conseguir tanto bien? ¡Españoles europeos, vuestra patria es la América, porque en ella vivís; en ella teneis á vuestras amadas mujeres, á vuestros tiernos hijos, vuestras haciendas, comercio y bienes! ¡Americanos quién de vosotros puede decir que no descende del español? Ved la cadena dulcísima que nos une: añadid los otros lazos de la amistad, de la dependencia de intereses, la educación é idioma, y la conformidad de sentimientos, y veréis son tan estrechos y tan poderosos, que la felicidad común del Reino es necesario la hagan entre todos reunidos, en una sola opinión y en una sola voz.

«Es llegado el momento en que manifestéis la conformidad de sentimientos, y que nuestra unión sea la mano poderosa que emancipe a la América sin necesidad de auxilio extraño. Allá frente de un ejército valiente y resuelto, he proclamado la independencia de la América Septentrional. Es ya libre; es ya señora de si misma; ya no reconoce ni depende de la España, ni de otra nación ninguna. Saludadla todos como independiente, y sean nuestros corazones bizarros los que sostengan esta dulce voz, unidos con las tropas



que han resuelto morir antes que separarse de tan heroica empresa.

«No le anima otro deseo al ejército que el de conservar pura la santa religión que profesamos, y hacer la felicidad general. Oíd, escuchad las bases sólidas en que se funda su resolución:

1ª La religión católica apostólica romana, sin tolerancia de otra alguna.

2ª La absoluta independencia de este Reino.

3ª Gobierno monárquico templado por una Constitución análoga al país.

4ª Fernando sétimo, y en sus casos los de su dinastía ó de otra reinante, serán los emperadores, para hallarnos con un monarca ya hecho, y precaver los atentados funestos de la ambición.

5ª Habrá una junta, interín se reúnan cortes, que haga efectivo este plan.

6ª Esta se nombrará gubernativa; y se compondrá de los vocales ya propuestos al Señor Virrey.

7ª Gobernará en virtud del juramento que tiene prestado al Rey interín éste se presente en Méjico y lo presta, y hasta entonces se suspenderán todas ulteriores órdenes.

8ª Si Fernando sétimo no se resolviera á venir á Méjico, la Junta o la Regencia mandarán á nombre de la nación mientras se re-

suelva la testa que deba coronarse.

9ª Será sostenido este gobierno por el ejército de las Tres Garantías.

10ª Las Cortes resolverán si ha de continuar esta junta, ó substituirse una regencia mientras llega el Emperador.

11ª Trabajarán, luego que se unan, la Constitución del imperio mexicano.

12ª Todos los habitantes de él, sin otra distinción que su mérito y virtudes, son ciudadanos idóneos para optar cualquier empleo.

13ª Sus personas y propiedades serán respetadas y protegidas.

14ª El clero secular y regular, conservado en todos sus fueros y propiedades.

15ª Todos los ramos del Estado y empleados públicos subsistirán como en el día, y sólo serán removidos los que se opongan á este plan, y substituidos por los que más se distinguan en su adhesión, virtud y mérito.

16ª Se formará un ejército protector que se denominará de las Tres Garantías, y que se sacrificará del primero al último de sus individuos antes que sufrir la más ligera infracción de ellas.

17ª Este ejército observará á la letra la ordenanza, y sus jefes y oficialidad continuarán en el pié en que están, con la expectativa, no obstante a los empleos vacantes, y á los que se estimen la necesidad o conveniencia.



18<sup>a</sup> Las tropas de que se componga se considerarán como de línea y lo mismo las que abrace luego este plan: las que lo defieran y los paisanos que desean alistarse se mirarán como milicia nacional, y el arreglo y forma de todas lo dictarán las Cortes.

19<sup>a</sup> Los empleos se darán en virtud de informes de los respectivos jefes, y á nombre de la nación provisionalmente.

20<sup>a</sup> Interin se reunan las Cortes, se procederá en los delitos con todo arreglo á la Constitución española.

21<sup>a</sup> En el de conspiración contra la independencia se procederá a prisión, sin pasar á otra cosa hasta que las Cortes dicten la pena correspondiente al mayor de los delitos, despues de lesa Magestad divina.

22<sup>a</sup> Se vigilará sobre los que intenten sembrar la división, y se reputarán como conspiradores contra la independencia.

23<sup>a</sup> Como las Cortes que se han de formar son constituyentes, deben ser elegidos los diputados bajo este concepto. La junta determinará las reglas y el tiempo necesario para el efecto.

«Americanos: He aquí el establecimiento y la creación de un nuevo imperio. He aquí lo que ha jurado el ejército de las Tres Garantías, cuya voz lleva el que tiene el honor de dirigíroslo. He aquí el objeto para cuya cooperación os invita. No os pide

otra cosa que lo que vosotros mismos debeis pedir y apetecer: unión, fraternidad, orden, quietud interior, vigilancia, horror á cualquiera movimiento turbulento.

Estos guerreros no quieren otra cosa que la felicidad común. Uníos con su valor, para llevar adelante una empresa que por todos aspectos (si no es por la pequeña parte que en ellos he tenido) debo llamar heroica. No teniendo enemigos que batir, confiemos en el Dios de los ejércitos, que lo es también de la paz, que cuantos componemos este cuerpo de fuerzas combinadas de europeos y americanos, de disidentes y realistas, seremos unos meros protectores, unos simples espectadores de la obra grande que hoy he trazado y que retocarán y perfeccionarán los padres de la patria. Asombrad a las naciones de la culta Europa; vean que la América Septentrional se emancipó sin derramar una sola gota de sangre. En el transporte de vuestro júbilo decid: ¡Viva la religión santa que profesamos! ¡Viva la América Septentrional, independiente de todas las naciones del globo! ¡Viva la unión que hizo nuestra felicidad! Iguala, veinticuatro de febrero de mil ochocientos veintiuno.—Agustín de Iturbide.»

Este plan se juró por el ejército al mando de Iturbide el día 2 de Marzo y se llamó de las tres garantías que simbolizaron los co-

lores  
esos  
llos  
pend  
ment  
daca  
bier  
rey,  
plan  
a la  
la ca  
Este  
los p  
en ta  
tir a  
fuere  
día 1  
la en  
colum  
Luis  
el 29  
suces

José  
tonce  
vista  
nío (C  
Cruz  
virre  
proci  
Apoc



lores de la bandera nacional, nacida en esos momentos, que encarnó en cada uno de ellos verde, blanco y rojo, las ideas de independencia, religión y unión. Después del juramento Iturbide mandó el plan al virrey Apodaca, quien no quiso echarse a cuestras el gobierno independiente, y pretendió ser fiel al rey, por lo que prohibió la circulación del plan, y con su carácter bondadoso e inclinado a la clemencia que tanto bien había hecho a la causa realista, ofreció el indulto a Iturbide. Este tuvo sus momentos de angustia, pues en los primeros días comenzaron las deserciones, en tanto que el virrey se disponía a combatir a los trigarantes; pero afortunadamente fueron pocos los días de vacilación pues el día 13 se pronunció en favor del Plan de Iguala en Jalapa D. José Joaquín Herrera con la columna de Granaderos; el 16 en el Bajío D. Luis Cortázar y D. Anastacio Bustamante; el 29 el teniente coronel Santa Ana, y así sucesivamente.

5—En Gnadalajaaa el Gobernador D. José de la Cruz no hallaba qué hacer, y entonces Iturbide lo invitó a tener una entrevista que se verificó en la Hda. de San Antonio (Jal) a principios de Mayo, prometiendo Cruz que interpondría su influencia con el virrey para que aceptara el nuevo plan. Cruz procuró cumplir lo prometido a Iturbide; pero Apodaca se negó en absoluto a acceder a las

instancias, y Cruz no se resolvió a optar por uno ni por otro. Lo lógico era esperar que, si hablaba al virrey en ese sentido, al no acceder a sus ruegos se hubiera pronunciado contra el virrey secundando con la acción la causa que defendía con la palabra. No lo hizo así, sino que quedó como tonto en vísperas, sin saber qué partido tomar.

Estando el gobernador de Guadalajara en esas vacilaciones se pronunció en Sn. Pedro Tlaquepaque D. Pedro Celestino Negrete con fecha 13 de Junio quien proclamó en seguida, la independencia avizando a Cruz y amenazando entrar a Guadalajara en son de guerra. Cruz pretendió prepararse a la defensa; pero se encontró con que la guarnición que debería estar a sus órdenes simpatizaba con el plan de Iguala, y al llegar a un cuartel acompañado sólo de su asistente, el oficial de guardia le ordenó retirarse del lugar, diciéndole que ya no mandaba él.

Ante la contestación extraña y brusca del oficial, el gobernador muy cohibido se retiró, tomó una escolta de los pocos que le quedaban adictos y en un coche se dirigió a Zapopan, y de ahí, secretamente salió para Durango.

Así terminó el gobierno de D. José de la Cruz en la Nueva Galicia; desapareció sin bombo ni gloria, lo cual desdice mucho de los fanfarrones partes que diera de sus cam-



pañas y sobre todo de la campaña contra la independencia en todo el territorio a su mando, y de los cuales se pueden ver muchos en hojas delesnables y carcomidas por el tiempo, en nuestro archivo municipal.

6.—Por la huida del General Cruz se encargó del Gobierno de Guadalajara el Sr. D. Basilio Gutiérrez Ulloa, con el carácter de Intendente y Jefe Político interino, quien mandó luego reunir a la Diputación Provincial, la cual se encontró con el oficio que le dirigiera Negrete al Brigadier Cruz. En esa y otras reuniones se acordaron los festejos con que se recibiría a Negrete, para que entrara a Guadalajara en medio de un grande entusiasmo.

Al saber Negrete la desaparición de Cruz ocupó Guadalajara para proclamar en ella la independencia y organizar el gobierno.

Al día siguiente de la entrada de Negrete muy temprano se reunió la Diputación Provincial, la Audiencia, el Ayuntamiento, el Clero y gran número de civiles, a quienes se les tomó juramento en la forma siguiente:

¿Juráis por Dios y los santos evangelios no reconocer otra religión que la Santa Católica, Apóstolica, Romana?

¿Juráis obedecer al Gobierno Independiente con arreglo al Plan del Sr. coronel D. Agustín de Iturbide, primer jefe del ejército de las Tres Garantías, que establece la

fidelidad al Rey y la unión de los habitantes de esta Nueva España?"

Luego la Diputación declaró Comandante del Ejército de Reserva y jefe superior político al brigadier D. Pedro Celestino Negrete, y como su segundo al coronel D. José Antonio Andrade, para que lo substituyera en los casos de ausencia.

El 23 de Junio se reunieron en Palacio el Comandante, la Audiencia, el Ayuntamiento y demás corporaciones, se adornaron las calles, y en algunos jardines se levantaron tablados, con acompañamiento de las tropas y de grande multitud, entre vítores y salvas de artillería, se proclamó la Independencia en Guadalajara. Y todas esas fiestas terminaron con una solemne misa en la catedral

Negrete formó una Junta Consultiva Auxiliar de Gobierno, y ordenó la formación de una Milicia Local Voluntaria que se encargara del cuidado del orden en la ciudad.

Por último, se dispuso que en todas las poblaciones de la Nueva Galicia se proclamara la Independencia, lo que se fué verificando rápidamente, pues el entusiasmo había cundido por todas partes.

En San Blas se encontraban varios marinos españoles y por ese motivo no hubo allá el entusiasmo que en todas partes, sino más bien hostilidad y resistencia para acep-



tar el plan de Iturbide. Entonces el Gral. Negrete mandó una fuerza competente al mando del capitán D. Mariano Laris y obligó a los rehacios a capitular.

A fines de Junio y con grande aparato se proclamó la Independencia en Aguascalientes, en donde D. Valentín Gómez Farías acompañado de D. Rafael Vázquez y D. Antonio Guerrero enarbolaron la bandera tricolor en los balcones de la casa del Ayuntamiento, pasando en seguida con éste a la iglesia parroquial donde se cantó el «Te Deum» con toda solemnidad.

Mas en medio de estos festejos que se hacían por todas partes y de las noticias que de ellos llegaban constantemente a Guadalajara, también llegó la noticia de que el Gral. Cruz había salido de su escondite y dejándose ver por el Norte. Como lo supiera Negrete, inmediatamente se puso al frente de sus fuerzas y salió a perseguirlo, mandándole decir a Iturbide que mientras no lo arrojaran al mar, estaría en peligro de perderse una causa que había despertado tanto entusiasmo, y que, de echarse a perder aquella y volver Cruz a Guadalajara, sus venganzas serían terribles.

Para salir Negrete, dejó encargado del gobierno con el carácter de Jefe Político, interino al coronel D. Antonio Andrade y Baldomar.



## LA INDEPENDENCIA EN COLIMA

- 1.—Se reaviva el fanatismo religioso. 2.—La primera Junta de Sanidad. 3.—La reconstrucción material. 4.—Proclamación de la Independencia. 5.—Iturbide solicita fondos.

1.—Entre tanto Colima había permanecido relativamente pacífica y casi ajena a los movimientos políticos que veía desde lejos; pero entregada a los trabajos regionales que le permitieran contrarrestar económicamente los males ocasionados por los partidos contendientes. El temblor de tierra de 1818 vino a llenar de pánico a los habitantes de la pacífica Villa y a impulsar el sentimiento religioso que siempre ha habido en Colima, y que en esa época había disminuido un poco. Esta disminución fué tomada como una de las causas del terremoto, porque se creyó que fué el fenómeno geológico un castigo celestial por la apatía con que se había visto desde que comenzó la lucha por la independencia, el culto de los santos, y muy especial-



mente el de San Felipe de Jesús, abogado contra los temblores. De ahí que luego se hicieran gestiones para que renaciera el culto, dando principio por la construcción de un altar especial en que colocar la imagen del Santo y un colateral en la parroquia.

Para tomar el acuerdo correspondiente de las autoridades se convocó al Ayuntamiento que presidió el teniente coronel D. Anastacio Brizuela, que sucedió como comandante militar a D. Manuel Bazavilbazo. Este Sr. Brizuela es la autoridad primera de la Villa de Colima desde poco antes de consumarse la Independencia y llega hasta mucho después, siendo quien contribuye a la separación de Colima de la Nueva Galicia, como se verá después. Es, diremos, el gobernante que preside la transición de Colima, de dependiente a independiente de España, y de dependiente a independiente de la Nueva Galicia. Por otra parte, también la Nueva Galicia va a cambiar de nombre.

En la sesión del Ayuntamiento se acordó lo pedido por los vecinos, o sea la construcción del colateral al templo parroquial y del altar para San Felipe de Jesús.

2.—Pero en esa sesión que se verificó el día 3 de Enero de 1821, hubo una medida digna de tomarse en cuenta: la creación de una Junta de Sanidad. Se observaba que la mala orientación de las calles, lo polvoso de



ellas y algunos otros defectos causaban insalubridad que antes no se advertía por la escasez de habitantes; pero habiendo aumentado éstos considerablemente, y siendo ya Colima una población de importancia, era preciso preocuparse por el arreglo de las condiciones materiales que hicieran de ella lugar más decente y salubre. Se aprobó la iniciativa y se constituyó desde luego la Junta de Sanidad, formada por los señores Alcalde Constitucional D. Anastacio Brizuela, Sr. cura de la Villa Bachiller D. Francisco Delgadillo, Prior de San Juan de Dios D. José Ignacio Ibarra, regidores D. Ignacio Silva y D. Miguel Coronado, y vecinos Juan María y Francisco Anguiano.

Como en Colima, quizá por el calor, todo lo que se propone en materia de trabajo público no religioso, tiene grande retardo en su ejecución si no va precedido de alguna conminación, la reedificación de las casas de la Villa no se llevó a cabo en todo el mes, y al terminar Enero, D. Anastasio Brizuela publicó un bando en el que ordenaba que, a partir del primero de Febrero siguiente todos los habitantes de la Villa de Colima sin excepción cercaran sus propiedades con paredes de adobe de tres varas de altas, para que nadie pudiera introducirse a ellas indebidamente. Este es, pues, el momento en que Colima comienza a cambiar su aspecto de rancho por



el de verdadero pueblo; en el sentido que se da a esta palabra tomándola en la acepción material que tiene.

3.—Antes de 1821, Colima estaba con la mayor parte de sus casas con los patios baldíos y en comunicación unos con otros, divididos sólo por cercados de varas para estorbar la mezcla de animales de unos vecinos con los de los otros, y con motivo del estado de guerra en que se encontró todo el territorio nacional en 1810 a la fecha antes citada, se desarrolló mucho el bandidaje, por lo que los vecinos eran víctimas del robo sin que las autoridades pudieran evitar este delito que se cometía con la mayor facilidad no teniendo seguridad las casas. De ahí el bando citado, ya que, a pesar de las ventajas se presentaba la limitación de propiedades y de las seguridades que daba a los vecinos, éstos no se preocupaban de cumplir con el acuerdo del Ayuntamiento. Pero vino la orden militar, y entonces la obra comenzó a realizarse.

4.—El teniente coronel de la Línea del Sur, D. Luis Correa, puso un oficio al comandante Militar de Colima D. Anastasio Brizuela; en el que le inserta otro de D. Pedro Celestino Negrete, relativo a la proclamación de la Independencia en todos los pueblos de la jurisdicción de la Nueva Galicia. Atendiendo al citado oficio, se reunió el Ayuntamiento de Colima el día 15 de Junio de



1821 y acordó las festividades con que debería acompañarse el juramento de la Independencia, y ello fué ejecutado tal y como lo acordaron el día siguiente. Se comisionó al Sr. D. Miguel Coronado para que se encargara de ordenar lo relativo a las festividades civiles, participando el acuerdo del Ayuntamiento al Sr. cura de la parroquia para que se celebrara en ella una Misa de Gracias.

Se adornaron desde muy temprano las casas del vecindario, se puso un gran tablado en la plaza frente a la casa municipal y en él se colocaron personas encargadas de repartir refrescos a todos los vecinos que lo solicitaron.

El día 16 de Junio, pues, se proclamó y juró la Independencia en Colima, comenzando por concurrir a la solemne "Misa de Gracias" que se dijo con todo el magestuoso aparato usado en las grandes solemnidades. Los numerosos concurrentes salieron de misa y se dirigieron luego al tablado en que se repartían los refrescos y estuvieron tomando casi toda la mañana, hasta cerca del medio día en que comenzaron a retirarse a sus casas.

Los refrescos fueron acompañados de "fruta de horno" y soletas, que tomaban las familias, en especial las mujeres; pero los hombres no prescindieron del ardiente licor, y para ellos en especial se prepararon ponches con aguardiente. Sin embargo las mu-



jeres no fueron absolutamente extrañas al licor embriagante, aunque para ellas se prepararon "sangrías" con carlón y vino Jerez.

Por la noche se verificó un gran baile en el que las honorables damas colimenses de aquellos tiempos lucieron sus elegantes vestidos compuestos de las enaguas tal y como los usa aun nuestro pueblo, la camisa bordada con la manga corta y amplio escote dejando ver gran parte del pecho y de la espalda; pero estos cubiertos por la brillante mascada doblada por los ángulos y puesta a guisa de corbata, terminando sus extremos por delante con artístico nudo; las piernas sin medias y los pies calzados con la zapatilla de gamuza que, como la enagua era larga, dejaba ver sólo la parte superior del pié desnuda; la cabeza peinada a dos trenzas y adornada con flores.

Pocos días después se juró la Independencia en los pueblos de San Francisco Almoloyan, Comala y Tecomán, de todo lo cual se dió parte detallado al Gobierno de Guadalajara.

5.— Como queda dicho, el general Negrete se fué a perseguir al general Cruz, dejando en su lugar al coronel del Regimiento de Dragones D. José Antonio Andrade y Baldomar, y este gobernante trasmitió a todos los pueblos de su jurisdicción las disposiciones siguientes de D. Agustín de Iturbide.



“Siendo la Independencia igualmente benéfica a todos los habitantes de este Imperio, la justicia, la razón y el interés individual exigen que todos contribuyan a su consecución con proporción a sus facultades, sin excepción de persona alguna eclesiástica o secular. En una empresa tan grande y cuyos resultados deben ser necesariamente felices, tan interesado se halla el millonario como el artesano y el jornalero; y por ello ninguno, sea quien fuere, debe exceptuarse de cooperar en todo lo posible para su logro. El soldado siempre sujeto a incomodidades, carencias y peligros, no puede dedicarse a buscar su sustento sin faltar a su deber y a su objeto; y es justo que el que vive sin tanto afán, atendiendo sólo a su negocio personal, a su labor o a su taller, alargue con mano franca el pan que ha de alimentar al que a costa de su sangre y de su vida defiende su caudal, su reposo y los bienes de que goza al abrigo de su casa. El Estado no puede subsistir sin el Ejército, ni el Ejército puede permanecer si no lo mantiene el Estado. El de las Tres Garantías que tengo el honor de mandar y que pronto, ciudadanos, os va a poner en posesión de una felicidad efectiva y real que hasta ahora no habéis visto sino en sombras, ha estado abundantemente socorrido, y aun tengo todavía caudales con que contar; pero no permitiendo las circunstancias pre-

ser  
pu  
tos  
de  
ten  
gre  
con  
uno  
con  
seis  
reg

lar  
dar  
har  
su c

lo m

gran

algo  
se l  
el A  
cimi

arte  
Reg  
y el  
labo  
los p



tes dar sistema fijo al giro de hacienda pública para emplear todos sus rendimientos en tan importante destino sin gravamen de los pueblos, para que en ningún caso falten los recursos mientras se instala el Congreso Nacional, he resuelto formar un fondo con los donativos espontáneos con que cada uno quiera contribuir, tanto por una sola vez como mensualmente por el preciso término de seis meses, en la disposición que presenta el reglamento siguiente:

1.—Todos los vecinos seculares y regulares de las ciudades, pueblos y rancherías darán lo que quieran por una sola vez, y se harán por sí la asignación con proporción a su caudal y a la posibilidad de cada uno.

2.—Los artesanos de todas clases harán lo mismo respectivamente.

3.—Lo mismo ejecutarán los jornaleros grandes y chicos.

4.—A todos los que no se apunten con algo, no queriendo concurrir al bien general, se les impondrá una contribución forzosa por el Ayuntamiento o Juez respectivo con conocimiento de causa.

5.—El inmediato cobro de los vecinos y artesanos se hará en las poblaciones por el Regidor que comisionare el Ayuntamiento, y el de los jornaleros por todo dueño de labor que tenga peones, al tiempo de hacer los pagamentos o rayas semanarias, quienes



entregarán el dinero que juntaren a los cabezas de rancho de sus residencia, éstos al hacendero o administrador respectivo, y estos últimamente al mismo Regidor Comisionado.

6.—El Regidor entregará por entero el dinero colectado al Tesorero del Ayuntamiento, y cada mes el Jefe Superior Político mandará poner en las arcas de hacienda pública la cantidad que los Ayuntamientos deberán remitirle con la cuenta correspondiente.

7.—En donde no haya Ayuntamiento se ejecutará lo prevenido por uno de los Alcaldes del Ayuntamiento más inmediato.

8.—Se hace extensivo el donativo espontáneo a las personas del otro sexo, cuya generosidad y patriotismo se incita a este objeto de común utilidad.

9.—Para evitar todo fraude y ocultación de parte de los colectores (lo que no es de esperarse) de estos donativos, los dueños de labor presentarán lista de sus peones a los cabezas de rancho, estos a los hacenderos o administradores, y estos a los Regidores comisionados o encargados de Justicia.

10.—Los Regidores comisionados y los justicias publicarán cada mes una lista individual de todos los contribuyentes con expresión de la cantidad con que cada uno ha contribuido, fijándola en la plaza o paraje más público, a fin de que todos puedan leerla y



enterarse si está fiel y legalmente hecha la manifestación de lo colectado.

11.—Estos caudales estarán en la Tesorería sin descuento alguno de aplicaciones, sueldos de personeros, escribientes, papel, ni otro gasto alguno, porque todos los que intervengan deben servir graciosamente.

12.—La Tesorería del Ejército publicará cada tres meses un estado impreso en que se pondrá de manifiesto al público la inversión de estos caudales.

Cuartel General de Acámbaro, Junio.....  
de 1821.—Agustín de Iturbide."







## LA VIDA SOCIAL.

- 1.—Las modificaciones materiales. 2.—La Religión y el culto. 3.—Las costumbres municipales.  
4.—La milicia nacional.

1.—En los diez años de lucha por la emancipación, la Villa de Colima modificó pocos sus costumbres y su aspecto material; pero esas modificaciones, por pequeñas que hayan sido, fueron mucho mayores que en los tiempos pasados. Una década revolucionaria transformó la población más que un siglo de vida evolutiva, y las razones fueron bien claras. En primer lugar, se mezclaron a la citada villa habitantes de otras regiones que trajeron algunas costumbres desusadas en Colima, así como de esta población salieron muchos de sus antiguos vecinos, ya para tomar parte activa en favor de la Independencia, como revolucionarios que se unieron a los de otras regiones, ya para tomar parte en contra de la Independencia, reclutados por las órdenes de las autoridades realistas.

llar  
ran  
pob  
pié  
ener  
a Co  
min  
que  
depo  
aqu  
nec  
inte  
forz  
cauc  
pur

den  
por  
cons  
dor  
sirvi  
tar  
luch  
bo q

su m  
chas  
«cen  
veci  
abaj



La prolongada lucha hizo que se desarrollara el bandidaje, y que los vecinos tuvieran que acordarse de los fundadores de la población que pretendían estar siempre en pié de guerra, "porque se veían rodeados de enemigos". Volvieron "los enemigos a rodear" a Colima, no ya los primitivos habitantes dominados por la conquista, sino los nuevos que se dividieron, para luchar, unos por la Independencia y otros en contra de ella, y en aquellos que no teniendo ideal ninguno y si necesidad de vivir, se vieron con sus labores interrumpidas, y no pudiendo trabajar, tenían forzosamente que filiarse en las filas de algún caudillo, y éste no siempre fué de los más puros sentimientos.

Cuando estalló la revolución de Independencia, como se ha dicho antes, se ordenó por las autoridades de la Nueva Galicia la construcción de murallas de adobe al rededor de las poblaciones, y de anchos fosos que sirvieran de defensa. En Colima se levantaron esas construcciones; pero al finalizar la lucha, viendo que más bien servían de estorbo que de parapeto, se mandaron arrasar.

Las casas habían sido construídas, en su mayoría, sin divisiones propiamente dichas, pues éstas sólo las tenían las casas del «centro», en donde vivían los «principales vecinos». Pero el terremoto de 1818 echó abajo gran parte de estas construcciones de



adobe, y quedó la Villa con casi todas sus casas baldías, de donde los graves inconvenientes de la comunidad de las familias, no notados en un principio porque la tradicional honradez de los vecinos hacía que no se echaran de menos las citadas divisiones de las casas; pero el estado de revolución, propicio a los movimientos de población, hizo que, llegando gente extraña amante de lo ajeno, se notara la falta que hacían los muros en las casas, para la seguridad de los pequeños intereses de las familias, tanto más, cuanto que entonces se carecía de policía que vigilara el orden público, cosa que no se había necesitado, pues todo lo vigilaban los «alcaldes de barrio», a quienes aquellas buenas gentes veían con todo respeto. Aumentando la población y la inseguridad, se necesitó redoblar, la vigilancia y como a pesar de ello había robos frecuentes, la autoridad se vió en la necesidad de ordenar se levantara muros entre las casas, quedando éstas con mejor aspecto.

El mismo estado de guerra, las entradas y salidas de insurgentes y de realistas, hizo comprender cómo las calles se encontraban deficientes, oblicuas unas, desniveladas todas y propias para los escondites, de ahí otra disposición de las autoridades de que se nivelaran las calles y de que se alinearan las casas, cosa que fué relativamente fácil, pues



al levantar los nuevos muros se obligó a los vecinos a que lo hicieran guardando ciertas direcciones que fueron dando origen a calles más orientadas.

En una palabra, el aspecto de pueblo rural que tenía la Villa de Colima, o diremos mejor, de ranchería, se va transformando y convirtiéndose en pueblo propiamente dicho, aunque todavía muy pequeño, casi reducido al espacio comprendido entre el Río Chiquito que pasaba a espaldas de la Casa Municipal (hoy palacio de Gobierno) y el Río de Colima, pero en éste las casas se encontraban en una y otra de las márgenes, muy especialmente la derecha, en que se presentaba la población bastante condensada. Al Oriente, lo que hoy es el Jardín Núñez no era otra cosa que una extensión amplia y baldía en la que se levantaban frondosos «camichines» que servían a los arrieros para «sestear» mientras vendían las mercancías que traían de Guadalajara. Por esta razón se mandaron construir unas pilas o atarjeas que servían para que los citados arrieros dieran agua a sus cabalgaduras.

El "Río Chiquito" atravesaba, pues, el borde oriental de la población; pero ya en ésta época comenzaban las casuchas a construirse en su margen izquierda, y lejos de él, en el Río del Manrique, se apiñaban algunas otras familias que se aprovechaban de sus



entonces no escasas aguas para las necesidades ordinarias de la vida.

Colima presentaba así el aspecto de un núcleo central formado por la Casa Municipal y el templo parroquial, y las numerosas habitaciones que se levantaban en las márgenes del Río de Colima, desde el templo de la Salud hasta lo que hoy es el barrio del "Agua Fría y la Sirena", algunas al lado opuesto formando el barrio del Dulce Nombre de Jesús, y otro al Norte, formando el barrio de "La Soledad". Estos barrios estaban limitados por tramos en que, o no había casas, o estaban retiradas unas de otras de modo de aparentar una solución de continuidad, comparada con la aglomeración siguiente.

Este aspecto de la población da idea clara de cómo fué su evolución. Fundado el núcleo principal, muchas familias se agruparon a su alrededor; pero otras se retiraron de este núcleo buscando la fertilidad del terreno o las comodidades que presentaba por su configuración. Siempre, por su puesto, procurando estar cerca del agua. Cuando las márgenes del Río de Colima estuvieron bastante pobladas cerca de la Casa Municipal, y más que de ella, del templo parroquial, las habitaciones surgen en el otro río, el del Manrique.

Como a la vez que Colima evolucionaba así, el Convento de San Francisco intencio-



nalmente y por las gestiones de los frailes se constituía en otro centro de población, quedó aquí un núcleo que más tarde se unirá a Colima, extendiéndose ésta por el barrio que hasta hace poco se llamaba de la Garza.

El temblor de 1818 vino a auyentar a los moradores de Almoloyan hacia el Norte; pero el impulso de atracción que con su presencia había ejercido sobre el núcleo principal estaba dado, y a pesar de haberse retirado aquellos habitantes, la población de la Villa siguió creciendo en esa dirección.

Al jurarse, pues, la Independencia en Colima, ésta presenta un aspecto material muy distinto del que presentaba al iniciarse la lucha emancipadora.

2.—La vida religiosa que, como se ha dicho en el volumen primero, era bastante intensa gracias a las funciones conventuales, y que llenó de capillas la población siendo ellas los centros de los "barrios", con la perpetua lucha dejó de manifestarse con aquella intensidad, quebrantándose las creencias por el participio que tomaban los sacerdotes en la política, pues aunque en su mayoría los frailes procuraron no meterse mucho en la revolución, para un pueblo tan religioso y tan pequeño como el que entonces formaba la Villa de Colima, era más que suficiente el ejemplo del padre Díaz, del Sr. cura Mercado, y sobre todo, del Sr. cura Hidalgo, a quien

muy bien conocían en Colima. De ahí que no supieran aquellas buenas gentes quién tenía la razón, si los realistas o los insurgentes, pues unos y otros decían tenerla y con unos y con otros había ministros de la Iglesia que trabajaban por causas distintas.

Este estado de las conciencias disminuyó el fanatismo y las exajeradas manifestaciones públicas del culto que tanto gustaban a nuestros abuelos, y la pereza propia del clima daba una gran contribución a este aminoramiento del culto. Pero llegó el temblor de 1818, conmovió la tierra, echó casas abajo y sacudió las conciencias de tal modo, que hubo iniciativas para renovar el culto de los santos, iniciativas patrocinadas por el Ayuntamiento que verifica sesiones especiales con el objeto de renovar las promesas hechas a los santos, muy especialmente a San Felipe de Jesús, a quien se le pide perdón por el punible olvido en que lo habían dejado, cuando había sido tan buen abogado contra los terremotos. Por eso, decían, se había producido el temblor de 1818, en que las iras o los sentimientos del santo llegaron al grado de no dejar en pié ni el convento de los de su propia orden.

Fué, pues, la época de la independencia, bajo el punto de vista religioso, una época de escasa religiosidad; pero al terminar la lucha, comienzan de nuevo las exajeradas



manifestaciones del culto, a las que se unieron las manifestaciones políticas.

3.—El Ayuntamiento siguió su marcha penosamente, como institución popular, pues aunque representaba al pueblo y fué, lo es todavía, una manifestación democrática de la ciudad, los tiempos no se prestaron para que se desarrollara con la libertad que debía y estuvo siempre supeditado a los comandantes militares, ya sea que fueran realistas o insurgentes.

De ahí que al iniciarse la Independencia fueran aprehendidos los que intentaron una reunión que se creyó sospechosa, y con mayor razón la libertad municipal se restringió en los años siguientes. Siempre el comandante militar era el Subdelegado y presidente del cabildo, de manera que cuanta providencia se tomaba, era tomada no por los representantes del vecindario, sino por el representante de la autoridad militar o de la autoridad de la Nueva Galicia. De ahí las altas y bajas que se notan en la documentación municipal, las glorificaciones oficiales a los insurgentes lo mismo que a los realistas, y puede decirse con toda justicia que la corporación edilicia, que entonces más que ahora, era una veleta se volteaba para donde corría el viento de la política.

Por otra parte, las costumbres no variaron gran cosa, siempre para tomar un acuer-

do se reunían todos o casi todos los miembros del Ayuntamiento, se leía el acta, y sobre todo, se levantaba el acta con las mismas palabras sacramentales.

Como tanto realistas como insurgentes eran fervientes católicos, el Ayuntamiento tomaba parte en determinar las fiestas religiosas lo mismo que las políticas y así, después del susto que les diera el temblor de 1818, es el Ayuntamiento que inicia los actos que deben hacerse en desagravio de los santos.

Al terminar la lucha por la Independencia, se agrega el «juramento» o la protesta de ley que diríamos ahora, tal y como lo ordenaron las autoridades de Guadalajara, que, por lo demás, fué la fórmula de toda la nación. El primer empleado público que prestó juramento en la nueva forma, fué el Lic. D. Vicente González de Castro, nombrado Juez de Letras.

4.—D. Antonio Andrade y Baldomar como Jefe Político interino de Guadalajara y por tanto mandatario mediató de los pueblos que pertenecían a la Nueva Galicia, ordenó a todos ellos la formación de cuerpos de defensa llamados "Milicia Nacional Local". Esta organización nos parece importante y trascendental, porque afianzaba la Independencia teniendo un régimen militar popular, por decirlo así, con la ventaja de que se dieron



de alta en el nuevo cuerpo muchas personas simpatizadoras o no, pues la orden para formar el cuerpo era la de invitar a todos los que se creyeran aptos; pero si alguno o algunos no aceptaban el armarse y estar listos para servir al gobierno independiente, se les debería tener en consideración para hacerlos engrosar las filas por la fuerza en los momentos en que se necesitaran. Para muchos fué preferible aceptar el cargo de buena voluntad, y no esperar el ser forzados y mandados quizá a formar cuerpo con personas extrañas.

En Colima, como siempre, fué el Ayuntamiento el encargado de formar la Milicia Nacional Local, presidido por el comandante militar D. Anastasio Brizuela que, guardadas las debidas proporciones, desempeña un papel político semejante al de D. Antonio Andrade en Guadalajara. Era hombre activo, tan amigo de la independencia que lo veremos realizar aun la de la Villa encargada a su cuidado, para transformarla en entidad federativa.

El oficio de Andrade está concebido en términos que dejan ver cómo fueren cambiando las ideas al par que los sentimientos y que los procedimientos. La lucha libertadora comenzó con robos, asesinatos y pillajes y poco a poco la muerte se encargó de ir eliminando muchos elementos malsanos que se habían creado, como las sabandijas, en los

rincones de la sociedad colonial. Y destruidos esos elementos a quienes por desgracia acompañaron otros buenos, fueron quedando los que deberían formar la nueva sociedad, y en estos se cambiaban las ideas lenta, pero seguramente. Hace hincapié Andrade en que la Independencia no es pillaje grabando así la verdadera idea en las inteligencias de sus subordinados, a la vez que recordando los días aciagos de 1810 que tanto quebrantaron a los pueblos.

Quedaba el terreno muy bien preparado para esperar el triunfo definitivo; pero ya Colima, siguiendo a su cabecera Guadalajara, había dado el paso que a ella le correspondía: Jurar la Independencia y formar un cuerpo de tropas para defenderla.

\*\*  
\*\*

tó  
cia  
ch  
ba  
la  
pa  
za  
ro  
va  
te  
ca  
ad  
pu  
ne





## LA CONSUMACION DE LA INDEPENDENCIA.

---

1.—Avanza hacia la capital el ejército de Iturbide. 2.—Es depuesto el Virrey Apodaca. 3.—Llegada de O' Donojú a Veracruz. 4.—El tratado de Córdoba. 5.—Entrada del ejército trigarante a la capital.

---

1.—Colima, como se ha visto, se adelantó mucho en su juramento a la Independencia que se verificó en seguida de haberse hecho en Guadalajara. Pero cuando esto pasaba en las regiones occidentales, el centro de la nación futura aun estaba en poder de los partidarios del gobierno español. Las fuerzas que mandaba directamente Iturbide fueron poco a poco ganando terreno, ya por el valor intrínseco de las tropas y del comandante, ya por la desmoralización que se extendía cada vez más en las contrarias que se iban adhiriendo a los independientes. La opinión pública colaboraba en esta obra de una manera decisiva. Probablemente nunca se uni-

ficó tan rápidamente como en esta ocasión, pues en toda la extensión del territorio sucedía lo que hemos visto sucedió en Colima: los acontecimientos y los movimientos de población de aquí para allá a la vez que los comentarios y las proclamas, las predicaciones y las propagandas, públicas o secretas, habían causado un cambio en las conciencias, a la vez que habían muerto gran parte de los elementos combatientes e intrasigentes, por lo que quedaban ya. pudiera decirse, casi solamente las nuevas generaciones.

2.—Esta invasión arrolladora de las fuerzas físicas y morales del país en contra de las viejas ideas, no agradaba a los últimos partidarios de la dominación despótica de España en el Nuevo Mundo, y achacaron a impericia del virrey Apodaca, a sus malas disposiciones, a sus desacertadas medidas, todo el fracaso que sufrían las armas españolas. Esto dió lugar a que se amotinaran un día los oficiales que estaban cerca del virrey y lo depusieran de su cargo, nombrando en su lugar al Gral D. Pedro Novella, quien correspondió a los deseos de sus comitentes tomando como una de las mejores medidas la fortificación de la capital, en previsión de un sitio. Y la previsión no fué mala, pues que el sitio se verificó poco después por gran parte del ejército trigarante, al mando directo de Bravo, Guerrero y Bradburn.



Y había razón para sitiar a Méjico, pues Novella persistió en no reconocer la Independencia, por lo que el ejército trigarante se dispuso a obligarlo por la fuerza, y poco a poco fué cercando a la capital mientras que se hacían instancias para que el impuesto virrey cediera.

3.—Entre tanto Novella resistía, llegó al puerto de Veracruz, en el vapor «Asia» el Sr. D. Juan O' Donojú, nombrado virrey para substituir a Apodaca, y se encontró con que éste había sido depuesto y que Novella estaba en su lugar. Pero antes de llegar a Méjico, Iturbide se adelantó a hablar con él y fué a encontrarlo con el objeto de conferenciar y hacerle ver cómo se encontraba el país y las conveniencias de realizarse la Independencia.

4.—Largas fueron las conferencias tenidas entre el virrey legítimo y el caudillo trigarante; pero al fin, el Sr. O' Donojú convino en que se realizara la Independencia, o, en otros términos, aceptó el plan de Iguala con una modificación: la de que, si Fernando VII no aceptaba, se nombraría a algunos de sus parientes, y si tampoco éstos oceptaban, quedaría el país en libertad de nombrar su monarca. Estos convenios han recibido en la historia el nombre de «tratados de Córdoba», por la población en que fueron firmados.



Pero Novella se negó a aceptar a O' Donojú como virrey; O' Donojú no aceptaba a Novella y quería que Apodoca recibiera sus documentos que lo acreditaban como sucesor, y entre tanto, las fuerzas insurgentes seguían estrechando el cerco de la capital. Pero el 13 de Septiembre Novella se avino a conferenciar con Iturbide y con O' Donojú, en una hacienda cercana a la Villa de Guadalupe, en la que se acordó que hubiera un armisticio. El 15 Novella dió a conocer a O' Donojú como el nuevo virrey, y éste, que de antemano estaba de acuerdo con Iturbide, ordenó luego que las tropas realistas evacuaran la capital, por lo que no fué necesario el sitio a última hora, pues saliendo los realistas y acercándose los insurgentes que fueron ocupando los pueblos inmediatos.

5.—Por fin el memorable jueves 27 de Septiembre de 1821, entró triunfalmente D. Agustín de Iturbide a la capital, al frente de sus fuerzas. Esta entrada es uno de los acontecimientos capitalinos más agradables y magisteriosos, habiendo desfilado por las calles 7616 soldados de infantería, 7755 de caballería y 763 artilleros con 68 cañones.

Quedó consumada la Independencia en ese memorable día, y al siguiente se nombró una Junta Provisional de Gobierno, formada por 34 personas, que decretó el Acta de la Independencia y nombró una Regencia com-



puesta de O. Donojú, Manuel de la Bárcena, Isidro Yáñez y Manuel Velázquez de León.

La Junta Provisional de Gobierno decretó desde luego que quedó instalada el acta de la Independencia concebida en los términos siguientes:

La Nación Mexicana que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre el uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido.

Los heroicos esfuerzos de sus hijos han sido coronados, y está consumada la empresa eternamente memorable, que un Genio superior a toda admiración y elogio, amor y gloria de su patria, principió en Iguala, prosiguió y llevó a cabo arrollando obstáculos casi insuperables.

Restituida, pues, esta parte del Septentrion al ejercicio de cuantos derechos le concedió el Autor de la naturaleza, y reconocen por inenajenables y sagrados las naciones cultas de la tierra, en libertad de constituirse del modo que más convenga a su felicidad, y con representantes que puedan manifestar su voluntad y sus designios, comienza a hacer uso de tan preciosos dones, y declara solemnemente por medio de la Junta Suprema del Imperio **QUE ES NACION SOBERANA E INDEPENDIENTE DE LA ANTIGUA ESPAÑA**, con quien en lo sucesivo no mantendrá otra unión que la de una amistad es-



trecha en los términos que prescribieren los tratados: que entablará relaciones amistosas con las demás potencias, ejecutando respecto de ellas cuantos actos pueden y están en posesión de ejecutar las otras naciones soberanas: que va a constituirse con arreglo las bases que en el plan de Iguala y tratado de Córdoba estableció sabiamente el primer Jefe del Ejército Imperial de las Tres Garantías; y en fin, que sostendrá a todo trance y con el sacrificio de los haberes y vidas de sus individuos — si fuere necesario — esta solemne declaración hecha en la capital del Imperio a veintiocho de Septiembre de mil ochocientos veintiuno, primero de la Independencia Mexicana.— Agustín de Iturbide.— Antonio, Obispo de la Puebla.— Juan O' Donojú.— Manuel de la Bárcena.— Matías Monteagudo.— Isidro Yáñez.— Lic. Juan Francisco de Azcárate.— Juan José Espinosa de los Monteros.— José María Fagoaga.— José Miguel Guridi y Alcozer.— El Marquez de Salvatierra.— El Conde de Casa de Heras Soto.— Juan Bautista Lobo.— Francisco Manuel Sánchez de Tagle.— Antonio de Gama y Córdoba.— José Manuel Sartorio.— Manuel Velázquez de León.— Manuel Montes Arguelle.— Manuel de la Sota Riva.— El Marquez de San Juan de Rayas.— José Ignacio García Illueca.— José María Bustamante.— José María Cervantes y Velasco.— Juan Cervantes y Padilla.— José Manuel Velázquez

de  
Cam  
sé M  
Mart  
mán.  
Suár  
dro I  
los M

dolo  
de O  
denci  
la de  
sa de  
Rege

publi  
tribu  
torida  
siásti  
y circ  
perso  
a 8 de  
depen  
dente  
ñez.—  
sé Ma

cia, y  
regirs  
inevit



de la Cadena.—Juan de Horbegos.—Nicolás Campero.—El Conde de Jala y de Regla.—José María de Echeverí y Valdivielso.—Manuel Martínez Mancilla.—Juan Bautista Paz y Guzmán.—José María de Jauregui.—José Rafael Suárez Pereda.—Anastacio Bustamante.—Isidro Ignacio de Icaza.—Juan José Espinosa de los Monteros, Vocal Secretario.

Tendrálo entendido la Regencia, haciéndolo imprimir, publicar y circular. México, 6 de Octubre de 1821, primero de la Independencia de este Imperio.—Antonio, Obispo de la de Puebla, Presidente.—Juan José Espinosa de los Monteros, Vocal Secretario.—A la Regencia del Imperio.

Por tanto, mandamos que se imprima y publique esta Acta, circulándola a todos los tribunales, jefes, gobernadores y demás autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, para que por su parte la publiquen y circulen en todos los lugares y a todas las personas a quienes corresponda. En México a 8 de Octubre de 1821, primer año de la Independencia.—Agustín de Iturbide, Presidente.—Manuel de la Bárcena.—Isidro Yáñez.—Manuel Velázquez de León.—A. D. José Manuel Herrera.”

Quedó, pues, consumada la Independencia, y de aquí en adelante el país tendrá que regirse por sus gobiernos propios que serán inevitablemente de acuerdo con los caracte-



res antropológicos y sociológicos, (derivados de los anteriores), y que son los que determinan de manera fatal e inevitable la marcha de la Historia, digan lo que dijeren los políticos y patriotas optimistas. Tendrá que realizarse la profecía del padre de la Independencia, el benemérito cura de Dolores: nuestra historia será un constante vaivén entre la anarquía y la dictadura.

Afortunadamente ese vaivén se irá poco a poco disminuyendo en el curso de las edades, hasta que la evolución antropológica, nivelando los caracteres de razas por constantes y sucesivas mezclas, igualando los intereses por las inmigraciones y los progresos de la ciencia, no sólo propia, sino principalmente de las naciones más adelantadas, dé lugar a la unidad o uniformidad de caracteres y de pensamientos.

Va a comenzar ese vaivén y el primer impulso se lo dará el desconocimiento de los tratados de Córdoba, porque en ese momento es cuando se piensa en la persona que deba ocupar el trono de Méjico de acuerdo con el plan de Iguala, y como ni había en el país persona prestigiada para ese cargo, ni había uniformidad de criterio para calificar al más apto de los que figuraron en la cruenta lucha de once años, la lucha se encenderá inevitablemente, fatalmente.

Además, la vecindad con países de for-

ma  
tizac  
tran  
hará  
bros  
tieno



ma de gobierno distinta de la monarquía, atizada por el anhelo de mejorar y no encontrando la felicidad en el sistema monárquico, hará que surjan ideas distintas en los cerebros caldeados aun por los ardores de contienda.





## LA REGENCIA.

- 1.—El nuevo Gobierno. 2.—La oración por los muertos.
- 3.—Colima reza en todo y por todo. 4.—La fecha de la emancipación. 5.—El Congreso Constituyente.

1.—Graves problemas tenía que resolver la Regencia, y esos en muy corto tiempo: organizar de nuevo a la sociedad quebrantada por once años de lucha; rehacer los servicios públicos que no podían ser exactamente iguales a los del régimen anterior, pero que tampoco podían ser muy distintos; mantener el equilibrio entre grupos contendientes que, aunque ahora no estuvieran ya (aparentemente) dispuestos a guerrear, podían hacerlo si sus aspiraciones no se veían atendidas desde luego, etc. etc.

Por desgracia los encargados del poder ejecutivo no fueron los más adecuados para resolver los citados problemas, y para colmo de desdichas al establecer la Regencia su Ga-

bine  
men  
pare  
píri  
mar  
min  
po  
ron:  
D. J  
Neg  
para  
para  
euat  
te de  
Itur

cias  
lla r  
habi  
para  
ello,  
era  
dista  
conc  
po d  
eran  
ya c  
nom  
natu  
dad  
ni n



binete, tampoco tomó para integrarlo los elementos que más podían servirle, sino que parece que presidió a su designación un espíritu de dominio que hizo a la Regencia llamar a su lado a personas a quienes podía dominar con toda sencillez y sin dejarles campo para las iniciativas. Esos elementos fueron: para Relaciones Interiores y Exteriores, D. José Manuel de Herrera; para Justicia y Negocios Eclesiásticos, D. José Domínguez; para Hacienda D. Rafael Pérez Maldonado, y para Guerra D. Antonio Medina. Con estos cuatro ministerios quedó formado el gabinete de la Regencia que presidía D. Agustín de Iturbide.

Este caudillo dió lugar a las desavenencias con la designación citada, pues que en ella no se ve ninguno de los hombres que más habían colaborado en el terreno de la lucha para la realización de la Independencia, y ello, además de ser una medida impolítica, era también poco práctica. Por lo primero, se distanciaba de elementos que él mismo había conocido trabajando activamente en el campo de batalla, y por lo mismo sabía de qué eran capaces y cual era su valor y su valer, ya que cada uno de los colaboradores de nombre tenía a su disposición, por razón muy natural de simpatía, mucha gente de actividad comprobada. Esto no lo previó Iturbide, ni ninguno de los otros miembros de la Re-

gencia, y si lo previó alguien, dominaron las opiniones de los impolíticos.

Bajo el punto de vista práctico, el Gabinete debió estar formado por algunos de los insurgentes que se habían batido, puesto que ellos sabían organizar gente y llevarla al triunfo, y podrían dar al Gobierno sus luces para organizar una sociedad.

Finalmente, la imprudencia tenía que costar cara, porque era lógico y natural que tanto los postergados como los que los conocían se fijaran en que no aparecían formando parte del nuevo Gobierno, y habría que preguntarse ¿por qué los que más lucharon por la Independencia no están cerca del caudillo de las tres garantías? Había en ello un ardíd político, o era simplemente una falta de reflexión?

El Sr. D. Juan O' Donojú tuvo a bien enfermarse y morirse a los pocos días, y en su lugar se nombró al Sr. Obispo de Puebla D. Antonio Joaquín Pérez, con lo que empeoró la Regencia, pues este Sr. meritísimo como obispo, no era sino muy mediano político, y quería todo arreglarlo con rogativas y fiestas religiosas.

2.—Sin embargo, alguno de estos actos tuvo que merecer grande elogio, por significar legítimo y justo sentimiento de gratitud para los que más hicieron en pro de la Independencia (el sacrificio de su vida) y que general-

men  
Reg  
bla  
do s  
com  
mue  
prov  
liber  
cele  
tos l  
cual  
bera  
min

que  
por  
y tu  
mier  
hace  
aras  
de c

hay  
just  
da c  
bue  
nes,  
fún  
part  
jan



mente se quedan olvidados. Así fué que la Regencia presidida por el Sr. Obispo de Puebla mandó un oficio a todas partes ordenando se considerara un día como "aniversario" común de luctuosa gloria para recordar a los muertos en aras de la patria, dejando a cada provincia, departamento, villa o lugar en libertad de designar el día en que debiera celebrarse el sacrificio común de tantos y tantos héroes sin nombre y sin historia, y a los cuales propiamente se debe el éxito de la soberana empresa iniciada en Dolores y terminada en Méjico.

Colima recibió el documento relativo en que se le ordenaba lo antes dicho y dispuesto por la Regencia, a principios de Noviembre y tuvieron a bien los miembros del Ayuntamiento acordar que el día en que debiera hacerse la conmemoración de los muertos en aras de la patria fuera el día 13 de Novbre. de cada año.

No se sabe que en los años siguientes se haya hecho nada por cumplimentar esta justa y hermosa disposición, pues la contienda que siguió no dejó cumplir muchas de las buenas órdenes dadas en esta y otras ocasiones; pero en el año de 1821 sí se hicieron fúnebres ceremonias y contribuyó a ellas como parte muy principal el clero de aquellos lejanos días.

3.—Pero si lo anterior era debido y jus-

to, lo que sigue ya huele a fanatismo: Ordenóse que se hicieran tres días de rogativas por el acierto de la Junta Provisional de Gobierno, cuya orden quedó concebida en los siguientes términos: "Considerándose la Soberana Junta Provisional Gubernativa del Imperio Mejicano estrechamente obligada a hacer una demostración positiva de su reconocimiento a la primera garantía de la Religión que tan piadosamente pronunció el ejército Imperial y su primer jefe, ha venido en decretar y decreta: Que se hagan rogativas públicas por tres días implorando el auxilio y bendiciones del Altísimo para el acierto del Gobierno Nacional".

Esta orden se recibió en Colima con grandes muestras de satisfacción y desde luego se mandaron fijar en los parajes públicos algunos de los pocos ejemplares que llegaron, haciéndose también la publicación por medio del pregón, o sea un individuo que se colocaba en las calles más céntricas y a voz en cuello leía el documento para que fuera oído por todos.

Tal y como se ordenaba se hizo en Colima. En esta población, probablemente más que en otras, eran frecuentes y exageradas las manifestaciones externas del culto, quizá por la unión tan estrecha que tenía la autoridad municipal con el clero secular y regular de aquella época, y por la influencia que

ést  
con  
rel  
la  
dan  
fue  
Co  
la  
ser  
Si  
de  
cho  
te

to  
Col  
ced  
no  
qui

no  
nes  
ade  
jar  
ba  
fra  
reza  
zo y

do  
nes



éstos habían adquirido sobre la población como implantadores primeros de las ideas religiosas, y con ellas de los gérmenes de la civilización. Porque, hay que recordarlo con gratitud, el fraile y el sacerdote fueron los que hicieron por la civilización de Colima más que nadie, siendo de notar que la riqueza de esta región se prestaba para ser explotada por los ambiciosos, y nada más. Si no ha venido el fraile a poner el germen de la cultura, ésta se hubiera retardado mucho más de lo que se retardó, pues el ambiente es hostil a aquella.

Mas por otra parte, cuando el sentimiento religioso prospera en poblaciones como Colima, degenera en un fanatismo entorpecedor del progreso, verificándose un fenómeno social semejante al fenómeno que los químicos llaman: disociación.

De ahí que todas las medidas del gobierno general que se traducían en manifestaciones religiosas, eran acogidas con entusiasmo, además lo eran las del gobierno de Guadalajara, y todavía se agregaban las que acordaba el Ayuntamiento, y las que sugerían los frailes o el clero secular. Así es que Colima rezaba, rezaba y se divertía, porque entre rezo y rezo había cohetes, refrescos y bailes.

4.—Como la Independencia se fué jurando en distintas fechas en las diferentes regiones del país, hubo algunas dificultades eco-

nómicas relativas al pago de empleados públicos y militares, y por ello se hizo una consulta a la Regencia, quien contestó que lo de los pagos era cuenta de su rosario, y en lo relativo a las festividades con que debería celebrarse la Independencia, cada provincia tendría en consideración la fecha en que se hizo el juramento. La resolución de la Junta Soberana Gubernativa fué la siguiente "que la fecha en que debe considerarse la emancipación del Imperio en cada provincia es aquella en que se juró la Independencia en su respectiva capital, según juzgó el Serenísimo Señor Generalísimo Almirante, y que la orden sobre pagas atrasadas adeudadas antes de ésta época, comprenden las de los militares y empleados sin excepción".

Esta variabilidad de fechas para considerar concluida la emancipación del Imperio, destruía la unidad de éste y llevaba consigo la consideración no de uno, sino de varios imperios. Sin embargo na dase llevó a cabo por los trastornos que siguieron enredando más y más la madeja de nuestra historia independiente.

5.—El Congreso Constituyente necesitó la aprobación y adhesión de todos, y para ello se libraron los oficios correspondientes a todas partes del país con el objeto de que se hiciera el respectivo juramento de fidelidad, tal como se había hecho con la Independencia.



El Ayuntamiento de Colima se reunió el día 12 de Abril de 1822 para acordar fecha y fiestas con que debería hacerse el referido juramento. Acordó, como era de rigor en aquellos tiempos, la solemnidad religiosa por delante, y como fecha el día 14 del mismo mes.

En este día se reunieron en la Sala Consistorial los principales personajes de la Villa: El Sr. cura Br. D. Francisco Delgadillo, el Muy Reverendo Padre Comendador del Convento de Nuestra Sra. de las Mercedes Fr. Mariano Ramírez, el Comadante militar D. Anastacio Brizuela, el teniente coronel de la Milicia Local y Administrador de Alcabalas D. José Antonio González, el Ayudante del Comandante capitán Juan Zoylo, el Juez de Letras Lic. D. Vicente González de Castro, los capitanes Mariano Díaz, Mariano de la Madrid, Antonio Brizuela y Antonio Guerrero, el teniente Vicente Bravo, los alférez Manuel Brizuela, Agustín Cuevas, José M<sup>a</sup> Soto y Gabriel Osorio; el Administrador de Correos D. Mariano Valle y el interino del Ramo de Tabacos D. Manuel Ugarte.

Luego pasaron todos a la iglesia parroquial donde se celebró una misa solemne y en seguida se cantó el Te-Deum en acción de gracias al Todopoderoso, por el establecimiento del Congreso Constituyente. En seguida salieron todos y volvieron a la Sala

Consistorial, en donde el Ayuntamiento comenzó por tomarle el juramento a su presidente interino que lo era el Sr. D. José Miguel Coronado, en los términos siguientes:

Reconocéis la soberanía de la Nación Mejicana representada por los diputados que han nombrado para este Congreso Constituyente?—El Sr. Coronado contestó: “Sí reconozco”—Juráis obedecer sus decretos, leyes, órdenes y Constitución que éste establezca conforme al objeto con que se ha convocado? ¿Mandarlos observar y ejercitar? ¿Conservar la Independencia, Libertad e Integridad de la Nación; la Religión Católica, Apostólica Romana, con intolerancia de otra alguna; conservar el gobierno Monárquico moderado del Imperio y reconocer los llamamientos al Trono, conforme al Tratado de Córdoba y promover en todo el bien del Imperio?—“Sí juro” volvió a contestar Coronado, y agregó el Ayuntamiento: Si así lo hiciéreis, Dios os ayude, y si no, os lo demande.

En seguida el Sr. Coronado, como presidente del Ayuntamiento, comenzó a tomar el juramento, bajo la misma fórmula anterior a todos y cada uno de los presentes que estuvieron en pie mientras se practicaba esta solemne ceremonia.

Así como se hizo en Colima se hizo en todas partes de manera que quedaba no sólo establecido el Congreso Constituyente, sino

sole  
gra  
yor  
rran  
jura  
rá a  
yes  
mie  
vul  
men  
en  
muo

la c  
to e  
da t  
cap  
par  
man  
Se c  
ra p  
Mis  
acci  
llo  
más  
salv  
nue  
fest  
ilun  
ras  
los



solemnemente jurada su obediencia por la gran mayoría del país, y muy pronto esa mayoría quedará bajo el anatema que encierren las últimas palabras de la fórmula del juramento, pues muy pronto se desobedecerá al Congreso, y la fórmula legal, y las leyes y las órdenes, quedarán en los archivos, mientras la multitud se debatirá en las convulsiones sangrientas ocasionadas por la fermentación de elementos étnicos distintos, que en vano buscan su equilibrio. Tardaráse mucho para encontrar éste.

El día ocho de Noviembre, al recibirse la correspondencia, encontró el Ayuntamiento el oficio en que se le comunicaba la entrada triunfal de D. Agustín de Iturbide a la capital, y desde luego se convocó a sesión para darse cuenta con el citado oficio, y tomarse el acuerdo inevitable: fiesta religiosa. Se acordó librar los oficios de «estilo» al cura párroco de la Villa para que se dijera una Misa Solemne y se cantara el Te-Deum en acción de gracias por haber llegado el caudillo de las tres garantías a la capital. Además, se ordenó al comandante que hubiera salvas de artillería, y se comisionó a D. Manuel Ceballos para que organizara los demás festejos, que siempre eran refrescos y bailes, iluminación de casas y explosiones de cámaras y cohetes, haciéndose todos los gastos de los fondos del Ayuntamiento y designándose



los días domingo once y lunes doce del mismo mes para estos festejos. El lunes se cantó la misa y el Te-Deum, y además de esto se publicó el oficio en que se daba cuenta de la entrada a Méjico del «Generalísimo de mar y tierra».

Un mes después, el ocho de Diciembre, otra sesión del Ayuntamiento para acordar las fiestas religiosas con que debería celebrarse el aniversario de la Virgen de Guadalupe, y con esto terminó el año glorioso de 1821 en que se consumó la Independencia. Colima, pasados los días de lucha para ella, vuelve al trabajo y al rezo; sus fiestas casi todas son político-religiosas. Este rincón florido del país constituye una especie de remanso poco movido por las rachas revolucionarias, y sólo de vez en cuando el intenso oleaje humano que se debate en las altas mesetas, llega a turbar su tranquilidad. En estos momentos se aminora un poco el fanatismo, y pasados ellos, vuelve a sus primitivas exageraciones. Sucede en Colima con el culto, lo que con la vegetación: al principio se siembra un árbol cuya sombra y fruto son necesarios; pero el árbol crece y crece tanto, que sus ramazones sin poda ni cuidado llegan a hacerse más perjudiciales que benéficas.



I.—P

ña  
de  
Fer  
cup  
ello  
cha  
na  
que  
a la

con  
sua  
por  
nad  
libr





## EL PRIMER IMPERIO.

---

1.—Proclamación de Iturbide como emperador. 2.—El decreto del Congreso Constituyente. 3.—Manifiesto de Iturbide. 4.—Agasagos al Emperador.

---

1—En virtud de haber rechazado España lo convenido por O' Donojú en el tratado de Córdoba, quedaba sin efecto la venida de Fernando VII o alguno de sus parientes a ocupar el trono del imperio mejicano, y por ello el Congreso Constituyente tenía que echarse a cuestras la labor de buscar una persona que fuera digna de la corona imperial y que pudiera responder a las circunstancias y a las aspiraciones de los mejicanos.

No tuvo que batallar mucho para encontrar esa persona, porque el motín y la casualidad, no menos que la falta de libertad por la presencia misma de la persona designada por la exaltación pasional, impidieron la libre discusión.

La noche del 18 de Mayo de 1822, un



sargento llamado Pío Marcha se echó a la calle gritando: ¡Viva Agustín I, emperador! Y tras de él muchos hombres del pueblo y soldados, formándose un verdadero motín que recorría las calles como un torbellino. Lo peor del caso fué que toda la ciudad de Méjico secundó aquel movimiento propiamente populachero, y se hizo general la aceptación y el regocijo; se iluminaron todas las casas y en un momento toda la población se puso en movimiento de una manera inusitada, como si por encanto se hubiera comunicado la noticia de la proclamación popular y la convicción de que ella sería la que terminara con la dificultad que se presentaba de falta de emperador.

Iturbide trató de reunir el Congreso, pero no lo logró sino hasta el día siguiente por la mañana. El Congreso deliberó muy poco sobre los acontecimientos de la noche anterior, e Iturbide cometió la imprudencia de no ausentarse del lugar de los debates para dejar toda la libertad a los diputados, por lo que, aunque fué aprobada la elección popular, esta ratificación fué más violenta que espontánea. Hubo, pues, dos violencias: una, la elección de la persona por el pueblo, sugerido por un grito; otra, la ratificación de esa elección hecha por el Congreso, con la presencia del mismo candidato y de las multitudes amenazantes.

así  
gres  
Méj

rían  
vino  
sesi  
apro  
rado  
el si  
laja  
crito

2.—

PUEB

los s  
de p  
do p  
imp  
ción  
acep  
tado  
Igna  
á vu  
que  
chos



Iturbide tenía una popularidad inmensa, así es que él presente era como tener el Congreso encima a las tropas y al pueblo.... de Méjico solamente.

Algunos diputados con toda justicia querían que se consultara la opinión de las provincias, más nada se pudo hacer en aquella sesión violenta y perentoria, y una mayoría aprobó a D. Agustín de Iturbide como emperador, mandándose en seguida a todas partes el siguiente decreto que, recibido en Guadalajara, fué a su vez de esta población transcrito a Colima:

## 2.—HABITANTES DE GUADALAJARA.

### PUEBLOS TODOS DE LA DEMARCACION DE ESTE GOBIERNO POLITICO.

«Serán cumplidos todos vuestros votos: los sentimientos de vuestro corazón, llenos de piedad, de religión y de heroísmo han sido penetrados del Supremo Sér, que rige los imperios, y vela sobre el orden y conservación de todos los pueblos de la tierra los ha aceptado, pues os los concede: ya tenéis sentado en el solio constitucional al Héroe de Iguala, á vuestro padre, á vuestro libertador, á vuestro guía. Vacilantes entre opiniones que os retardarían conseguir el fruto de muchos años de sacrificios de toda especie, ha-



béis llegado al deseado puerto de vuestra seguridad; nada os resta, por vuestra parte sino adorar los inescrutables designios de la Divina Providencia, siendo como hasta aquí religiosos en vuestras costumbres, sinceros en vuestra conducta política, y obedientes á una suprema autoridad que camina segura en sus disposiciones bajo la égida de una sabia reunión magestuosa de hombres elegidos por vosotros mismos y que no pueden desmerecer la confianza ilustrada con que los distinguís-  
teis.»

«El siguiente decreto soberano del augusto Congreso de la Nación y el plan de Iguala que en seguida se insertan, os recuerda el primero el celo, ilustración, cuidado de la nación, y de vuestra felicidad, y digna elección que hicísteis de vuestros representantes, y el segundo las virtudes del inmortal Héroe que reconoce y respeta vuestra razón, vuestro amor y gratitud. Guadalajara, Mayo 28 de 1822. Antonio Gutiérrez y Ulloa.»

«Decreto del soberano Congreso nacional publicado por bando de este día.»

«Don Basilio Gutiérrez y Ulloa Victoria y Deza, caballero de la Orden de Carlos III, Gefe superior de Hacienda Pública Imperial de moneda provisional de esta capital, Director de la Sociedad Patriótica de la misma, Intendente de la Provincia de Guadalajara y



Gefe político Superior de ella por ausencia del Exmo. Sr. Capitán D. Pedro Celestino Negrete.—A las dos de la mañana de este día he recibido del Excmo. Sr. secretario de Estado y del despacho de relaciones exteriores é interiores Dr. D. Manuel Herrera el decreto que sigue.»

«**Primera secretaría de estado.**—La Regencia del Imperio se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

«La Regencia del Imperio, habilitada interinamente para su gobierno durante la falta del Emperador, á todos los que las presentes vieren y entendieren, **sabed:** Que el Soberano Congreso constituyente ha declarado lo siguiente:

«En la Corte de México á 19 de Mayo de 1822, segundo de la Independencia. El soberano Congreso constituyente mexicano congregado en sesión extraordinaria, motivada por las ocurrencias de la noche anterior, y parté que de ellos dió el Generalísimo Almirante, con remisión de varios documentos que se transcriben en acta de ese día, oídas las aclamaciones del pueblo conformes con la voluntad del Congreso y de la nación, teniendo en consideración que las Cortes de España por decreto inserto en la Gaceta de Madrid de 13 y 14 de febrero último, han declarado nulo el tratado de Córdoba y que por lo mismo es llegado el caso, de que no obli-



que su cumplimiento á la nación mexicana, quedando ésta en la libertad que el artículo tercero de dicho tratado concede a dicho Congreso constituyente de este Imperio para nombrar Emperador por la renuncia o no admisión de los allí llamados, ha tenido a bien nombrar Emperador constitucional del Imperio mexicano, al Sr. D. Agustín de Iturbide, primero de este nombre, bajo las bases proclamadas en el plan de Iguala y aceptadas con generalidad por la nación, las cuales se detallan en la fórmula de juramento que debe prestar ante el Congreso el día 21 del corriente.»

«Tendrálo entendido la Regencia y se lo comunicará á todas las autoridades del Imperio, haciéndolo imprimir, publicar, y circular en cuyo acto cesará en las funciones de su interino cargo.—Francisco García Catari-  
nes, presidente.—Francisco María Lombardo,  
diputado secretario.—José Ignacio Gutiérrez,  
diputado secretario.—A la Regencia del Im-  
perio.»

«Por tanto mandamos á todos los tribu-  
nales, justicias, jefes, Gobernadores y demás  
autoridades, así civiles como militares y ecle-  
siásticas, de cualquiera clase y dignidad que  
guarden y hagan guardar, cumplir y ejecu-  
tar el presente decreto en todas sus partes.  
Tendréislo entendido para su cumplimiento,  
y dispondréis se imprima, publique y circu-

le.  
do d  
Isid  
de C  
Jose

á V.  
plim  
años  
de la  
rrer

sible  
dos  
prov  
solen  
por  
del m  
ciud  
cuyo  
te de  
con  
do e  
Ant  
rro,

pidi  
pres



le. En México á 21 de Mayo de 1822, segundo de la Independencia del Imperio.—José Isidro Yáñez.—Miguel Valentín.—El Conde de Casa de Heras.—Nicolás Bravo.—A. D. José Manuel de Herrera.»

«Y de orden de la Regencia lo comunico á V. S. para su inteligencia y debido cumplimiento. Dios guarde a V. S. muchos años. México 21 de Mayo de 1822, segundo de la Independencia de este Imperio.—Herrera.—Señor Gefe político de Guadalajara.»

Y para que tan interesante como plausible decreto soberano llegue á noticia de todos los fidelísimos habitantes de esta provincia, y tenga su más puntual y debido solemne cumplimiento, mando se publique por bando imperial con las demostraciones del mayor regocijo en esta capital y demás ciudades, villas y lugares de su distrito, para cuyo efecto se circulará el número conveniente de ejemplares, y se celebrará por tres días con general iluminación y colgaduras. Dado en Guadalajara á 18 de Mayo de 1822.—Antonio Gutiérrez y Ulloa.—José María Corro, secretario interino.»

3.—El recién nombrado emperador expidió a la nación un manifiesto en que se expresaba así:

**Agustín a sus conciudadanos.**

Habitantes del Imperio Mexicano: Aun



quiero para hablaros conservar la confianza de un simple conciudadano vuestro, aquel a quien desde esta clase quisísteis elevar a la dignidad del Imperio. ¿Qué hallásteis en vuestro compatriota que lo haga merecedor de honor tan sumo y esclarecido? ¿Visteis en él acaso al Libertador de la Nación que la redimió de la opresión de tres siglos? ¿Es la corona una ofrenda de la gratitud connatural a un pueblo tan magnánimo y generoso? Sí, ciertamente: la gratitud, ese don que el cielo quiso derramar en todos los corazones de este suelo delicioso, jamás se ha mostrado con más efusión que en el tiempo en que la Patria se reconoció libre e independiente. Desde entonces admiré los gratos sentimientos de los pueblos: desde entonces con la aclamación más pura y libre me ofrecieron la diadema y su obediencia; y desde entonces los hubiera aceptado haciendo a la Patria este último sacrificio, seguramente para mí el más costoso, atendida mi natural inclinación y el objeto de mis votos desde que empecé a formar comparaciones entre las inquietudes del mundo y las dulzuras de la soledad, si los mismos oficios debidos y tributados a la Patria no hubieran sido un motivo noble de rehusar los liberales ofrecimientos. Firme en el principio de que todo se debe a la Patria: consecuente con el plan concebido para recobrar la independencia de la Nación, y fiel

a lo  
Min  
Itun  
los  
cion  
opin  
la i  
cetr  
ria  
en p  
com  
ria  
cada  
nal.  
der  
plác  
térn  
cun  
ñirl  
tura  
vici  
do c  
ción  
su s  
que  
mie  
la  
voto

te; p  
ras



a los tratados celebrados en Córdoba con un Ministro del Gobierno Español, no se dirá que Iturbide se prevaleció de la benevolencia de los pueblos sino para moderar las demostraciones de su amor y gratitud. Apenas la opinión pública se empezó a manifestar por la imprenta designándolo para empuñar el cetro del Imperio, se apresuró a darle contraria dirección. Manifestó y protestó la suya en público y en secreto, como ciudadano y como Magistrado, como interesado en la gloria de la Nación y como pundonoroso y delicado en lo concerniente a su interés personal. El laurel del triunfo que deshizo el poder de los opresores de la patria, ya ceñía plácidamente sus sienes y circunscribía los términos de aquella loable ambición que fecunda las virtudes. ¿Por qué, pues, constreñirlo a que ascienda al solio desde cuya altura no puede ya complacerse en los servicios hechos á la Patria sin hallarse agobiado con el exceso de la retribución? La Nación así lo ha querido, e Iturbide cede ya a su suprema voluntad después que reconoce que ella se ha explicado, no por un movimiento irreflexivo de ciega gratitud, sino con la tendencia forzosa que dirige siempre el voto general a la prosperidad pública.

La Nación con efecto la desea vivamente; pero la alejaban de ella las funestas miras que dividían las opiniones. La forma



del Gobierno vacilaba por momentos: tan arriesgada a ser un despojo de los que luchan contra su independencia, como a ser aniquilada por los entusiasmados protectores de ella. La Patria, ya expuesta a regar con su sangre las gradas de su trono para que subiese a ocuparlo un Príncipe extranjero, y ya sujeta a ser despedazada por facciones de sus propios hijos, entre tanto yacía poseída de una parálisis mortal que obstruía el erario nacional, enervaba el ejército, entorpecía la administración pública, debilitaba el vigor del Imperio y lo disponía a ser fácil presa de una invasión exterior, de una intriga oculta, o de turbulencias intestinas. Todo, en suma, presentaba los síntomas más ciertos de aquella misma anarquía en que iba a precipitarse la Nación Mexicana cuando el Ejército imperial proclamó en Iguala su Independencia.

¿Y la Nación no explicaría en tal conflicto libremente su voluntad? ¿Y sería posible reprimírsela? La propia mano que en aquella anterior ominosa situación pudo salvarla, no sería por una consecuencia natural obligada después constantemente a protegerla y conservarla? Sí, adorada patria, aquella misma mano, y con el mismo objeto de tu salvación, regirá el cetro que le has encomendado. Cuanto se ha retirado honestamente de recibirlo por honor de pasados servicios, se apli-



cará a sostener el peso que le dan las honorosísimas circunstancias que le acompañan. Lo que a tu pura gratitud no pudo otorgarse sin nota, no podrá negarse sin culpa, a tu servicio, a tu provecho y a tu obsequio.

Ved, conciudadanos, los íntimos sentimientos de vuestro más obligado compatriota. Testigo de ellos es el cielo que tan visiblemente se ha dignado siempre proteger sus sinceros votos. A él invoca en comprobación de los que lo han decidido a la aceptación de la corona. Vosotros también conocíais nuestra situación deplorable y la necesidad de salir de ella por cualquiera vía. Llenos de virtudes y moderación, elegísteis la de la gratitud y la del uso de los derechos que competen a toda nación libre, para establecer la forma de su gobierno y nombrar sus príncipes. La voluntad nacional será respetada: y el que ha merecido que se explique á su favor, no podrá ofenderse de la divergencia que en algunos se notara antes del formal pronunciamiento que le elevó a la clase de primer ciudadano y Jefe de su Nación. Mucho menos pueden ofenderle los que para su cara patria no se han contentado con el gobierno defectuoso de los hombres, sino que aspiraban a la perfección del que alguno ha creído ser propio de los dioses. Cuando unos y otros conformen sus opiniones con los intereses de la Patria, no encontrarán en el

que está encomendado de su protección, más que la ternura de un conciudadano y amigo que, en la costumbre de obedecer desde sus primeros años, tiene las lecciones del mando, desconocidas a los que lo adquieren por título hereditario, y ha podido, libre de toda preocupación, vanidad y adulación, reconocer la superioridad de la ley y convencerse de la máxima segura de que **el amor del pueblo es la felicidad del príncipe, y la benevolencia del príncipe la felicidad del pueblo.**

¡Oh, sea esta la base gloriosa de vuestra elección! Y pues entendisteis, conciudadanos, los motivos de aceptarla con tamaño sacrificio de mi voluntad, cooperad á que se ordene constantemente a la felicidad pública, a la repulsa de todos los peligros que amenazaban y al engrandecimiento del Imperio. Persuadios, sobre todo, del tiernísimo afecto y cordialidad con que agradece los votos de la Nación.—Agustín.

Y para no disonar de la conducta de la Regencia, el nuevo emperador, apenas mandó el manifiesto anterior a todo el país, luego decretó, con fecha 29 de mayo de 1822, que en todas partes se hicieran rogativas durante tres días, cesando toda clase de fiestas profanas, para dar gracias a Dios por su exaltación y sobre todo para pedirle acierto en el gobierno de los pueblos confiados a su cuidado.

4.—Todas estas cosas caían como anillo

al  
sin  
cau  
nas  
que  
de u

D. J.  
Jose  
men  
vez,  
par

cier  
Em  
apro  
diri

Con  
mo  
clar  
tra  
gozo  
to lo  
repi  
pub  
orde  
dese



al dedo para Colima que no vivía ni dormía sin rezar, y eran motivo de simpatía para el caudillo de las tres garantías, por lo que apenas se recibió la orden, y ya se propuso el que se gestionara la obtención, en la capital, de un retrato en busto, del emperador

Las gestiones comenzaron a hacerse por D. Miguel Coronado, quien escribió al Sr. D. José Antonio González, de Guadalajara, encomendándole la adquisición del retrato, y a la vez, borlas, flecos, damasco, etc., que servirían para su adecuado adorno.

Luego que en Colima se tuvo la noticia cierta de la designación de Iturbide como Emperador de Méjico, el Ayuntamiento se aprontó a manifestarle su aprobación, y le dirigió el documento siguiente:

Señor:

Luego que recibió este Ayuntamiento Constitucional la acta de 19 de Mayo próximo pasado en que el Soberano Congreso declara por Emperador Constitucional a Vuestra Majestad Imperial, fué arrebatado del gozo y alegría más indecible, y en el momento lo hizo notorio a este vecindario con un repique general de campanas, mandando se publicara la Soberana Resolución, según el orden acostumbrado, en cuyo acto el público, deseoso de manifestar su complacencia, ex-

clamó incesantemente vivas a Vuestra Majestad Imperial y siguió iluminando tres días consecutivos sus casas y calles en demostración de este regocijo, a cuyo nombre da esta Corporación a Vuestra Majestad Imperial la norabuena, deseando que el Todopoderoso perpetúe la vida de Vuestra Majestad Imperial para el amparo y defensa de este Imperio.

Dios Nuestro Señor guarde a Vuestra Majestad Imperial muchos años.

Sala Consistorial de Colima, Junio 11 de 1822, Segundo de nuestra Independencia.— Señor.—A las plantas de V. M. I.

D. Agustín de Iturbide fué coronado en Méjico el 20 de Julio, y de las fiestas de la coronación se hizo una relación que se mandó a las provincias. La que se mandó a Guadalajara fué turnada, como de costumbre, a Colima, y por ella supieron los de esta Villa que desde las nueve de la mañana se habían reunido en el Palacio de sus majestades imperiales, (Iturbide y su esposa) las autoridades civiles y militares, las corporaciones, la nobleza, los empleados públicos, etc., etc., que de ahí habían partido al templo, la catedral, en donde se verificó la coronación. Que las tropas se tendieron en dos alas por la calle para dejar pasar en medio a la brillante y numerosa comitiva, que

reco  
co ac  
ría y  
llard  
nada  
plo  
señor  
do E  
asien  
Cong  
siden  
come  
tual  
gresc  
za de  
gelio  
cáted  
nunc  
por l  
**vit p**  
acto  
sus m  
lacio  
entre  
el res  
profu  
  
entus  
nas p  
corda  
el Ay



recorrió los portales y calles de Sn. Francisco acompañada de músicas, salvas de artillería y tremolando banderolas, flámulas y gallardetes. Que todas las casas estaban adornadas magníficamente, y que al llegar al templo sus majestades fueron recibidas por los señores obispos y consagrantes y el V. Cabil-do Eclesiástico. Luego se colocaron en sus asientos, que a su vez estaban bajo doseles. El Congreso se colocó en una galería, y el presidente del mismo en sitio bajo otro dosel comenzándose la ceremonia conforme al Ritual Romano. Que el presidente del Congreso colocó la corona imperial en la cabeza de «Agustín I.» Que al llegar al evangelio de la misa, hizo uso de la palabra en la cátedra sagrada el Sr. Obispo de Puebla, pronunciando un elocuente sermón que tuvo por lema estas bíblicas palabras: «**Et clamavit populo vivat Rex.**» Y finalmente, que el acto terminó a las tres de la tarde, pasando sus majestades con la misma comitiva al Palacio Nacional, y dejando que el pueblo se entregara a sus regocijadas expansiones en el resto del día y de la noche, habiendo una profusa iluminación en toda la ciudad.

Como delirio se desarrolló en Colima el entusiasmo por el nuevo emperador, y apenas pasados unos días de la coronación, se acordaron que se llegaba el día de su santo, y el Ayuntamiento de la religiosa Villa se reu-

nió en sesión para acordar, como se hizo en seguida, el excitar el celo religioso del Sr. cura D. Francisco Delgadillo y de los frailes mercedarios, para que con la mayor solemnidad se celebraran oficios religiosos en honor del emperador, con motivo de su onomástico, que fué el día 28 de Agosto.

En la citada celebración, a demás de la solemne misa cantada acompañada de cohetes y cámaras, por la noche hubo la acostumbrada iluminación de las casas, con candeleros hechos de cazuelitas o platos de barro, manteca y pábilo, habiendo pagado todos los gastos el M. I. Ayuntamiento.

Con fecha 9 de Septiembre de 1822, el emperador expidió un decreto por el que se ordenaba se procediera a la jura y proclamación de su Majestad en todas las provincias y partidos, hecha por los ayuntamientos. Pero este decreto no fué dado a conocer en el territorio de lo que antes se llamaba Nueva Galicia, inmediatamente que se recibió en Guadalajara, porque el gobierno quiso retardarlo un poco para que el acto revistiera toda la solemnidad posible. Con este mismo objeto cuando lo mandó a los pueblos de su dependencia, lo hizo con la consigna de que se le diera toda la publicidad posible, haciendo circular los ejemplares en muy crecido número, fijándolos en parajes públicos y haciéndose la publicación por medio de pregones, en

los l  
cedi

suró  
aun  
el ca  
con r  
que  
maci

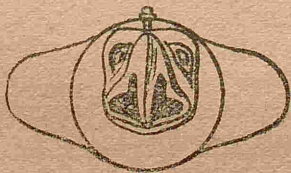
mena  
que  
repro



los lugares en que se acostumbraba este procedimiento, como Colima.

El Ayuntamiento, al saber esto se apresuró a obtener el retrato de su Majestad, que aun no había podido conseguirse, y se reunió el cabildo acordando nuevamente gestionar con mayor actividad el citado retrato, para que estuviera presente en la jura y proclamación del emperador.

Aunque con algunas dificultades, los colimenses pudieron conseguir el citado retrato; que recibió los honores debidos a su augusta representación.



---

LA JURA DEL EMPERADOR.

---

- 1.—El retrato del Emperador. 2.—Reitéranse las órdenes de la jura. 3.—La jura hecha por el Sr. cura Delgadillo. 4.—El adorno de la Sala Consistorial. 5.—Los festejos. 6.—“La Jura”.
- 

1.—Tardáronse los colimenses en poder conseguir el retrato de Iturbide; pero no fueron en vano sus gestiones, pues que se encontraron en Guadalajara al pintor D. Manuel Cuentas y Santa María, quien hizo el patriótico servicio de pintar un busto de Iturbide, pintura que costó al Ayuntamiento de Colima la cantidad de cincuenta pesos.

Pero el lienzo en que se pintó el busto del augusto emperador no tenía marco, y de ahí nuevas apuraciones para encontrar quien le pusiera tan indispensable aditamento, puesto que lo que más importante era el que se pudiera colocar en cualquiera parte y estar visible cómodamente para que pudiera servir en la sôlemne ceremonia de la “jura”.



Pero lo del marco no fué ya cosa tan difícil de encontrar en Colima, cuya población había crecido lo suficiente para encontrarse en ella un carpintero que hiciera el citado marco. En efecto, el artesano Manuel Gudiño se encargó de hacerlo por la suma de diez pesos.

Una vez que ya se tenía el retrato de Iturbide, nada faltaba para que se hiciera la solemne jura; pero en Colima, por razones estudiadas en el volumen anterior, todo va muy lentamente, y así pasaban y pasaban días, y no se llevaba a cabo la ceremonia ordenada por las autoridades superiores.

2.—De ahí el que de Gualajara llegara una recordatoria al Ayuntamiento manifestándole que ya era tiempo que hubiera cumplido con la disposición relativa, y que hasta la fecha ni se había cumplido con ella ni se había dado explicación alguna.

Esto naturalmente que molestaba al Ayuntamiento; pero como no había propiamente qué disculpa dar ni tampoco motivo para disgustarse, puesto que se habían recibido con toda oportunidad los oficios relativos de Guadalajara, y se había dado aviso al gobierno de ésta de tenerlos presentes, se contestó que la tardanza se debía a los preparativos que se hacían con el objeto de que la jura revistiera todo el esplendor que merecía tan significativo y trascendental acto, y que

ya pronto se llevaría a cabo.

3.—Sin embargo, los días pasaban y la jura no se verificaba, por lo cual el Sr. cura D. Francisco Delgadillo, también impaciente, se resolvió a hacerla por su cuenta y riesgo, y para ello preparó una festividad religiosa a la que deberían concurrir sus fieles, acompañados de los miembros del clero secular y regular de la Villa de Colima.

Pero, como hasta la fecha siempre las autoridades civiles habían marchado en un completo acuerdo con las eclesiásticas, el Sr. cura Delgadillo dirigió un atento y respetuoso oficio al Ayuntamiento manifestándoles que era su deber cumplir con los mandatos de la autoridad, que debería ser también respetuoso de la primera garantía proclamada y simbolizada en uno de los colores de la enseña nacional, y a la vez debía manifestar, él con su clero y sus feligreses, la gratitud debida a Iturbide como libertador de la nación, por lo que no debería retardar por más tiempo el hacer que con toda solemnidad se jurase la obediencia y respeto que se le debía al hoy augusto emperador, y en vista de que las autoridades civiles no habían dado providencias de hacerla, la iba a hacer él en el templo.

Advertía el sacerdote que las razones dadas eran las que lo movían a tomar esa determinación, y de ninguna manera el que quisiera romper la armonía y acuerdo que

sien  
civi  
tran  
pet  
cer  
les

Ay  
gad  
ción  
la c  
ma  
to l  
Feb  
vez  
tro

jur  
por  
tiv  
no  
tas  
gio  
los  
ést  
die  
señ  
por  
ton  
leb  
ver



siempre había habido entre las autoridades civiles y religiosas de la Villa, antes al contrario, invitaba a aquellas muy formal y respetuosamente para que concurrieran a la ceremonia religiosa en que el clero y los fieles jurarían obediencia al emperador.

Las autoridades de la Villa, esto es, el Ayuntamiento, contestaron al Sr. cura Delgadillo que no tomaban a mal su determinación; pero que sería conveniente se retardara la ceremonia con el objeto de que revistiera mayor solemnidad, teniendo el Ayuntamiento la idea de que la Jura se hiciera el 5 de Febrero (1823) con el objeto de honrar a la vez al proto-mártir Sn. Felipe de Jesús, patrono tutelar de la población.

No hemos podido saber si se aplazó la jura propuesta por el señor cura Delgadillo, porque no encontramos el documento relativo, ni es fácil encontrarlo; pues que quizá no lo hubo ni se acostumbraba levantar actas de las misas solemnes y demás actos religiosos, sino cuando estaban relacionados con los actos de las autoridades civiles, y eran éstas las que levantaban las actas correspondientes. Pero tenemos la creencia de que el señor cura Delgadillo accedió a lo indicado por el Ayuntamiento, pues le vemos después tomar parte activa y muy principal en la celebración cívico-religiosa de la jura, como se verá después.

4.—Obtenido el retrato del emperador, había que colocarlo en un lugar digno de su magestad, y para ello pareció conveniente el reformar la Sala Consistorial, que en esta Villa representaba el palacio. Se procedió desde luego a limpiarla, blanqueando sus ya bastante estropeados muros, poniéndole un cielo de manta que fué en seguida pintado convenientemente; colocando, en gruesas alcayatas clavadas en los muros algunos cuadros de adorno que enbellecieran el salón.

Para todas estas cosas fueron erogados los gastos del fondo del Ayuntamiento, y todos estos preparativos hechos por el Sr. D. Vicente Velázquez, a la zazon síndico procurador de la Corporación.

Entraron también en los gastos del salón, los hechos para la colocación del famoso retrato, o sea el marco del mismo, y el dosel correspondiente.

En una palabra, la Sala Consistorial quedó completamente transformada y adecuada, dada la categoría de la Villa, para recibir la imagen del que por diez meses tenía que ser el soberano de este país; pero esto ni siquiera se lo sospechaban los buenos colimenses de aquellos felices tiempos.

5.—Nada habíase visto hasta entonces que revistiera la pompa de la celebración de la "jura" del emperador. El retardo tuvo por efecto el que esa fiesta fuera la mayor

que  
Coll  
merc  
caso  
dorm  
todo  
cani  
esple  
ría,  
dade

feste  
opor  
que  
días  
ve, e

tant  
cipal  
rían  
se de

feste  
guia  
zar l  
pare  
nuev  
de la  
sos  
regoc



que hasta entonces había tenido la Villa de Colima, siendo los preparativos los más numerosos y complicados, porque en muchos casos tuvieron que encargar elementos de adorno y maderas fuera de la población, y en todos se trató de que los pueblos de las cercanías concurrieran a Colima para dar más esplendor al acto solemne con que se iniciaría, en esta tierra, la cadena de las infidelidades, ya comenzada en otras partes.

El Ayuntamiento estuvo acordando los festejos en sesiones que se verificaban en su oportunidad. Comenzó por acordar la fecha, que sería el 5 de Febrero, y en seguida los días de festejos, acordando que fueran nueve, empezando el 30 de Enero de 1823.

En esos nueve días se verificarían otras tantas corridas de toros, y en sesión municipal se designaron las personas que deberían dar los toros de cada corrida y encargarse de ella.

La administración general de todos los festejos estuvo a cargo del Sr. D. Martín Anguiano, persona que vimos figurar al comenzar la lucha por la Independencia, que desaparece durante casi toda ella, y aparece de nuevo al consumarse. Fué el depositario de la confianza de todos en los días angustiosos del principio, como lo fué en los días regocijados del fin.

Se arregló convenientemente la plaza de

toros, de la cual no hemos podido tener noticias exactas. Lo mismo pasa con el teatro, del que sí sabemos que se le construyó un tablado para poner el retrato del emperador. En otros términos: el teatro debió ser, como ha sido en otras ocasiones en los pueblos en que no hay construcción expresa para teatro, uno de los enormes patios de las amplias casas de entonces, en alguno de cuyos corrillos se levantó el tablado y se puso el dosel en que se colocó la imagen de Iturbide, para el acto de la jura.

Comezaron las corridas de toros el día 30 de Enero, y continuaron hasta el 6 de Febrero. Los días 4, 5 y 6 fueron de iluminación general de la población con sus palpitantes candilejas formadas de platos de barro, manteca y pábilo. En estos días la población presentaba un simpático y casi fantástico aspecto, toda iluminada, cosa extraordinaria en aquellos días en que ni noticias tenían de la luz eléctrica. Los que se paseaban en esas tres noches de luminoso regocijo parecían visiones ambulantes a la luz amarillente indecisa y fuliginosa de las antorchas.

Por supuesto que no podían faltar los fuegos artificiales en una solemnidad como ésta. La pólvora, desde que llegó a esta tierra, fué la representante obligada del alma de la raza indígena formada de los sentimientos de los antepasados entre el tormento de



las erupciones volcánicas y las llamaradas de los incendios provocados por los terremotos.

En estas fiestas hizo explosión jubilosa el conjunto de las dos razas principales generadoras del pueblo que juraba fidelidad al emperador: Los fuegos artificiales representaban el viciado sentimiento indígena; los toros el viciado sentimiento español; la música de orquesta, que no dejó de tocar en los nueve días de toros y demás festejos, representaba el sentimiento artístico español; la chirimía y el tambor, que tampoco dejaron de tocar, ni en los toros por las tardes, ni en el día por todas las calles que recorrían de a pares, representan el sentimiento artístico indígena. Tres pares de músicos primitivos hubo; cada uno formado por el que tocaba la chirimía, y el que tocaba el tambor.

Entre los regocijos populares se encuentra el "palo ensebado", en el que se colocaron, como premio para el que llegara al extremo superior: 16 pesos en dinero, cuatro mascadas, una bolsa con colación, y un gran pañuelo blanco con esta inscripción: ¡Viva Agustín Primero!

No faltó la poesía en esta solemnidad, y para ella estuvieron dispuestos óvalos de papel o cartoncillo en que se escribieron versos alusivos a la fiesta, así como también hubo "Décimas" que se repartieron a la multitud, probablemente en pequeña cantidad, pues

que fueron hechas a mano por pintores y poetas de pueblo mercenarios y sin imprenta.

Entre esos poetas, un tal Eduvige compuso unas octavas, cuartetas y décimas; José Antonio Vargas otras décimas, y finalmente un tapatío cuyo nombre no ha quedado, otras. Todas estas composiciones se han perdido, y es una lástima porque nos darían un precioso dato sobre la cultura estética de aquellos lejanos días.

Además de lo anterior, no podía faltar lo que era de uso y costumbre: los refrescos con puchas, mamones y soletas; las sangrias de carlón y el ponche de guayabilla, granada y piña.

El día 5 de Febrero desde muy temprano comenzaron a llegar los vecinos a la plaza de la Villa, apostándose frente a la Sala Consistorial y en espera de que se comenzara a desarrollar el programa que de antemano habían acordado las autoridades, dirigidas por D. Anastasio Brizuela, comandante militar del partido. A las ocho de la mañana ya se encontraban reunidos los miembros del M. I. Ayuntamiento, los reverendos padres de la Merced y de San Juan de Dios, el Juez de Letras del partido Lic. D. Vicente González de Castro, el Administrador de Correos D. José Mariano Valle, el Cuerpo de Oficialidad con su jefe el coronel D. Anastasio Brizuela, y gran número de vecinos que for-



maban apiñada multitud.

Los miembros del clero se presentaron revestidos, y el jefe de ellos, Sr. Cura D. Francisco Delgadillo, recibió el retrato de Iturbide en la puerta de la Sala Consistorial, y de ahí se dirigió toda la comitiva al improvisado teatro, formando una brillante procesión en el orden siguiente: en la vanguardia la Compañía de Caballería Ligera, luego los "Reyes de Armas" y Prelados de la Religión; el Venerable Clero, los empleados en Rentas, el M. I. Ayuntamiento con su presidente el Sr. D. Juan de Dios Salazar; inmediatamente el Comandante de la Segunda División D. Anastasio Brizuela con el cuerpo de Oficialidad y el Juez de Letras, y finalmente, formaban la retaguardia una Compañía de Infantería y otra de Caballería Ligera, con su respectiva música.

Y marchó la brillante comitiva en medio de la valla tupida de curiosos vecinos hasta llegar al teatro, en donde el Sr. cura Delgadillo colocó el retrato de D. Agustín I en una mesa que hacía las veces de altar, y bajo el dosel preparado al efecto.

En seguida el mismo cura, delante de aquella multitud y frente al retrato, juró por Dios y por los Santos Evangelios reconocer a D. Agustín Primero como Emperador Constitucional de Méjico, y a la vez juró obediencia y fidelidad al augusto soberano.

Este juramento fué recibido con grandes aclamaciones de la multitud, y en seguida pasó al tablado el Sr D. Juan de Dios Salazar, Presidente del Ayuntamiento, y el Sr. cura Delgadillo le tomó el mismo juramento; luego a D. Anastasio Brizuela, y después cada uno de éstos fueron tomando el juramento colectivamente a cada uno de los grupos de que eran o se constituían superiores gerárquicos, respectivamente.

Concluida la solemne ceremonia de la jura, la más solemne que se había registrado en los anales de la Villa de Colima, la comitiva salió del teatro y se dirigió a la iglesia parroquial que se llenó completamente, habiéndose llevado el retrato del emperador también a la iglesia. En la misa, a la hora del evangelio, hizo uso de la cátedra sagrada el Sr. cura Delgadillo produciendo una elocuente oración apropiada a la fiesta. Concluida la misa, se cantó el Te-Deum en acción de gracias al Todo-poderoso, y luego que salieron del templo se volvió a llevar el retrato al tablado, colocándose bajo el dosel ya citado, en donde estuvo ese día y el siguiente para recibir las aclamaciones espontaneas de los felices vasallos costeños de tan augusto soberano.

La comitiva se disolvió en el teatro, y siguieron los regocijos ya señalados anteriormente.

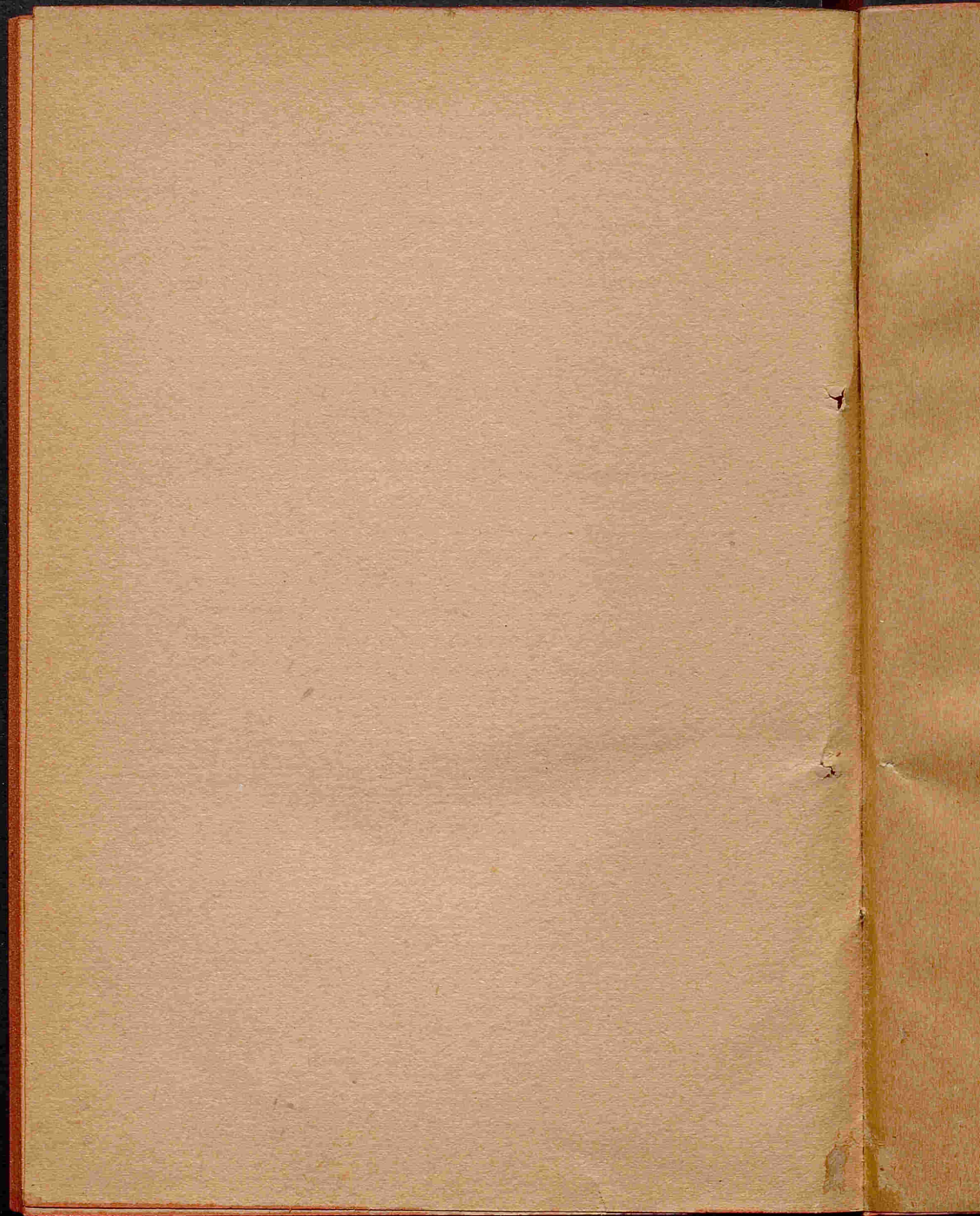


Pasados los festivales, se dió cuenta de ellos al Jefe Político de la Provincia D. Luis Quintanar, a Guadalajara.

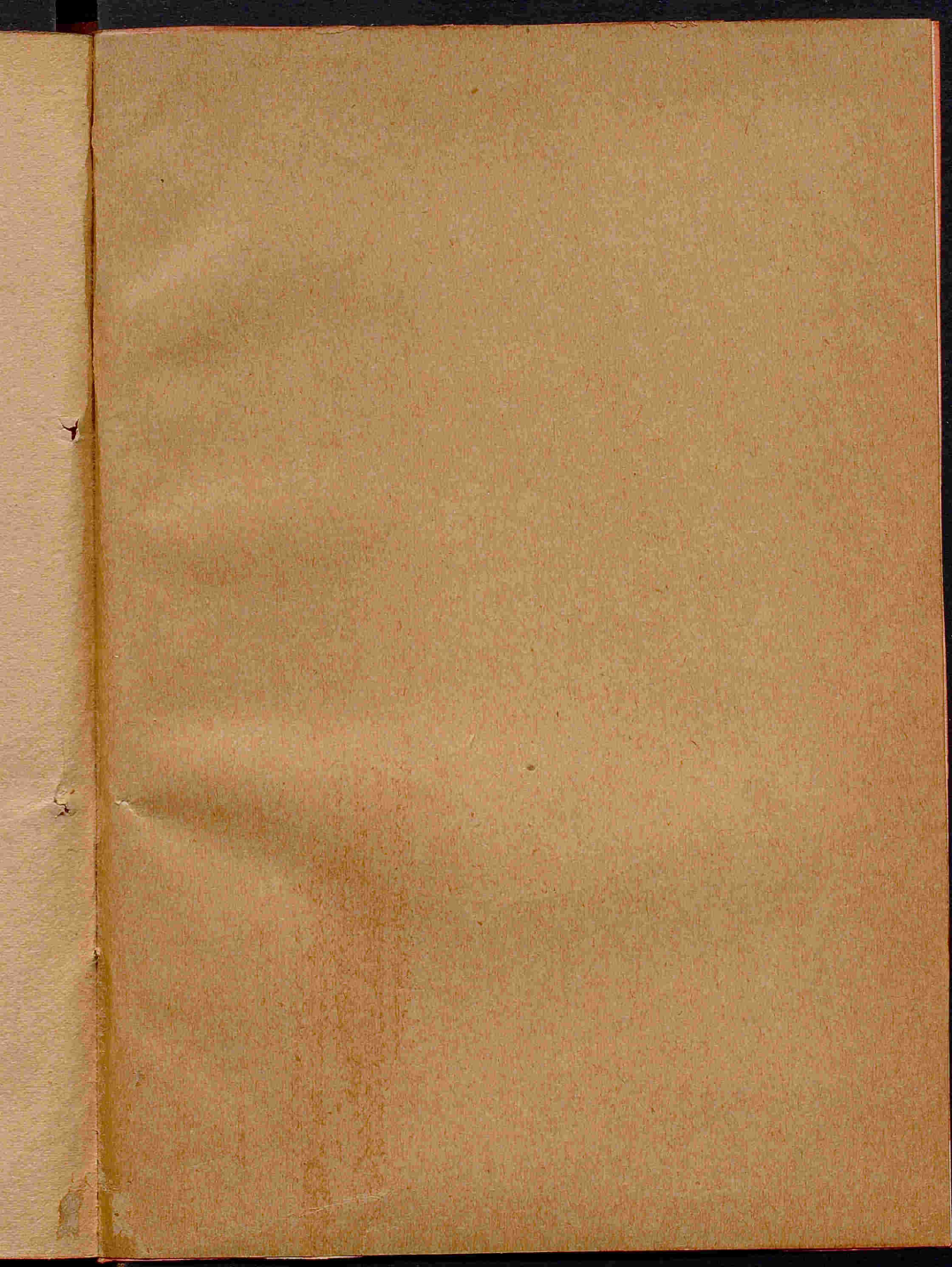
Así concluye, para Colima, la historia de la Independencia. Queda establecido en todo el país el nuevo Gobierno, y en este caluroso rincón, con toda buena fe y mejor voluntad, esperan el acierto de las autoridades y el desarrollo próspero y feliz de la nueva patria, que acaba de surgir autónoma y libre, como una Venus misteriosa de leyenda, de entre las revueltas olas de lágrimas y de sangre, y espera confiada el justo premio a sus cruentos sacrificios.

La crueldad del destino no permitió la realización de tan hermoso sueño. La maldición de los antepasados está aun pendiente sobre su cabeza. La lucha seguirá inevitablemente, implacablemente, fatalmente.

\*\*    \*\*    \*\*  
\*\*    \*\*    \*\*

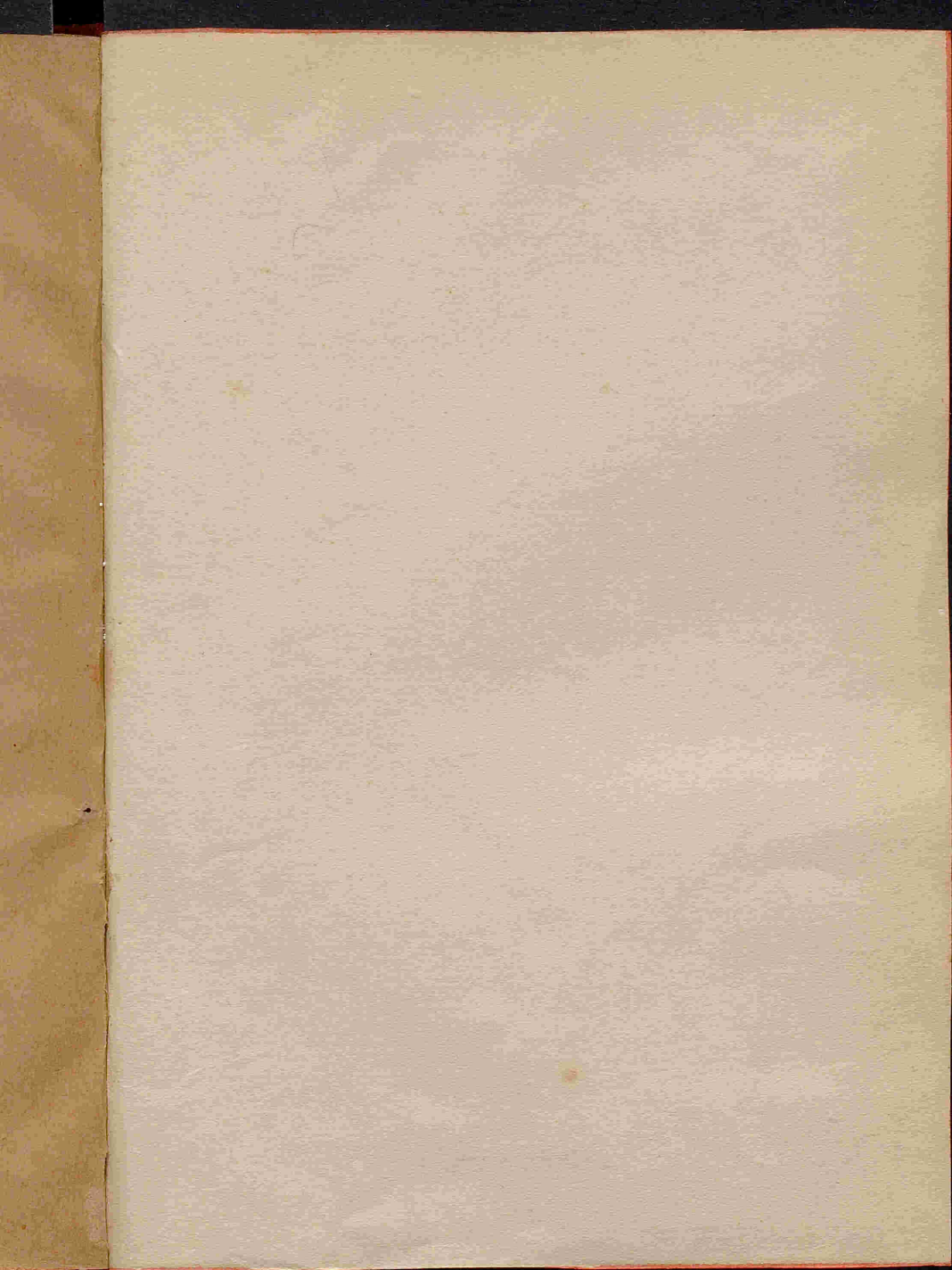


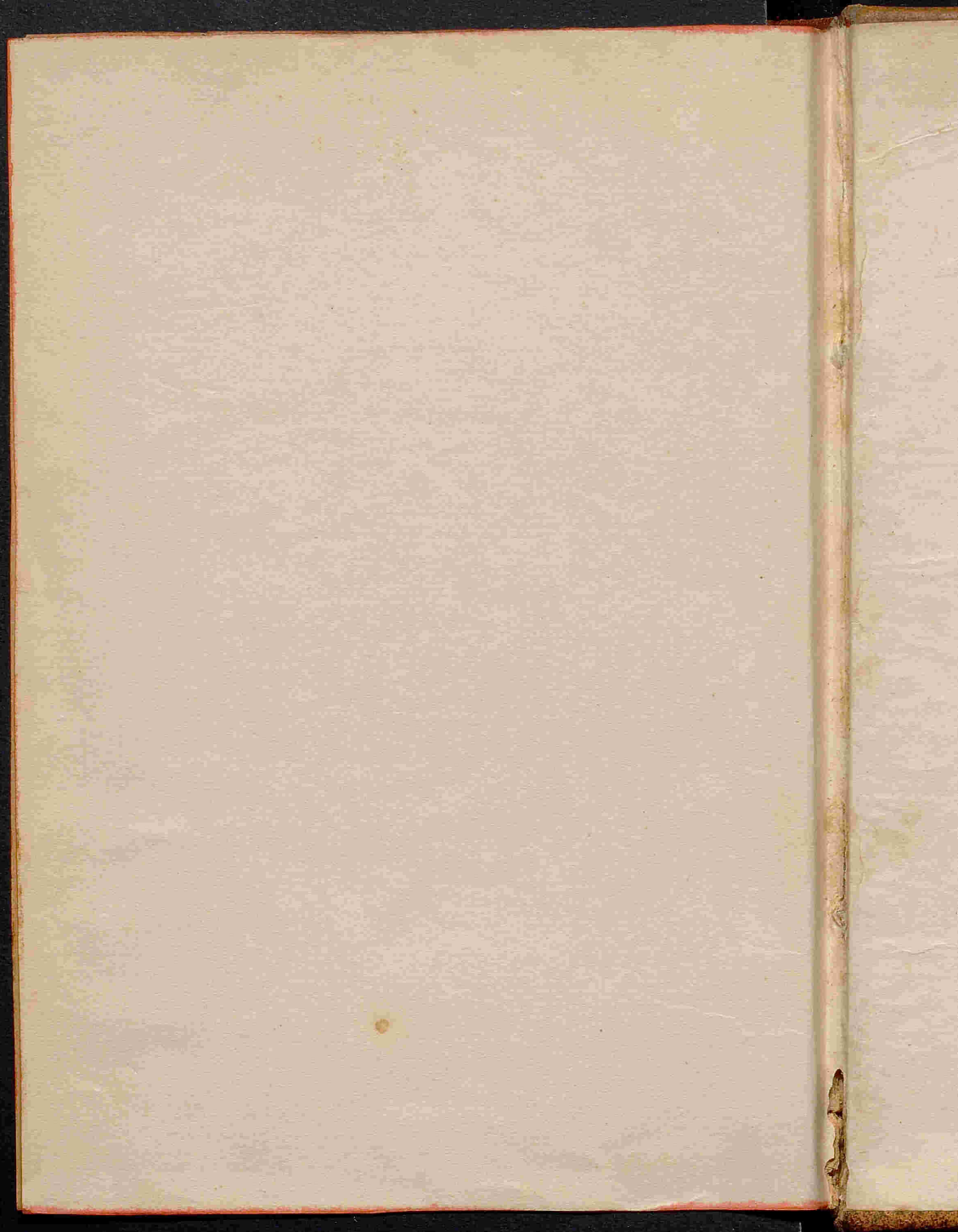




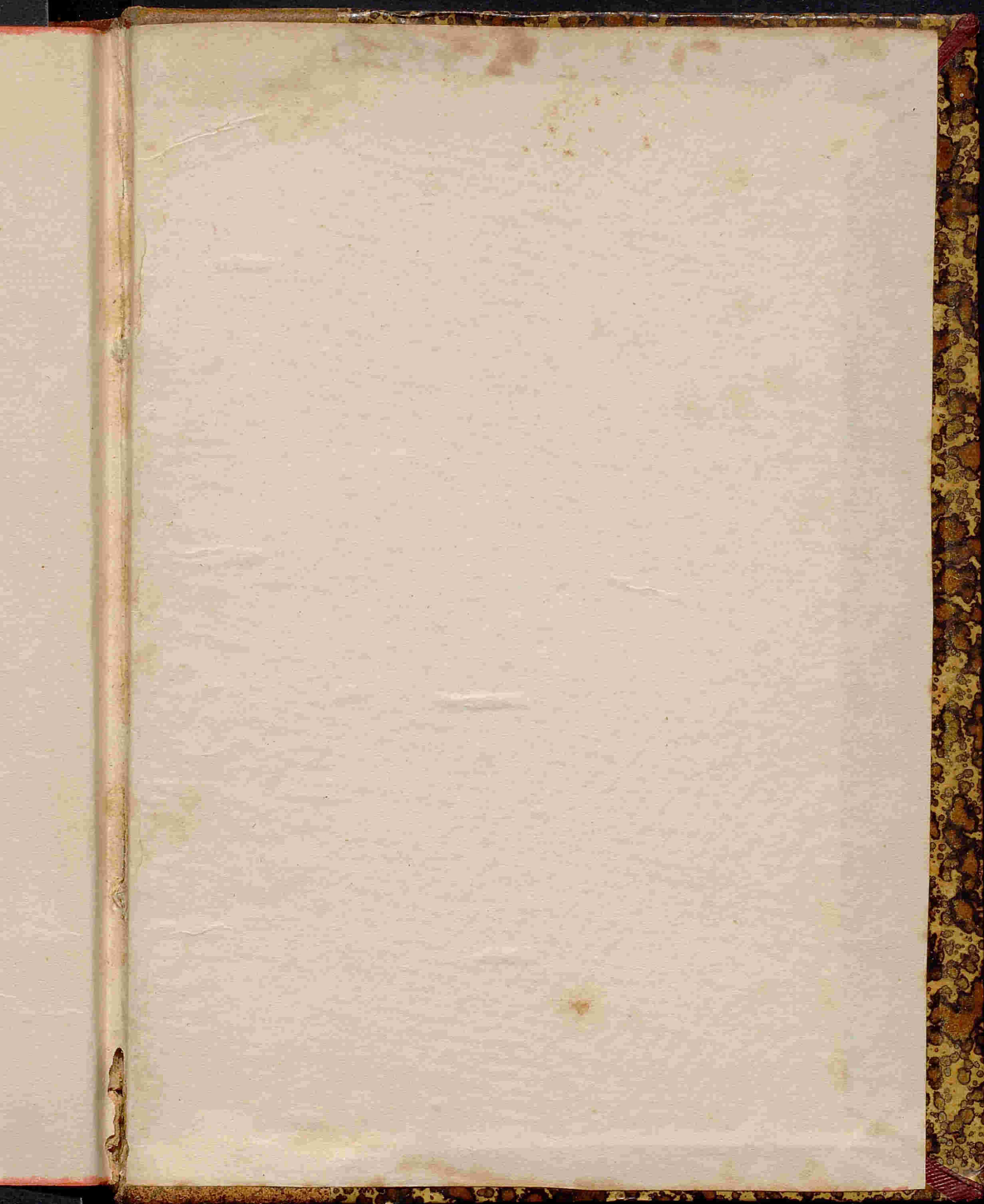
















GALINDO  
HISTORIA  
DE  
COLIMA

2

R

12901